

Pitre-Chevalier Laurencin
Elisabeth O'Hara

LAS OTRAS “ROSITAS”



«Carlismo literario»



«Carlismo literario»

2^{bis}



Ofrenda del
Círculo Carlista General José Borges (Nápoles)
a la
Comunion Tradicionalista

PITRE-CHEVALIER, LAURENCIN, ELISABETH O'HARA
La otras "Rositas"

Ediciones originales:

PITRE-CHEVALIER, *Rosita. Souvenir d'Espagne*
« L'Echo des feuilletons. Recueil de nouvelles, contes, anecdotes, épisodes, etc. Extraite de la Presse contemporaine, par MM. J.-B. Fellens et L. -P. Dufour », Première année 1841 ; Paris, chez les Editeurs, rue Saint-Thomas-du-Louvre, 30, près le Palais-Royal, p. 146-178.

LAURENCIN, *Rosita, ou Tenir sa promesse*
imitée d'une nouvelle de M. Pitre-Chevalier, par M. Laurencin, représentée pour la première fois, à Paris, sur le théâtre du Gymnase-Dramatique, le 15 septembre 1840. Imprimerie de Madame de Lacombe, rue d'Enghien, 12 [s.d.].

ELISABETH O'HARA, *Rosita or Spain in 1839*
«The New Monthly Belle Assemblée. A magazine of literature and fashion», vol. XXXIV (1851) London

ISBN: 978-88-87215-79-3

«Carlismo literario», 2^{bis}

Colección a cura de Gloria García Jiménez-Arragoeta
y Gianandrea de Antonellis

© 2024 Circolo Carlista Generale José Borges (Napoli)

Club di Autori Indipendenti
Via Castello, 1
80053 Castellammare di Stabia (Napoli)
ClubAutorIndipendenti@gmail.com

per conto del

Circolo Tradizionalista Generale José Borges (Napoli)

PITRE-CHEVALIER
LAURENCIN
ELISABETH O'HARA

Las otras “Rositas”



Prefación

Tener su promesa y morir.

(*Proverbio castellano*).

En 1843 aparece en Cádiz una novela, *Rosita. Ecos de Castilla, ó sean Recuerdos de España en 1838* (Librería de B. Nuñez, Establecimiento Tipográfico a cargo de F. Arjona, Cadiz 1843, 1844²), atribuida al ya por aquél entonces ya célebre escritor francés Honoré de Balzac (1799-1850), de la que se presentaba una “traducción libre” a cargo de un tal Emilio Polanco¹.

La trama (más un cuento largo que una novela, motivo por el cual, en la única edición conocida, se publicó junto al cuento *Prestijio de la Opulencia* de Alverico Second), narra en diez breves capítulos las vicisitudes de una familia de *hidalgos* castellanos, los Riaz de la Sarga, de tradición liberal: el abuelo había sido encarcelado por la Inquisición, el padre combatió con Mina y los tres hermanos mayores del joven en quien se centra la historia se habían enrolado en el ejército cristino. En el trascurso de una agitada noche éstos se darán cuenta de que las “guerrillas” liberales utilizan métodos más bien propios de

¹ No hay noticias ciertas sobre éste. Presumiblemente es la misma persona explícitamente indicada como traductor de las novelas de GEORGE SAND, *Rose et Blanche* (1831), aparecidas con el título *Rosa y Blanca* (Impr. de la vda. e hijos de D. J. A. Moreti, Ronda 1843); de EUGENE SUE, *Gardiki, recuerdo histórico del s. XVIII* (Nuñez, Cádiz 1843); y de VÍCTOR DUCANGE, *Thelena o El amor y la guerra* (Cádiz 1847).

Asimismo, un Emilio Polanco y Bances aparece descrito como “profesor de instrucción pública”, docente “propietario” de “lengua francesa” en Badajoz (*Boletín oficial de instrucción pública*, VII, n 11, 15 junio de 1847, p. 527). Debo esta información al muy concienzudo Martin Browne-Harrison, estudioso a quien también se debe el descubrimiento del original de *Rosita*.

bandidos (desde la falta de uniformidad hasta el comportamiento violento en el trato dado a los indefensos), mientras que los miembros del ejército carlista – particularmente el oficial Carlos (*sic*) Dulaurier, voluntario francés – se comportan como militares disciplinados e imbuidos de un profundo sentido del honor. Todos los protagonistas, por lo demás, hacen gala de un “castellano” sentido del honor, particularmente en lo tocante a la hospitalidad, que es elevada a categoría sagrada y llevada hasta sus últimas y más dramáticas consecuencias.

Desde un punto de vista narrativo, resulta interesante el giro dado en el posicionamiento de los Riaz de la Sarga, que de liberales convencidos se convierten en, cuando menos, admiradores de los tradicionalistas, aunque, una vez acabada la batalla, no quede claro que vayan a cambiar definitivamente de bando.

Por lo que respecta a la atribución (e independientemente de lo explicitado en la portada de la obra) no se trata de un trabajo de Honoré de Balzac, pese a lo que parecen indicar algunos de los temas que aparecen en *Rosita*².

En efecto, Balzac había debutado con la novela *Les Chouans* (1829) que exaltaba la lucha contrarrevolucionaria, mostraba simpatías monárquicas, criticaba la democracia y, en las obras de su *Comedia humana*, siempre había despreciado el mundo de los arribistas y trepas. Hubiese resultado plausible una novela carlista de su autoría³. Por ello, algunos estudiosos, como Jaime del Burgo⁴, atribuyeron la obra al escritor francés,

² En particular, el encuentro final del relato (el ocultarse detrás de una “mujer velada”, el propio sentimiento hacia la muchacha amada y el no interferir en el amor que esta muestra por un tercero) recuerda el mismo tema presente en *La Fausse Maitresse* (1841) de Balzac, mientras que otro elemento central – la sacralidad del huésped – muy difundido en la cultura hispánica, es el pilar de la tragedia *Hernani* (1830) de Victor Hugo (1802-1885).

³ Es cierto que Balzac utilizó los términos *Carlistes* y *Carlisme* en un cierto número de sus novelas, pero únicamente refiriéndose a los partidarios del rey Carlos X de Francia y no a los de Carlos V de España.

⁴ JAIME DEL BURGO, *Bibliografía del siglo XIX. Guerras carlistas, luchas políticas*, [Diputación Foral de Navarra], Pamplona 1978, p. 91.

mientras que otros la han clasificado de “apócrifa”⁵.

Por otro lado, no nos consta que Balzac o sus editores hayan protestado por el uso incorrecto de su nombre. ¿Ignorancia sobre la existencia de la publicación que se aprovecha del nombre de Balzac con miras a publicitarse (y con éxito, en vista de que se hicieron dos ediciones) o regusto de homenaje?

Pero eso no es todo: en 1851 el mismo relato se publicó en una revista femenina londinense, haciéndola pasar, en esta ocasión, por una obra original de Elisabeth O’Hara⁶, en versión inglesa, idéntica casi palabra por palabra al texto español, con la única notable diferencia de haber transformado al oficial francés en el teniente inglés Clifford. ¿Quién había copiado a quién?

No ha sido sino hasta agosto de 2023 cuando el estudioso Martin Browne-Harrison ha descubierto el original francés y ha sido posible reconstruir (casi) completamente su peripecia editorial.

El arquetipo de ambas obras es un *feuilleton* de Pitre-Chevalier⁷, *Rosita. Souvenir d’Espagne*, aparecido en 1839 en el periódico parisino *Le Commerce* y retomado dos años después, en forma de libro, por la revista, «L’Echo des feuilletons»⁸. El

⁵ JOSÉ LÓPEZ ROMERO, *Apuntes para una historia de la novela del siglo XIX en Cádiz: imprentas, librerías, autores y traducciones*, «Philologia Hispalensis» (Facultad de Filología - Universidad de Sevilla), XI (1996-1997), p. 309-325:320, n. 43.

⁶ ELIZABETH O’HARA, *Rosita or Spain in 1839*, in «The New Monthly Belle Assemblée. A magazine of literature and fashion», vol. XXXIV (1851) Londres, p. 267-276 (cap. I-V) e 338-346 (cap. VI-IX – el séptimo y el octavo están aquí fundidos). Elisabeth O’Hara es autora también de *The Duchesse de Bracciano (translated from the French)*, and *Original Talks*, Smith, Elder & Co., London 1850.

⁷ Pseudónimo de Pierre-Michel-François Chevalier (1812-1863), que como novelista fue considerado el Walter Scott bretón, como periodista llegó a ser redactor jefe del *Figaro* y como editor dirigió la revista «Musée des familles. Lectures du soir», colección ilustrada dirigida a las clases populares, que publicó, entre otros, las novelas de su amigo Julio Verne.

⁸ «L’Echo des feuilletons. Recueil de nouvelles, contes, anecdotes, épisodes, etc. Extraite de la Presse contemporaine», Paris, chez les Editeurs, rue Saint-Thomas-du-Louvre, 30, près le Palais-Royal, I (1841), p. 146-178.

éxito del trabajo de Pitre-Chevalier había sido tal que ya en 1840 Laurencin⁹ había sacado una *comédie-vaudeville* en dos actos¹⁰, con piezas cantadas que utilizaban motivos musicales tomados de otras obras.

Nos sorprende que Polanco, traductor de otros autores franceses y docente en la escuela pública, se haya expuesto a los riesgos de la falsa atribución a Balzac y nos pasma el descaro del plagio cometido por Elisabeth O'Hara, quien se apropió del relato leído en la revista «L'Echo des feuilletons», para, además, equivocarse en el año, el 1839, que en el periódico francés indicaba simplemente la fecha de la primera publicación aparecida en *Le Commerce*, mientras que la escritora británica lo insertó en el título indicando la fecha en la que se desarrolla la acción, con lo que retrasaba un año la fecha del original francés, que era el 25 de agosto de 1838¹¹.

Problemas editoriales aparte, *Rosita* continúa siendo una obra atractiva: un fragmento de la vida en tierras castellanas, con sus tradiciones (la fiesta de la elección de la *maja*) y, sobre todo, con ese énfasis puesto en el sentido del honor, característica imprescindible del mejor espíritu hispánico; una obra que, aún en su menudencia, puede ser considerada carlista tanto por su ambientación, como por su argumento y temática.

⁹ Pseudónimo de Paul-Aimé Chapelle (1806-1890), prolífico autor de libretos teatrales, algunos de ellos para Jaques Offenbach.

¹⁰ *Rosita, ou Tenir sa promesse*, imitée d'une nouvelle de M. Pitre-Chevalier, par M. Laurencin, représentée pour la première fois, à Paris, sur le théâtre du Gymnase-Dramatique, le 15 septembre 1840. Imprimerie de Madame de La-combe, rue d'Enghien, 12 [s.d.].

¹¹ El 25 de agosto de 1838 cae en sábado: puede que a la escritora de la primera era victoriana le repugnase que pudiesen hacerse festejos en un día que no fuese domingo y retrasase un año la acción haciéndola caer el 25 de agosto en el Día del *Señor*, con lo que se evitaba excesivas palpitaciones...

ROSITA.

SOUVENIR D'ESPAGNE.

(1839.)

Tener su promesa, y morir.
(Proverbe castillan.)

I.

LA FÊTE DES GERBES.

Panola est un petit village de la Vieille-Castille, situé dans l'étroite partie de cette province, dont la fertilité contraste avec la sécheresse du reste, véritable oasis dans un désert aride, paysage de l'Andalousie caché dans les steppes de la Sierra; Panola est un jardin délicieux, et peut-être unique au monde, où la nature semble avoir travaillé sous l'inspiration d'un grand botaniste et d'un grand peintre, pour recevoir sur le même point du globe toutes les richesses et toutes les beautés de la création. Vous venez de traverser cinquante lieues sans rencontrer un arbre, sans apercevoir le moindre filet d'eau roulant sur des cailloux; tout-à-coup, vous arrivez au milieu de bois, de moissons et de fleurs de toute espèce, rangés sur des gradins de rochers mousseux comme dans une serre pittoresque et colossale. Ici des liéges aux formes variées, aux branches pendantes, se mêlent à l'éclatante verdure des caroubiers, aux pâles oliviers croissant par groupes, aux longues allées d'aloès blanchâtres; là, chaque massif d'arbustes est entouré de touffes de cystes blancs à larges fleurs, semblables aux plus éblouissants magnolias du Nouveau-Monde. Des collines entières sont couvertes d'une plante fleurissant comme des lilas, et jetant une gomme aromatique qui embaume l'air d'un parfum tout méridional. Les routes qui aboutissent à Panola traversent des champs de lavande odorante et de fraisières en arbres, environnés d'ormes et de charmes au feuillage bleuâtre où s'entremêlent les branches bizarres du nopale, espèce de corail végétal fort commun en Castille. Dans toute cette végétation luxuriante, règne une fraîcheur qui rappelle les valons de la Normandie. Des cascades perpétuelles arrosent de petits bois de frênes et d'ormeaux; le pampre jette ses bras luisants du sommet des grands arbres, ou pend en guirlandes festonnées au flanc des rochers et

des ravins; enfin l'atmosphère est remplie de cette poussière violette et parfumée, qui a fait dire si justement de l'air du Midi, qu'il se voit et se sent tout ensemble.

Dans la maison la mieux située, au centre de ce charmant paysage, à l'extrémité sud-ouest du village de Panola, c'était fête, le 25 août 1838, et la joie s'y manifestait avec une véhémence tout espagnole. On achevait, par un temps superbe, la moisson des blés qu'on venait de recueillir et de porter en grange au bruit de mille acclamations. Tous les habitants du village avaient pris part à ce joyeux travail, et, la journée finie, on avait élevé dans l'air un trophée des dernières gerbes, autour desquelles, suivant un usage immémorial, les garçons et les filles, en grande tenue dansaient au son des guitares et des castagnettes. Tout le monde ne se réjouissait pas, cependant, dans la petite maison de Panola, et il eût suffi, pour y trouver le chagrin à côté de l'allégresse, de passer de l'aire où éclatait le bruit, à une salle basse où régnait le silence.

Dans cette salle, ouverte sur le théâtre des danses et regardant plus loin toute la campagne, deux hommes silencieux se trouvaient réunis, par des motifs aussi différents que l'étaient leurs âges.

Le premier, assis près de la petite table d'un buffet champêtre, était un vieillard qui avait passé la soixantaine, mais cassé par les fatigues plutôt que par les années. Sa tête vénérable, couronnée de cheveux blancs, s'inclinait sur sa poitrine avec une majesté patriarcale. Sur son front ridé, mais serein, dans ses traits contractés, mais dignes, dans le regard toujours vif de ses yeux à peine affaiblis, on devinait une de ces puissantes et belles natures méridionales, dont l'âme ne vieillit point en même temps que le corps, et chez qui la verdeur énergique de la jeunesse se concilie encore avec la bonhomie des derniers ans. La seule faiblesse de ce pa-

PITRE-CHEVALIER

Rosita. Souvenir d'Espagne

Tener sa promessa, y morir.
(Proverbe castillan)

I. LA FETE DES GERBES

Panola est un petit village de la Vieille-Castille, situé dans l'étroite partie de cette province, dont la fertilité contraste avec la sécheresse du reste, véritable oasis dans un désert aride, paysage de l'Andalousie caché dans les steppes de la Sierra ; Panola est un jardin délicieux, et peut-être unique au monde, où la nature semble avoir travaillé sous l'inspiration d'un grand botaniste et d'un grand peintre, pour recevoir sur le même point du globe toutes les richesses et toutes les beautés de la création. Vous venez de traverser cinquante lieues sans rencontrer un arbre, sans apercevoir le moindre filet d'eau roulant sur des cailloux ; tout-à-coup, vous arrivez au milieu de bois, de moissons et de fleurs de toute espèce, rangés sur des gradins de rochers mousseux comme dans une serre pittoresque et colossale. Ici des lièges aux formes variées, aux branches pendantes, se mêlent à l'éclatante verdure des caroubiers, aux pâles oliviers croissant par groupes, aux longues allées d'aloès blanchâtres ; là, chaque massif d'arbustes est entouré de touffes de cystes blancs à larges fleurs, semblables aux plus éblouissants magnolias du Nouveau-Monde. Des collines entières sont couvertes d'une plante fleurissant comme des lilas, et jetant une gomme

aromatique qui embaume l'air d'un parfum tout méridional. Les routes qui aboutissent à Panola traversent des champs de lavande odorante et de fraisiers en arbres, environnés d'ormes et de charmes au feuillage bleuâtre où s'entremêlent les branches bizarres du nopal, espèce de corail végétal fort commun en Castille. Dans toute cette végétation luxuriante, règne une fraîcheur qui rappelle les valons de la Normandie. Des cascades perpétuelles arrosent de petits bois de frênes et d'ormeaux ; le pampre jette ses bras luisants du sommet des grands arbres, ou pend en guirlandes festonnées au flanc des rochers et des ravins ; enfin l'atmosphère est remplie de cette poussière violette et parfumée, qui a fiât dire si justement de l'air du Midi, qu'il se voit et se sent tout ensemble.

Dans la maison la mieux située, au centre de ce charmant paysage, à l'extrémité sud-ouest du village de Panola, c'était fête, le 25 août 1838, et la joie s'y manifestait avec une véhémence tout espagnole. On achevait, par un temps superbe, ès moisson des blés qu'on venait de recueillir et de porter en grange au bruit de mille acclamations. Tous les habitants du village avaient pris part à ce joyeux travail, et, la journée finie, on avait élevé dans l'aire un trophée des dernières gerbes, autour desquelles, suivant un usage immémorial, les garçons et les filles, en grande tenue dansaient au son des guitares et des castagnettes. Tout le monde ne se réjouissait pas, cependant, dans la petite maison de Panola, et il eût suffi, pour y trouver le chagrin à côté de l'allégresse, de passer de l'aire où éclatait le bruit, à une salle basse où régnait le silence.

Dans cette salle, ouverte sur le théâtre des danses et regardant plus loin toute la campagne, deux hommes silencieux se trouvaient réunis, par des motifs aussi différents que l'étaient leurs âges.

Le premier, assis près de la petite table d'un buffet champêtre, était un vieillard qui avait passé la soixantaine, mais cassé par les fatigues plutôt que par les années. Sa tête vénérable, couronnée de cheveux blancs, s'inclinait sur sa poitrine avec une majesté patriarcale. Sur me front ridé, mais serein, dans ses

traits contractés, mais dignes, dans le regard toujours vif de ses yeux à peine affaiblis, on devinait une de ces puissantes et belles natures méridionales, dont l'âme ne vieillit point en même temps que le corps, et chez qui la verdure énergique de la jeunesse se concilie encore avec la bonhomie des derniers ans. La seule faiblesse de ce patriarche devait résider dans ses jambes, dont l'une surtout s'allongeait devant lui d'un air assez invalide ; et le digne homme avait sans doute besoin du secours du bâton recourbé, qui se trouvait placé à sa gauche comme un meuble indispensable. Le costume du vieillard était moitié campagnard et moitié militaire. Il se composait d'une veste ronde couleur de tabac d'Espagne, d'un petit manteau de la même nuance, vêtement essentiel de tout Castillan, d'une ceinture de laine rouge, faisant deux ou trois fois le tour du corps, et d'un pantalon qui avait, à coup sûr, vêtu un soldat avant de couvrir un villageois, à en croire la coupe mesquine du drap, et la bande écarlate qui était censée le décorer. Le chapeau, suspendu près du personnage, était d'une forme ronde, finissant en « pain de sucre, avec un bord étroit relevé tout autour et entouré de ganses et de rubans flétris.

Ce vieillard, qui avait servi dans les années d'Espagne, était le *señor* don Pedro Riaz de la Sarga, pauvre et noble comme tous les Castillans, à cette différence près que sa noblesse était aussi réelle que sa pauvreté, descendant d'une famille déchue depuis des siècles. La petite maison de Panola était son dernier château, et les champs qui l'entouraient son dernier domaine. Mais on sait qu'en Espagne pauvre n'est point synonyme d'indigent, pas plus que cultivateur ne veut dire homme du peuple, et le *señor* Pedro était plus riche avec sa maisonnette et son petit enclos, que maints hobereaux de notre pays avec leurs terres et leur castel.

Par une habitude d'une ancienne vie, à laquelle les périls du temps l'avaient fait revenir, le vétéran espagnol était occupé à nettoyer un poignard et à charger des pistolets, qu'il maniait avec une certaine volupté guerrière, et avec une dextérité étonnante pour son âge.

Le jeune homme qui lui tenait compagnie était son cinquième fils, don Stefano Riaz de la Sarga, formant toute sa famille pour le moment, tandis que les quatre autres étaient à l'armée de la reine. Stefano de la Sarga, superbe villageois de vingt ans, était le garçon le plus accompli de Panola, de l'aveu de toutes les filles. C'était le vrai type espagnol dans toute sa grâce et toute sa fierté : teint basané ou plutôt doré par le soleil ; grands yeux noirs fendus en amandes, et jetant tin regard calme et brûlant, traits réguliers, encadrés dans un ovale parfait ; cheveux noirs comme l'aile d'un corbeau, frisant légèrement autour du cou ; et figure armée de cette expression d'orgueil national qui fait reconnaître un Castillan parmi tons les peuples du monde ! Ce dernier trait de la physionomie de Stefano avait même quelque chose de farouche, assez désagréable à voir ; et quiconque l'eût aperçu pour la première fois eût pu le croire vindicatif ou dissimulé...

Le costume du jeune homme était ce célèbre habit de fête de tous les Espagnols, connu sous le nom d'habit de *Majo*, et dont la richesse proverbiale a fait dire à plus d'un voyageur qu'il n'y a pas de prince en Europe vêtu comme un simple paysan de la Castille. De tons les hommes civilisés, en effet, le *majo* castillan est celui dont le vêtement coûte relativement le plus cher. Stefano Riaz portait une veste de drap noir, très courte, ornée de ganses et de nœuds de rubans de soie de même couleur et garnie d'une broderie en franges de soie noire aussi, du plus joli effet et du meilleur goût.

Entre les deux revers de cette veste, doublée d'une étoffe de soie jaune, une chemise brodée, à col rabattu, se voyait à travers l'ouverture d'un petit gilet à boutons dorés ; une cravate en sautoir, agrafée dans un anneau d'or, pendait sur la poitrine. La culotte courte, en tricot de soie noire, était attachée à la jarretière par une ganse terminée en gland. Une peau jaune très fine composait les souliers recouverts à demi d'une guêtre de cuir également jaune, s'écartant à la moitié du jarret, pour laisser voir des bas de soie blancs. Ajoutez à cela l'ancien filet espagnol, qui n'est pins porté que dans les cérémonies ; complétez la

coiffure par un feutre noir, à petit bord relevé sous une longue plume, et vous aurez une idée exacte du costume de fête ou plutôt de la parure du *majo* de Panola.

En adossant un tel habit, véritable livrée du plaisir, les paysans de la Castille déposent habituellement leur gravité pour s'abandonner à toute l'ivresse de la joie. Tel n'était point le privilège de Stefano Riaz, dont la sombre tristesse contrastait avec l'éclat de ses vêtements. Debout, près d'une fenêtre ouverte sur l'aire, à quelque distance du vieux Pedro, tenant négligemment de la main gauche un bouquet de jasmin à moitié flétri, et s'appuyant de la main droite à l'embrasure de la croisée, il regardait d'un œil mélancolique les moissonneurs danser avec les jeunes filles, et ne répondait aux provocations qu'on lui adressait en passant, que par de tristes hochements de tête, ou des sourires plus tristes encore. De cinq minutes en cinq minutes seulement, ses yeux jetaient des éclairs et sa bouche un soupir. C'était lorsqu'une certaine danseuse, plus jolie que les autres, s'approchait, et qu'il croyait sentir le vent rapide de sa mantille ou le doux parfum de son bouquet effeuillé.

– Qu'elle est jolie ! se disait-il alors en la suivant du regard.

Et, afin de la voir plus longtemps, il s'accoudait languissamment à la croisée.

– Stefano ! dit tout-à-coup le vieillard, qui remarquait depuis quelques instants la préoccupation de son fils.

– Comme ils s'empressent autour d'elle, poursuivit le jeune homme sans rien entendre.

– Stefano ! reprit plus haut le *señor* don Riaz.

– C'est qu'elle danse avec tant de grâce, ajouta le beau rêveur plus sourd que jamais.

– Stefano ! cria le vieux paysan de sa plus forte voix.

Et, arraché enfin à sa contemplation, le *majo* dit indifféremment en tournant la tête :

– Ne m'avez-vous pas appelé, mon père ?

– Mais... oui, répartit don Pédro en souriant ; et tu t'en aperçois un peu tard. A quoi songes-tu donc si profondément, mon fils ?

– À quoi je songe ? À rien ; je regardais nos moissonneurs danser autour des gerbes.

– Si tu ne songeais à rien, mon ami, tu imiterais les moissonneurs au lieu de les regarder.

– Je n’ai pas le cœur à la danse ! soupira le jeune homme en s’éloignant de la fenêtre.

– Et pourquoi cela ?

– Je ne sais.

« Alors, dit le vieillard en lui-même, je commence à savoir, moi ! »

– Tiens, mon ami ! reprit-il tranquillement, remets à leur place ce poignard et ces pistolets.

Stefano prit les armes et les considéra pour se donner une contenance. Puis, saisissant cette occasion de changer l’entretien :

– Vous pouvez vous vanter, mon père, dit-il avec un sourire affecté, qu’il n’y a pas de grenadier dans l’armée de la reine, qui soigne ses armes comme vous soignez les vôtres... Les eaux du Tage, au soleil nu midi, n’ont pas un éclat plus pur et plus vif !

– Les armes d’un vieux soldat sont ses bijoux, mon fils ! répondit don Riaz avec une exaltation militaire ; celles-ci reluisaient moins qu’aujourd’hui quand je les portais, sous les ordres de Mina, contre les ennemis de l’indépendance espagnole. Je n’avais pas le loisir de les nettoyer, alors, entre les batailles du jour et les marches de la nuit ! Maintenant que cet instrument d’invalides les a remplacées dans ma main tremblante, continuait-il en prenant son bâton, il faut bien que je me console de ne plus pouvoir les employer moi-même, en les tenant du moins en état d’être employées par un autre. Car en ces mauvais temps de guerre civile et de querelles de partisans, tout Castillan qui ne peut pas se battre pour sa reine et son pays, doit avoir sous la main de quoi défendre sa famille et son foyer. Mais, reprit-il, s’apercevant de sa digression, tu m’as entraîné bien loin de ce que je voulais te dire. Suspends ces armes à la muraille, regarde-moi... là... et écoute-moi bien !

Stefano obéit le plus lentement possible, et s'approcha du vieillard avec embarras.

– Que voulez-vous me dire, enfin, mon père ? demanda-t-il en maniant les ganses de sa veste.

– Je veux te dire, répliqua Pédro, qui le toisa en souriant de la tête aux pieds, je veux te dire à qui tu ressembles depuis quelques jours, avec tes airs mystérieux et farouches, tes rêveries taciturnes et tes soupirs sans fin...

– Je ne vous comprends pas...

– Si fait !

– Je ne vois pas cependant que je sois plus rêveur et plus silencieux qu'un autre, j'ai fait la moisson gaîment tout le jour ; j'ai dansé longtemps avec les garçons et les filles de Panola... Je me réjouis depuis ce matin comme tout le monde... Voici mon bouquet de fête, qui ne m'a pas quitté de la journée.

– C'est vrai, dit ironiquement don Riaz ; mais regarde un peu dans le miroir le sourire que tu fais en disant cela !

– Je vous assure...

– Je t'assure que ta ressembles, à s'y méprendre, à ton digne père...

– À vous !

– Non pas à moi, tel que me voici, avec ma couronne de cheveux blancs et ma jambe à la réforme ; mais à moi tel que je me suis vu, il y a quelque quarante ans, lorsque j'étais amoureux de la charmante Paquita Brez, avant qu'elle fût ma femme.

– Amoureux, balbutia Stefano, vous pensez que je suis amoureux ?

– Je ne le pense pas, mon fils, je le vois, je le sais, j'en suis sûr ; et je n'ai à ce sujet qu'un reproche à te faire : c'est de n'avoir pas commencé par me le dire.

Pedro s'approcha du jeune homme, les deux mains tendues avec bonté, et Stefano se laissa tomber dans ses bras, en disant :

– Mon père, vous allez tout savoir. -

Tous deux s'assirent alors près de la petite table, en rapprochant leurs chaises autant que possible ; et tandis que les danses des moissonneurs se ralentissaient dans l'aire, au montent où le

soleil s'abaissait tout en feu derrière le village, le *majo* épancha ainsi dans le sein du vieillard le naïf et tendre secret qui pesait à son âme.

II. LE SECRET DU *MAJO*

– Il est vrai, mon père, dit Stefano, j'ai depuis un mois dans le cœur un amour incurable, il y a ici une jeune fille dont la pensée me distrait de toute autre pensée, dont l'image efface jusqu'au souvenir de ma mère, dont la vue me fait oublier le monde entier, vous-même quelquefois, mon père, et j'en demande pardon à Dieu ! Si je n'adresse plus la parole à personne, c'est que le nom de cette jeune fille me vient seul sur les lèvres, et que je n'ose le prononcer ; si je ne me sens plus de courage à rien, c'est que je ne connais rien qui vaille un regard de ses yeux, ou un mot de sa bouche, c'est que je donnerais ma vie pour ce mot ou ce regard, s'ils pouvaient m'annoncer qu'elle m'aime !

– A merveille ! mon fils ; à merveille ! interrompit Pedro, souriant dans son attendrissement ; voilà, par Notre-Dame ! comme j'étais à ton âge ; et voilà comme doit être tout Espagnol qui a du cœur ! j'ai toujours vu que ceux qui sont les pins amoureux sont aussi les plus braves, pourvu que le motif de l'amour soit légitime.

– Oh ! mon père, quant à cela...

– Je m'en rapporte à toi, mon ami, je m'en rapporte à toi ! Aussi, avant de te demander qui tu aimes, je te promets de ne mettre à ton mariage que trois conditions.

– Lesquelles ? dit vivement Stefano, comme si les paroles qu'il venait d'entendre devaient calmer toutes ses inquiétudes.

– D'abord, reprit l'hidalgo villageois, sur le ton d'un grand d'Espagne parlant à son fils aîné, la femme qui recevra ton nom t'en apportera un aussi noble et aussi pur que celui des Riaz de la Sarga ; noblesse et honneur valent mieux que richesse ; et, tout pauvre que je suis, je n'exige pas d'autre dot.

– Ensuite ?

– Ensuite, elle sera la digne fille d’un sujet dévoué de notre reine Isabelle et d’un fidèle défenseur de la constitution des Espagnes.

En prononçant ces mots sacrés, le vieillard s’inclina respectueusement, non sans être imité par le jeune *majo*, qui souleva légèrement son chapeau sur sa tête.

– Enfin ! demanda l’amoureux impatient d’entendre le dernier mot.

– Enfin, acheva don Riaz avec solennité, vous jurerez tous les deux ensemble, le jour de vos fiançailles, que si la mort (cela peut arriver tous les jours), enlevait un des quatre fils que j’ai à Tannée nationale, tu prendrais à l’instant ces armes (il montra le poignard et les pistolets suspendus près d’un énorme fusil), et quitterais sans balancer Panola, pour aller remplacer ton frère...

-- Les deux premières conditions sont toutes remplies, dit Stefano, et je me chargerai dans l’occasion de satisfaire à la troisième. Mais malheureusement, il en est une dont vous oubliez de parler, et qui ne dépend en effet ni de vous ni de moi. Il faut que je sois aimé pour être heureux, et je ne crois pas que je sois aimé, mon père !

– Tu ne crois pas ! s’écria fièrement Pedro ; je voudrais bien voir, par exemple, qu’une fille de ce village s’avisât de dédaigner la main de Stefano Riaz de la Sarga !

– Je ne sais si elle dédaignerait ma main, mais je sais qu’elle semble redouter mon amour ; car elle évite avec soin mes regards et jusqu’à mon attention. Elle ne me permet pas de lui adresser la parole de peur que mon aveu ne passe de mes yeux à mes lèvres.

– *Bast !* dit le vieux paysan d’un ton gaillard, c’est sans doute que tu n’oses pas toi-même ouvrir ta bouche ; c’est que tu effraies ta belle avec tes airs de bandit qui médite un mauvais coup. Les jeunes filles, vois-tu, mon ami, ne haïssent point les amoureux qui soupirent ; mais elles aiment aussi les amoureux qui parlent, et ce n’est que pour les mieux écouter qu’elles font d’abord la sourde oreille.

– Oh ! s'écria le jeune homme en joignant les mains, si je pouvais seulement penser qu'elle m'entendrait sans colère...

– De la colère i allons donc, enfant ! est-ce que l'amour offensa jamais une jolie fille ? Voyons, mon jeune hidalgo, continua le vieillard en regardant son fils avec orgueil, commençons dès aujourd'hui notre cour à cette sévère *maja*, et d'abord changeons, s'il vous plaît, d'allure et de physionomie ; relevons hardiment cette belle tête et ces grands yeux noirs ; posons une main sur cette hanche dégagée, et balançons, de l'autre, ce chapeau à plume élégante ; puis parlons d'amour noblement et à haute voix, comme nous savons si bien parler de guerre et de courses de taureaux, et nous verrons alors si la *señora* la plus difficile et la plus dédaigneuse ne sera pas bientôt trop contente de cesser de l'être avec notre seigneurie. Le reste me regarde, mon fils, et tu peux compter, nos conditions remplies, que la noce ne se fera pas attendre... Eh bien ! vive Dieu ! qu'en, dis-tu ? cela ne vous déride pas un peu, *mi señor dolorido* ?

– Si, mon père, dit Stefano avec mélancolie. Puisse le ciel vous inspirer et permettre que vous ne vous trompiez pas !

– Ah ça ! reprit le vieillard avec vivacité, il ne me reste plus maintenant qu'à savoir le nom de ma future belle-fille.

Le jeune homme allait prononcer ce nom qui faisait déjà trembler ses lèvres émues, lorsqu'un grand bruit, élevé tout-à-coup dans l'aire, vint interrompre l'entretien au point le plus intéressant.

III. LE CHOIX DE LA MAJA

Tous les moissonneurs, suivis de leurs danseuses, se précipitaient pêle-mêle vers la frai-son.

– La *maja* ! la *maja* ! criaient-ils tous ensemble, il nous faut la *maja* !

En un clin-d'œil, la salle basse fut remplie par ce concours bruyant et animé. Tous les nouveaux-venus portaient des costumes plus ou moins richement calqués sur celui de Stefano ;

les uns avaient à la main des guitares ; les autres des castagnettes ; la plupart s'appuyaient sur de longs bâtons sans écorce, terminés en fourches et ornés de rubans de toutes couleurs. Chacun portait au côté gauche de sa veste un bouquet de jasmin pareil à celui du *majo*. Les jeunes filles, en corsage de soie noire, en basquines courtes, en bas rouges et en mantilles, agitaient toutes des castagnettes, et entraient dans la maison en valsant avec leurs danseurs.

Quand cette joyeuse foule eut entouré Pedro Riaz, les cris : *La maja ! la maja !* retentirent de plus belle, et la voix paisible du vieillard ne couvrit pas sans peine toutes ces voix réunies :

– Eh bien ! eh bien ! mes enfans, qu'y a-t-il ? demanda le Nestor villageois à son tumultueux auditoire.

– *La maja*, continuèrent à crier les plus turbulents.

– *La maja...* ou la mort ! ajouta un plaisant tant soit peu aviné.

– Voyons, reprit don Riaz, expliquez-vous ; voulez-vous parler de ma nièce Rosita !

– Oui ! oui ! répétèrent toutes les voix.

– Eh bien ! est-ce qu'elle n'est pas avec vous, mes amis ? Je croyais que c'était elle que vous fêtiez tout-à-l'heure.

– Certainement, répondit un des chais de l'émeute, nous la promenions en chantant sur la dernière gerbe.

– Elle s'est même laissé faire très volontiers, ajouta un jeune paysan.

– Et jusque-là ça marchait parfaitement, dit-on antre.

– Mais, continua un troisième, c'est an plus beau moment que tout s'est gâté, quand nous avons voulu procéder à la cérémonie du *Choix de la maja*.

– Ah ! ah ! dit Pedro en souriant, la petite Navarraise a fait la scrupuleuse ?

– Elle s'est révoltée comme un démon, et a déclaré que cette cérémonie ne la regardait point

– Je la reconnais là ! observa le vieillard. Mais, lui avez-vous bien expliqué ce que c'est que le *Choix de la Maja*.

– Nous lui avons dit tout ce qu’il était possible de dire : que c’est un usage consacré à Panola, le Jour de la moisson des blés, qu’après avoir promené la fille de la maison sur la dernière gerbe, tes garçons du village qui sont amoureux d’elle viennent lui présenter leurs bouquets, chacun à ton tour ; qu’elle doit choisir entre eux celui qu’elle autorise à demander sa main, en gardant te bouquet de celui-là seulement, après avoir rejeté ceux de tous les autres ; que, si elle se refusait à la loi commune, elle serait disgraciée à Jamais dans le pays, et qu’il serait interdit à tout honnête villageois de lui faire la cour, sous peine de se voir tympanisé d’importance... Aucune de nos raisons n’a pu la convaincre, aucune de nos menaces l’effrayer. Elle a déclaré qu’habitant Panola depuis huit mois seulement, elle n’était pas forcée d’adopter nos usages ; qu’elle verrait, à la moisson prochaine, si elle se soumettrait au *Choix de la Maja*. Bref, elle a trouvé le moyen, tout en nous payant de belles paroles, de s’élancer de la gerbe où nous l’avions assise, et de nous échapper par la petite porte de la grange.

– Voyez la sauvage ! dit gaîment Pedro, qui, en vieillard de bonne humeur, prenait fait et cause pour les jeunes gens ; mais aussi, mes Mds, ajouta-t-il, convenez d’une chose, c’est ‘que vous êtes des galants bien peu adroits de ne pas savoir à vous tous retenir une jeune fille. Il tenait du moins courir après elle et remettre promptement la main sur votre proie.

– C’est bien ce que nous avons fait, par Notre-Dame ! mais rattrapez-donc un oiseau sans avoir des ailes ! Elle a volé pendant que nous marchions, et nous a jeté au nez la porte qui conduit ici... Elle doit être là ! poursuivit lé paysan qui parlait pour les autres, en désignant une chambre fermée à la droite de don Riaz. Nous avons fait garder toutes les issues qui pourraient lui livrer passage, et nous venons la réclamer près de vous, *señor* Pedro, pour exercer nos droits en votre présence, et la forcer de faire son *Choix de Maja* dans toutes les règles.

– Vous avez entièrement raison, mes enfants, répondit le vieillard avec la gravité d’un juge... Vous allez être satisfaits à l’instant même, ajouta-t-il en cherchant des yeux Stefano.

Puis, l'ayant aperçu plus pensif que jamais, derrière un groupe chuchotant de jeunes paysannes :

– Mon fils, lui dit-il, va chercher ta cousine dans cette chambre ; c'est au *majo* de faire id les honneurs de la *maja* ; si Rosita refusait de venir à ta prière, tu lui diras que c'est moi-même qui la fais demander.

– J'y vais, mon père, dit Stefano après un moment d'hésitation.

Puis, s'arrêtant tout-à-coup près de la porte, comme si la mission lui eût décidément répugné :

– Je ne trouverai peut-être pas ma cousine dans cette chambre ? fit-il observer avec embarras.

– Vous la trouverez ! elle y est ! nous en sommes sûrs ! s'écrièrent une vingtaine de voix qui ne comportaient pas de réplique.

– Mais, reprit le délégué récalcitrant, si elle ne voulait pas me suivre de bon gré ?...

– Elle le voudra ! interrompit don Riaz, d'un ton qui décida Stéphano à ouvrir la porte.

– A la bonne heure ! dirent les villageois enchantés, en prodiguant au vieillard des remerciements énergiques.

Le plaisant qui avait déjà égayé l'assemblée jeta son chapeau en l'air en criant :

– *Viva el buonito señor Pedro !*

Et aussitôt, répété par acclamation, ce cri ébranlait tous les échos du lieu, lorsque Rosita, conduite par Stefano, fit, en baisant les yeux, son entrée dans la salle.

Rosita Lopez était, comme l'avait dit son onde, une enfant de la Navarre, fille d'une sœur de don Riaz et d'un hidalgo laboureur comme lui. Elle avait quitté Tafalla, sa bourgade natale, à la mort de son père et de sa mère, victimes de la guerre civile qui désolait cette contrée, et le vieux Pedro l'avait fait venir, non sans péril, jusqu'à Panola, où il se plaisait à la traiter en fille chérie, en attendant qu'il pût la marier avec convenance et honneur.

L'origine de Rosita aurait pu se lire sur sa figure, moins castillane que toutes celles qui l'entouraient ; mais, pour être douée d'une beauté moins majestueuse, elle n'en possédait que des grâces plus délicates. Agée de dix-huit ans à peine, et arrivée tout juste à son dernier développement, elle avait un de ces visages où la finesse se mêle à la candeur, et où les passions les plus profondes se trahissent par des contractions nerveuses, sous cette apparence d'innocence enfantine si souvent trompeuse bien les jeunes filles. Ses cheveux, d'un brun dore, étaient groupés simplement autour d'un large peigne ; elle avait le front couvert d'un léger duvet vers les tempes et illuminé d'une faible lueur au-dessus des sourcils. Ses yeux, de la même couleur que sa chevelure, donnaient à sa physionomie une harmonie enchanteuse, complétée par un rapport qui n'était pas moins séduisant entre l'éclat perlé de ses dents blanches et les vives étincelles de son regard. La bouche petite, sérieuse et mignonne, le menton fuyant insensiblement vers un cou de cygne, les joues nuancées d'un rose imperceptible et transparent, s'encadraient à merveille dans l'ovale parfait de la tête, à laquelle la courbure prononcée d'un nez fortement aquilin prêtait un profil aussi énergique que la face était calme et douce. Ce qu'il y avait de plus espagnol chez Rosita c'était sa taille, à la fois svelte et ronde, ferme et agile, digne de rivaliser avec les plus beaux torsos andalous.

Le costume de *maja*, qui faisait valoir cette naïve beauté, était plus riche et plus brillant encore que celui de Stefano Riaz. La mantille de dentelle noire, jetée en arrière par-dessus le peigne, ajoutait encore, par contraste, à la blancheur satinée des épaules. Le corsage, en velours brun, dessinait la taille et la poitrine, avec cette voluptueuse exactitude dont la coquetterie espagnole a seule le secret. Relevée gracieusement sur les hanches, la basquine de soie noire descendait, à plis étroits, jusqu'à mi-jambe, laissant voir complètement les bas et la chaussure, partie non moins essentielle que le peigne dans toute toilette méridionale ; cette chaussure se composait d'un soulier de soie noire, à peu près sans quartier, si étroit et si petit qu'on ne pouvait le

distinguer qu'à sa couleur, et invisiblement attaché au talon par des rubans du même blanc que les bas. Déjà fort riche, comme on voit, par la matière et par la forme, ce vêtement devenait tout-à-fait luxueux et recherché par la quantité de rubans, de ganses, de franges, de broderies et de fleurs dont il était presque entièrement couvert.

En revoyant le charmant trésor qu'ils s'étaient laissé ravir si malheureusement, les jeunes moissonneurs poussèrent une exclamation de joie et saluèrent Stéphano et sa cousine, du bruit de toutes leurs castagnettes réunies,

– Rosita, dit Pedro à sa nièce, en lui prenant la main, je vous ai excusée auprès de nos villageois du mauvais tour que vous leur avez joué. C'est à vous maintenant de leur faire réparation de bonne grâce, en vous soumettant à une vieille coutume qui est de rigueur ici comme la dîme. Voyons, ne tremble pas ainsi, mon enfant, et entre gaîment dans ton rôle... Tu es la fille de la maison, la *maja* ; il y a parmi les braves Castellans qui t'entourent des amoureux qui prétendent à ta main. Ils vont te faire leur hommage dans la formule consacrée, en t'offrant les bouquets de jasmin qu'ils portent sur le cœur. Il doit y en avoir un parmi eux que tu distingues secrètement, et l'on t'a dit comment tu dois le désignée entre tous, en gardant le bouquet qu'il t'aura présenté...

– Mais, *señor* Pedro... balbutia la jeune fille d'une voix tremblante.

– Point de réclamations, mon amie, Interrompit doucement le vieillard. C'est pour se marier qu'on est jolie, par Notre-Dame ! pour trouver un fiancé beau et brave, tendre et fidèle, tu es trop heureuse de n'avoir ici que l'embarras du choix... Ce choix, d'ailleurs, est parfaitement libre, tu le vois : celui qui sera favorisé ne t'épousera point dans les vingt-quatre heures ! Il ne te prendra pas, comme nos rois prennent leurs reines, sans te faire la cour et sans t'habituer à lui. Tout au contraire, mon enfant, ton choix ne fera que lui donner le droit d'achever de te plaire, de te prouver son amour et de mériter ta main.

Rosita essaya de renouveler ses timides réclamations ; mais l'imperturbable don Riaz lui ferma pour la seconde fois la bouche, et fit signe aux villageois de commencer la cérémonie à laquelle il paraissait tenir autant qu'eux-mêmes.

La plupart des jeunes gens qui étaient dans la salle prirent alors de la main droite les bouquets de jasmin qu'ils avaient au côté, et la *maja* put se convaincre, en les comptant d'un coup d'œil, qu'elle avait autant de prétendants qu'il y avait de jolis garçons devant elle. Rosita était debout, près de son oncle, à l'une des extrémités de la pièce. A sa droite et à sa gauche étaient groupées les jeunes moissonneuses, Admirant sans envie la reine de la fête, et lui formant une gracieuse cour. En face, se tenaient les jeunes rivaux qui allaient déclarer leur amour ; et qui se lançaient l'un à l'autre des regards de jalousie secrète. Debout et immobile derrière, Stefano promenait un œil mélancolique autour de la salle. Les joueurs de guitares et de castagnettes, réunis devant la porte, préludaient doucement à la scène qui se préparait, et sur ce tableau digne du pinceau de Léopold Robert, le soleil à moitié couché à l'horizon jetait un rayon calme et solennel.

Le premier villageois qui sortit des rangs était un grand jeune homme au teint coloré. Il s'avança d'on pas ferme vers la *maja*, et lui fit son compliment en ces termes :

– Je suis Jeronimo Caldaroz ; j'ai vingt-six ans, vienne la fête de Noël. J'ai laissé dire dans le village que j'étais difficile à marier, parce que j'attendais la plus belle *maja* : la plus belle *maja*, c'est vous, Rosita Lopez. Voulez-vous mettre sur votre cœur ce bouquet, qui a été sur le mien ?

Jeronimo présenta son bouquet à la jeune fille, qui le prit en rougissant et le laissa tomber.

– Il est refusé ! il est refusé ! chuchotèrent les villageois, pendant que le grand jeune homme rentrait dans la foule et qu'un second en sortait pour prendre sa place.

– Je suis don Juan Ribeira, dit celui-ci d'un ton dégagé. Ma mère prétend que je suis le meilleur garçon de Panola, et mon père, que je suis le plus riche ; il dépend de vous, Rosita, que je

sois le plus heureux. Voulez-vous mettre sur votre cœur ce bouquet qui a été sur le mien ?

– Refusé ! murmurèrent de nouveau les assistants, en voyant le jasmin glisser à terre sans être retenu par la *maja*.

Un troisième s'avança à son tour, accueilli par un sourire général. C'était le plaisant en gaité que nous avons déjà vu dans la fête, joli cavalier d'ailleurs, mais un peu négligé dans ses manières,

– Petite rose de Panola, dit-il à la jeune fille, d'un air agaçant, vous me connaissez depuis que vous habitez ce village, et vous savez pour qui je soupire nuit et jour. Je vous aime autant que le vin de Xérès et de Malaga. Voulez-vous mettre sur-votre cœur...

Il s'interrompit en voyant choir son bouquet au milieu d'un éclat de rire, et, prenant gravement par la main le quatrième concurrent qui lui succédait :

– Puisque je ne suis pas de votre goût, *maja*, reprit-il ; je vous assure que vous avez tort ; mais voici, après moi, mon cousin Martinez, qui, à mon défaut, sera justement votre affaire.

Martinez fut renvoyé, malgré la recommandation, et dix autres le remplacèrent avec le même succès. Les bouquets de jasmin pleuvaient aux pieds de la jeune fille, et tout autour d'elle déjà le parquet en était couvert. Les disgraciés se multipliaient tellement qu'ils ne pouvaient plus cacher leur confusion dans la foule. Les assistants se parlaient vivement à voix basse, tandis que les joueurs de guitare, étonnés, oubliaient de faire résonner leurs instruments. Le vieux Pedro, tour à tour inquiet et souriant, se demandait pourquoi sa nièce était si sévère, puis se disait qu'elle en avait bien le droit ; et les prétendants qui restaient encore avec leurs bouquets à la main se regardaient d'un air d'hésitation et osaient à peine entrer dans la lice.

Il s'en trouva cependant trois encore qui, plus téméraires que les autres, s'avancèrent vers la *maja*.

Les deux premiers ne furent pas même entendus jusqu'au bout, et tous les yeux se fixèrent avec intérêt sur le dernier. Rosita le laissa débiter son compliment, prit son bouquet qu'elle

considéra avec une pitié coquette, et l'envoya, en poussant un soupir de soulagement, rejoindre l'amoureux trophée qui jonchait la terre.

Un grand murmure alors s'éleva dans la salle parmi les villageois stupéfaits,

– Tous refusés ! tous ! s'écrièrent assistants et prétendants... C'est une indignité ! cela ne s'est jamais vu !

– Au fait, dirent quelques malicieuses paysannes, pourquoi choisirait-elle contre son gré, si aucun de ses amoureux ne lui convient !

El deux partis allaient se former aussitôt pour et contre la *maja*, lorsque don Riaz, s'avancant vers sa nièce, imposa silence à tous en lui adressant la parole,

– Ah ! ça, mon enfant, lui dit-il, avez-vous bien songé à ce que vous venez de faire ?

– Oui, mon onde, répartit Rosita avec assez de fermeté. Ne m'avez-vous pas dit que j'étais entièrement libre ?

– Libre... de choisir, sans doute ; mais non de renvoyer tous les concurrents.

La *maja* baissa les yeux sans répondre.

– Pardon, mon père, il en reste encore un, dit alors Stefano Riaz, au milieu du silence.

– Où est-il ? demanda vivement tout le monde.

– C'est moi ! répliqua le *majo* en prenant son bouquet de jasmin.

Une exclamation de surprise sortit de toutes les bouches ; Rosita tressaillit si violemment, qu'elle fut obligée de s'appuyer au bras de son oncle, et Pedro, plus étonné encore que tous les autres, courut précipitamment à son fils.

– Comment ! Stefano, lui dit-il avec joie, c'est ta cousine que...

– Oui, mon père, répondit le jeune homme ; c'est elle que j'aime !

– A la bonne heure ! fit le vieillard en ouvrant de grands yeux. Je comprends maintenant pourquoi notre *maja* était si difficile, ajouta-t-il intérieurement, ce n'est pas sans doute l'appétit

qui manque à la friponne, mais elle attendait que le meilleur morceau fût servi...

Tout en raisonnant ainsi, Pedro reprit sa place près de Rosita, et, au milieu des témoignages d'un intérêt général, Stefano, pale d'émotion, s'avança vers sa cousine.

IV. LE DERNIER BOUQUET

– Rosita, je vous aime, dit simplement Stefano à la *maja*, voulez-vous mettre sur votre cœur ce bouquet qui a été sur le mien ?

Le jeune homme avait prononcé ces mots avec un accent si doux et si expressif, le geste par lequel il offrait les fleurs symboliques était si suppliant et si passionné, qu'une émotion sympathique se communiqua à toute l'assistance, et que des larmes d'attendrissement vinrent aux yeux de Pedro et de la jeune fille.

– Gardez le bouquet, Rosita, gardez-le ! signifèrent à la fois tous les regards de la foule, sans en excepter les concurrents de Stefano. Quelques voix même osèrent articuler ces paroles pour interpréter hautement l'intention commune, et le son léger des castagnettes et des guitares ressembla aussi à une prière mystérieuse.

La *maja*, non moins pale que son cousin prit le bouquet d'une main tremblante, elle le considéra avec une sorte de complaisance, fit un mouvement pour le jeter à terre, s'arrêta brusquement pour le regarder encore, et le laissa enfin tomber en détournant la tête.

– Et lui aussi, Santa Maria ! s'écria tout le monde avec un étonnement douloureux.

La musique cessa brusquement de se faire entendre ; un bruit de voix confuses lui succéda dans la salle ; des mouvements divers agitèrent la foule des moissonneurs, et Stefano se jeu, éploré, dans les bras de don Riaz.

– Quand je vous disais, mon père, s'écria-t-il, quand je vous disais que j'aimais sans espoir !...

– Mon enfant ! mon pauvre enfant ! balbutia d’une voix étouffée le vieillard frappé au cœur.

Puis se tournant vers la *maja*, sans cesser de presser son fils contre sa poitrine :

– Rosita ! lui dit-il avec une poignante amertume, vous n’êtes pas seulement sévère, vous êtes impitoyable ! Quand vous êtes venue, il y a huit mois, du fond de la Navarre, orpheline abandonnée ; quand je vous ai reçue ici avec joie et traitée comme la fille de la maison, j’étais loin de penser que vous apporteriez chez moi la douleur et le désespoir... Mais enfin, vous n’êtes pas obligée de ressentir pour mon fils l’amour que vous lui avez inspiré... bien involontairement sans doute... Vous êtes entièrement libre, comme vous dites... Et, puisque cette liberté ne doit vous servir qu’à faire des malheureux de ceux qui vous chérissent...

Il s’interrompit, ne pouvant plus contenir ses pleurs, et il inclina sa tête blanche sur celle du jeune homme.

– Mon pauvre Stefano !... dit-il en l’embrassant avec effusion... Mais allons, reprit-il aussitôt d’une voix plus ferme ; ne parlons plus de cela et tâchons d’avoir du courage ; oublie que tu as aimé ta cousine, mon ami !...

– Jamais ! murmura le *majo* ; jamais, mon père !

– Souviens-toi seulement, ajouta le vieillard avec bonté, en voyant Rosita cacher dans ses deux mains son visage inondé de larmes : souviens-toi toujours qu’elle est ta cousine... Ta sœur... comme je n’oublierai jamais, quoi qu’il arrive, qu’elle est ma nièce... ma fille...

– Qui ! s’écria Rosita ; qui couvrit de baisers la main de son oncle, oui, votre fille. Pedro ! ne craignez pas que je cesse jamais de mériter ce titre ; et ne me condamnez pas comme une ingrate, avant d’avoir entendu ma justification.

– Votre justification ? répéta Stefano, qui accueillit ce mot comme une tueur d’espérance.

– Que voulez-vous dire, ma nièce ? reprit don Riaz : parlez ; je vous écoute.

La *maja* regarda autour d'elle avec hésitation, et ouvrit plusieurs fois la bouche sans prononcer une parole.

– *Señor* Pedro, dit-elle enfin, c'est un secret que j'ai peut-être eu tort de ne pas vous avouer déjà, et que je pourrai confier à vous seul si vous voulez bien me le permettre.

– A moi seul ? répondit le vieillard étonné ; soit, je suis à vous, à l'instant même.

Et saisissant avec empressement la main de Rosita, il fit signe aux villageois de l'excuser, à son fils de reprendre courage, et entra dans la chambre avec la tremblante jeune fille, tandis que la foule des moissonneurs s'écoulait en chuchotant...

– Un secret qu'elle ne veut confier qu'à mon père ?... dit lentement Stefano, quand il fut seul dans la salle...

Et, après avoir contemplé d'un œil rêveur la porte par laquelle venait de disparaître sa cousine :

– O Notre-Dame de Panola ! ajouta-t-il en s'agenouillant devant une vierge placée au-dessus de cette porte : donnez-moi le courage d'attendre l'éclaircissement de ce mystère, et, s'il ne devait pas me rendre l'espoir, guérissez-moi de mon amour.

Puis ayant appelé un valet de grange pour fermer et garder la maison, le jeune homme alla respirer au sommet des collines, dont l'ombre commençait à descendre sur le village... Le ciel n'était plus éclairé que par les reflets rouges du soleil, empreints sur les derniers nuages du couchant ; le vent du soir promenait dans l'air attiédi le parfum des jasmins et des orangers en fleur, et l'on n'entendait plus d'autre bruit dans Panola que des sons perdus de guitares ou de castagnettes, mêlés parfois au retentissement faible et lointain des grelots de quelques mulets attardés.

V. LE LIEUTENANT DULAURIER

Quand Stefano rentra à la maison, il trouva son père et sa cousine dans la salle basse. Rosita tressaillit en l'apercevant, et n'osa pas lever les yeux sur lui ; puis, prenant un prétexte pour

rentrer dans sa chambre, elle s'éloigna après avoir embrassé son oncle.

Resté seul avec don Riaz, Stefano le regarda quelque temps encore avant de lui adresser la parole, et, s'approchant de lui avec une curiosité mêlée d'angoisse :

– Eh bien ! mon père, demanda-t-il, vous n'avez rien à me dire ?

Pedro tendit silencieusement une main dans laquelle le sombre jeune homme laissa tomber la sienne.

– Un seul mot, mon père, reprit Stefano avec une brusque impatience : Rosita peut-elle m'aimer, et puis-je devenir son mari ?

– Mon ami ; répondit don Riaz, tout n'est pas désespéré !... Un jour viendra peut-être où tu pourras reparler d'amour à Rosita ; et tu sauras alors le secret dont je ne veux pas t'accabler aujourd'hui ; ta le sauras quand il n'aura plus rien de cruel pour toi !

– Consolation d'usage, dit Stefano avec un sourire ironique. Je vous en remercie pourtant, mon père, car je sais qu'il ne tient pas à vous de me consoler autrement.

Il fit trois tours dans la salle d'un air farouche, jeta un regard de reproche à la Vierge, qu'il avait implorée en vain, s'arrêta quelques minutes devant la porte de la chambre de sa cousine ; puis, sortant tout-à-coup de ce calme forcé pour s'abandonner au désespoir le plus convulsif.

– Oh ! je suis maudit ! je suis maudit ! s'écria-t-il en courant par la salie et se tordant les bras sur sa tête.

Puis, il arracha les ornements de son costume avec une fureur qui doublait l'énergie de ses imprécations ; il prit son chapeau à plume et le jeta loin de lui avec les glands de son filet, après quoi il revint accabler Pedro de questions et d'instances, pour lui arracher bon gré malgré le secret de Rosita.

– Il faut oublier Rosita et son secret, mon fils, dit le vieillard, il faut chasser de ton cœur jusqu'au souvenir de ton amour !

– C'est vrai, répondit Stefano d'une voix sourde, mais c'est malheureusement impossible. Vous vous rappelez, mon père, le

livre d'histoire ancienne où nous avons lu la vie d'un capitaine thébain qui s'appelait Epaminondas ! Ce capitaine ayant reçu dans une bataille un javelot au milieu de la poitrine, les médecins déclarèrent que, pour soigner sa blessure, il fallait commencer par en arracher le fer ; mais que cette opération pouvait coûter la vie à celui qui aurait le courage de s'y soumettre. Or, vous savez que le capitaine s'y soumit, mon père...

– Et qu'il mourut, dit Pedro en regardant son fils.

– Eh bien ! mon père, reprit Stefano avec force, l'amour de Rosita dans mon cœur, voyez-vous, c'est le javelot dans la poitrine d'Épaminondas !

Là-dessus le jeune homme, laissant le vieillard confondu dans la salle, monta lentement l'escalier qui conduisait à sa chambre.

– Hélas ! hélas ! s'écria don Riaz en le suivant u regard, pourquoi Rosita est-elle venue dans cette maison, et comment sortirons-nous de ce cercle fatal ?

Les malheureux, en effet, n'en devaient sortir qu'après plusieurs semaines, durant lesquelles des bruits de guerre firent seule diversion à leur attente. Les troupes du prétendant avaient occupé quelques bourgades voisines, et des guérillas constitutionnelles s'étaient formées dans le pays pour les en chasser. Ce fut-alors qu'un événement romanesque, auquel Stefano l'attendait moins que personne, vint jeter une lumière soudaine sur sa situation et compliquer cette douloureuse intrigue de famille.

C'était un matin des premiers jours de septembre, quelques instants après le lever du soleil. Une pluie fine était tombée pendant la nuit, et les gouttes d'eau restées aux feuilles des arbres étincelaient comme des myriades de perles ; un vent léger qui les roulait en passant ajoutait encore à cette fraîche illusion. Le soleil qui montait à l'horizon, entouré de quelques nuages d'un gris pâle, avait cette physionomie particulière et voilée qui le fait comparer nationalement par les paysans de la Castille au roi d'Espagne enveloppé dans son manteau. Les rues de Panola étaient à peu près désertes ; quoi muletiers seulement les

traversaient h longs interverties, et la maison de Pedro Riaz était la seule éveillée dans le village.

Levé avec le jour et avant tout le monde, suivant sa coutume, Stefano était seul dans la salle basse, en face d'une fenêtre ouverte sur la route. Il s'occupait à fixer au bout d'une longue perche un fer de lance de picador, et interrompait parfois ce travail pour se plonger dans des méditations profondes.

Une voix, retentissant dans la campagne, attira tout-à-coup son attention ; cette voix chantait la romance mauresque des *Amours d'Adhemar et d'Adalifa*, et, pour une oreille espagnole un peu délicate, elle était empreinte d'un léger accent ultramontain dont Stefano Riaz s'aperçut en vrai Castillan. Sans quitter sa place, il écouta machinalement le chanteur qui livrait aux échos de la vallée les strophes suivantes ;

« La Peur, fille de la Tendresse,
Près de toi tourmente mon cœur »,
Disait au Maure sa maîtresse
Au premier jour de leur bonheur ;
« C'est moi qui t'aimai la première ;
Je t'ai préféré, même au roi !
Jure-moi que sous la visière
Tes yeux ne regardent que moi ! »
Comme la lune, après l'orage,
Perce son voile de brouillard,
Sous l'épais sourcil qui l'ombrage
Du Maure brille le regard :
Crainte indigne d'une âme fière !
Dit-il, « Crois-en ton chevalier ;
Ta bouche a parlé la première,
Mon cœur t'aimera le dernier ! »

Ces paroles amoureuses rappelèrent à Stefano le souvenir de Rosita. Il poussa un cruel soupir, en regardant la porte de la petite chambre ; puis il prêta de nouveau l'oreille à la voix qui se rapprochait, et dans laquelle, outre l'accent étranger, il crut reconnaître une émotion singulière.

Si Stefano eût entendu ce chant à minuit au lieu de l'entendre à cinq heures du matin, il eût pu croire que c'était la voix

de quelque poltron, s'étourdissant à plein gosier sur sa propre frayeur. Ses conjectures, au reste, ne furent par longues, car le chanteur se trouva bientôt près de la maison. Le villageois n'eut que le temps d'apercevoir un homme de haute taille, tête nue, enveloppé dans un large manteau... Cet homme se détourna vivement en passant devant la croisée ouverte, jeta derrière lui un regard rapide et inquiet, releva son manteau sur ses épaules et sauta lestement par la fenêtre... Stefano recula de surprise à l'aspect de cette étrange visite, puis fut tenté de se saisir de l'individu, qu'il prit tout d'abord pour un voleur ; mais il changea promptement d'avis sur son compte, en le voyant fermer la croisée pour se tapir derrière, et demeurer là quelques instants sans quitter des yeux la route. Un grand bruit de chevaux, que le jeune homme n'avait pas remarqué, s'approcha tout-à-coup de la maison. Une centaine de cavaliers passèrent devant la fenêtre et l'inconnu ne respira que lorsque les derniers eurent disparu.

Enfoncés les guéridons de la reine ! dit-il alors avec un geste familier et ironique : puis se redressant et souriant aussitôt, en homme qui se remet gâtaient de la plus chaude alarme :

– Qu'ils aillent ce train-là pendant une heure seulement, ajouta-t-il, et j'aurai le temps de me livrer aux douceurs du repos..., nécessaires au voyageur altéré.

En prononçant ces mots, il porta une main à sa gorge, et se retourna pour la première fois vers l'intérieur de la salle. Ce fut ainsi qu'il aperçut Stefano, et que celui-ci, de son côté, put le voir en face. Tous deux tressaillirent légèrement, se saluèrent avec réserve, et semblèrent réfléchir avant de s'aborder.

– Motus et attention à la manœuvre ! se dit, en refermant son manteau, le militaire (car ses manières et son salut indiquaient clairement sa profession) ; ce jeune espagnol n'a pas la physiologie très ouverte, et les yeux de travers qu'il me fait ne peignent pas précisément la bienveillance.

– Quel peut être cet homme ? se demandait en même temps le villageois qui s'était rapproché instinctivement des pistolets chargés par son père...

Mais il réprima le mouvement qu'il avait fait pour en prendre on, en voyant l'inconnu s'avancer vers lui de l'air le plus aimable.

– Il n'est pas armé ! pensa-t-il ; sachons d'abord ce qu'il me veut.

– Jeune et noble habitant de la vieille Castille, demanda l'étranger, car vous êtes noble sans doute, comme tout bon Castillan doit l'être, me ferez-vous la faveur de m'apprendre avant tout chez qui j'ai eu l'honneur de m'introduire en quelque sorte frauduleusement ?

Avant de répondre, Stefano toisa son interlocuteur des pieds à la tête. C'était un homme de vingt-huit à trente ans, d'une figure ouverte et colorée, portant des cheveux d'un blond vif et de longues moustaches de la même nuance. Le manteau couleur de tabac d'Espagne qui le couvrait aux deux tiers, contrastait avec les jambes de son pantalon dont il laissait voir l'étoffe bleue. Cette partie du costume, en effet, n'était rien moins qu'espagnole, et, combinée avec l'accent de l'individu, elle fit soupçonner un Français au jeune villageois... Ne se soudant pas de satisfaire explicitement à la question qui lui avait été adressée :

– Vous êtes, répondit-il, chez un honnête cultivateur de Pagnola, et c'est à son fils que vous parlez.

– Conséquemment, reprit l'inconnu avec une noble franchise, le fils doit être aussi honnête que le père, et j'en rends grâce à la Providence ! Entrant, sans me faire annoncer, par la première fenêtre venue, je pouvais aussi bien tomber chez des coquins que chez de braves gens, et je peux me vanter en quelque sorte d'avoir eu du bonheur au jeu ! Souffrez donc, jeune homme, que je me félicite d'avoir celui de faire votre connaissance.

– Voilà une langue bien agile pour une si bonne figure ! pensa encore Stefano, avec un reste de méfiance.

Puis il dit tout haut en regardant l'étranger :

– Je tiendrais aussi à vous connaître, si vous n’y voyez pas d’inconvénient ; je vous prie donc de m’apprendre qui vous êtes, d’où vous venez, et ce que vous voulez ?

– Vous n’avez pas le discours prolix, aimable Castillan, réparti en riant l’homme de bonne humeur ; je tâcherai, en quelque sorte, de vous imiter dans mes réponses, autant que mes habitudes le permettront.

Ce correctif n’était point inutile dans la phrase du beau parleur, dont le langage était lardé, comme on voit, d’une infinité d’agrément et de superfluités.

– Et d’abord, reprit-il avec un geste d’excuse, daignez encore répondre à deux questions préalables. Premièrement et sans indiscretion : tenez-vous pour la reine Isabelle... ou pour l’autre ?

– Mon grand-père a été victime de l’inquisition, et mon père s’est battu sous Mina, répliqua fièrement Stefano ; je tiens pour la constitution et les libertés de l’Espagne !

– Isabelle... c’est clair, dit l’inconnu en saluant militairement. Mon cher ennemi, ajouta-t-il à demi-voix, je penserais sans doute comme vous à votre place : car, parlez-moi des idées qu’on tient de sa famille, pour être fidèles et respectables !... Mais je vous prierai de croire, jeune homme, que toutes les opinions peuvent l’être également, sans quoi je ne saurais vous présenter une figure plus désagréable que celle dont je suis porteur à votre service... Il suffit.

Ne vous gênez pas et parlez librement. Bref, et en deux mots, j’arrive en droite ligne à ma deuxième question. – Êtes-vous homme à obliger un ennemi en péril, et qui, pour le quart d’heure, ne vous veut pas plus de mal qu’à son frère.

– Je ne connais pas d’ennemis sans armes, répondit Stefano ; et, du moment que vous êtes sous mon toit, vous devenez mon hôte !

– Touchez donc là, corbleu ! vous êtes un brave, s’écria le militaire en tendant la main au villageois.

En même temps, il écarta le manteau qui cachait ses habits, et Stefano reconnut l’uniforme adopté par les volontaires français de l’armée de Don Carlos... Les épaulettes de l’étranger et

le pompon du petit shako qu'il tenait sous le bras, indiquaient le grade de lieutenant d'infanterie.

– Oui, vous êtes un brave ! répéta-t-il en serrant la main de l'espagnol ; conséquemment, si vous avez là une bouteille de n'importe quoi, ou un petit verre de ce que vous voudrez, je vous confierai en deux mots ou en cent la chose qui m'amène ici.

Stefano ouvrit le buffet, en tira tout ce qu'il fallait pour boire et versa aussitôt deux rasades.

– Ceci n'a rien de politique, dit le lieutenant, et ferait fraterniser Don Carlos et Christine : Aux braves citoyens de l'Espagne et à ses jolies femmes ! ajouta-t-il en vidant d'un trait son verre.

Stefano lui fit raison ; et, s'étant essuyé la moustache, le militaire commença sa confidence :

– Voici ! dit-il avec sa tranche brusquerie : Je suis Charles-Paul-Édouard Dulaurier, militaire de naissance et de profession, absent partout où l'on fait la paix, présent dès qu'il y a quelque part un coup de sabre à donner ; bref et en deux mots, lieutenant pour la minute dans le premier et unique régiment de grenadiers d'infanterie de Sa Majesté Charles V... Pardon, excuse, noble Castillan, je voulais dire de Don Carlos. Je veux raconter comment je suis arrivé là par une suite de circonstances plus ou moins romanesques, serait une histoire un peu longue dont les détails pourraient vous être, en quelque sorte, fastidieux... J'arrive au fait. Étant caserné à quelques lieues d'ici, car vous savez que nous avons fait une pointe de ce côté avec Cabrera, j'ai demandé un congé de douze heures pour donner un coup de pied jusqu'à Panola. Je comptais y rencontrer un bataillon du premiers et uniques voltigeurs de sa même Majesté... de Don Carlos, veux-je dire, lequel bataillon, ne vous déplaît, devait faire une étape ce matin dans ce village. Mais, outre la sottise de m'être risqué seul, avant le jour dans la campagne, je me suis trop pressé apparemment, et j'avoue, en quelque sorte à ma honte, que j'ai fait deux pas de conscrit au lieu d'un. D'abord j'ai prévenu le bataillon en question ; et

d'une ! Ensuite je me suis fait pincer par une bande de guérillas christinos ; et de deux ! Ces enragés... (mille pardons, noble Castillan, mais c'est le mot...) Ces enragés donc se disposaient à me faire déjeuner avec une centaine de balles, lorsque j'ai trouvé jour à leur fausser compagnie, caché sous le manteau de l'un d'entre eux. Enfin, bref et en deux mots, j'ai filé par le flanc gauche, et j'ai gagné du terrain. Poursuivi malheureusement aussitôt qu'évadé, sans guide au milieu d'une campagne incon nue, seul et désarmé contre cent ennemis furieux, je les ai bien dépistés pendant une demi-heure et jusqu'au lever du soleil ; mais leurs chevaux maudits ont allongé les jambes, et j'allais retomber entre leurs mains à l'entrée du village, si mon bon génie ne m'avait inspiré doublement en approchant de cette bienheu reuse maison. Premièrement, pour donner le change aux gué rillas, je me suis mis à chanter en contrefaisant ma voix. Vous avez même pu remarquer, entre parenthèses, que je n'attaquais pas la note d'une façon très assurée ; mais, identifiez-vous à ma situation, mille bombes ! Et convenez que j'entonnais encore assez juste pour un virtuose qui avait le pistolet sur la gorge. Enfin, bref, les guérillas ont été dupes de ma ruse, puisqu'ils m'ont cru au-delà du village, tandis que je m'éclipsais par cette fenêtre ; et quand je songe que les chers amis courent au triple galop, pendant que je vide avec vous cette bouteille de vieux Xérès, je ne saurais trop me féliciter d'avoir eu assez de musique pour exécuter convenablement les *Amours d'Adhemar et d'Adalifa* :

Ta bouche a parlé é é é la première ;
Mon cœur aimera a a a le dernier...

– El voilà la chose ! dit le lieutenant, qui résuma son récit par un geste énergique... Maintenant, reprit-il après une pause, se voyant complaisamment écouté par Stefano, maintenant, trop aimable hôte, donnez-vous la peine de comprendre la position. J'entre chez vous comme un voleur, vous ne vous en formalisez pas, au contraire ; c'est bien ! Vous me recevez même sans façon, et me priez de m'asseoir... C'est très bien ! (En parlant ainsi, le militaire qui était resté debout jusque-là, prit la

meilleure chaise de la salle et s'y installa près de Stefano.) Bref, continua-t-il en vidant le reste de la bouteille dans son verre, vous me versez en quelque sorte de votre propre main le vin de l'hospitalité ; c'est à merveille ! (Il salua le villageois et trempa voluptueusement ses lèvres dans la liqueur dorée) Mais attention au commandement ! reprit-il en faisant claquer sa langue, et ne nous endormons pas, s'il vous plaît, dans les délices de Capoue.

– Où voulez-vous en venir ? demanda Stefano, qui ne put s'empêcher de rire de ce langage entortillé.

– A ceci, noble Castillan : les guérillas, pour avoir eu la ber-lue, n'ont pas, sans doute, l'œil plus louche que vous et moi ; ne me trouvant pas sur la route par de là le village, ils peuvent se dire : Halte-là ! et revenir voir à Panola si j'y suis. Or, vous sentez que je ne puis pas y être pour eux. Conséquemment, si vous êtes un hôte aussi fidèle que { 'aime à le croire...

– Je vous cacherai ; vous avez raison, dit vivement Stefano.

Et il regardait déjà autour de lui avec inquiétude, lorsque l'impassible lieutenant lui frappa sur l'épaule.

– Une minute, dit-il : les guérillas ne peuvent reparaitre avant une demi-heure, et il sera temps de m'effacer. Vous concevez que je ne suis pas venu à Panola uniquement pour l'agréable aventure qui m'arrive ; et j'ai à vous prier encore, si ce n'est pas, en quelque sorte, abuser de votre obligeance, de me renseigner sur un certain sujet qui est le but intéressé de mon voyage.

– Parlez ! répondit le villageois, qui se rassit avec résignation.

Le Français passa un doigt sur sa moustache, se rengorgea dans son hausse-col et tira coquettement les revers de son habit.

– Je viens chercher ici une jeune fille, dit-il en s'admirant des pieds à la tête.

– Une jeune fille ! s'écria Stefano, chez qui ce mot réveilla, malgré lui, des souvenirs jaloux.

– Ça vous intrigue, n'est-ce pas ? reprit le militaire avec finesse. Ah ! je vous assure qu'il y a bien de quoi ; car c'est une

histoire fort particulière... Tenez, pardieu ! continua-t-il en homme qui ne peut garder un secret, il n'est pas inutile que vous sachiez cette histoire pour me donner vos informations en conséquence ; et, pour peu que vous eussiez une seconde bouteille de Xérès, cela nous aiderait à attendre les guérillas.

– Volontiers, dit Stefano qui s'empressa de courir à l'office... Il n'y a que ces Français, ajouta-t-il en lui-même, pour livrer ainsi leur confiance au premier venu.

– Les deux interlocuteurs reprirent place devant la table, et le lieutenant donna de nouveau carrière à sa langue.

– Voici ! dit-il avec une gravité soudaine, et il ne s'agit plus de plaisanterie, je vous prie de le croire ! Il y a un an de cela, plus ou moins ; c'était quelque temps après mon enrôlement sous Cabrera. Le régiment dont je commandais une compagnie, venait de pénétrer, après une résistance assez vive, dans une bourgade de la Navarre...

– Une bourgade de la Navarre ! répéta Stefano.

Un funeste pressentiment venait de lui traverser l'âme, et le sérieux du lieutenant lui inspirait une sorte d'effroi.

– Une maison, surtout, s'était défendue avec une telle vigueur, qu'il avait fallu, en quelque sorte, remporter à la baïonnette, et que nos soldats exaspérés avaient résolu d'en exterminer tous les habitants... L'arme blanche n'est pas dans mon caractère, à moi, et j'avoue que je sentis quelque chose me remuer le cœur en voyant vingt sabres levés sur deux pauvres vieillards et une jeune fille, dont la beauté pacifique ne devait inspirer que des sentiments analogues...

– Deux vieillards et une jeune fille ! répéta encore Stefano d'un air pensif.

– Hein ! fit le militaire, ça vous intéresse !

– Plus que vous ne sauriez croire, répondit le villageois ; poursuivez.

– Enfin, bref ! je m'élançai entre les victimes et les assaillants, décidé à épargner, à tout prix, une lâcheté à mes soldats. Les malheureux, déjà échauffés par le carnage, achevèrent de perdre la tête en éprouvant de la résistance. Ne reconnaissant

plus personne, et ne regardant plus où ils frappaient, ils déchargèrent leur aveugle furie sur moi-même, et me livrèrent un combat qui ne cessa qu'à la vue de mon sang... J'avais un coup de baïonnette dans la poitrine ; mais la jeune fille et les vieillards étaient sauvés ! C'est gentil, n'est-ce pas, jeune homme ?

Prononcés avec cet héroïsme qui s'ignore, si naturel au soldat français, ces simples mots électrisèrent le villageois, qui regarda désormais Dulaurier comme un personnage.

– Dites que c'est admirable ! s'écria-t-il en remplissant le verre qu'avait tendu le lieutenant. Mais allez toujours, reprit-il avec instance, retombant sous le coup des pressentiments qui l'agitaient malgré lui.

– Les braves gens qui me devaient la vie, poursuivit Dulaurier, me témoignèrent une reconnaissance en quelque sorte excessive. Ils me gardèrent chez eux en famille et me couchèrent dans leur meilleur lit. Là, je fus pansé, soigné, dorloté comme l'enfant de la maison. La jeune fille surtout se mit en quatre, bivouaqua près de mon chevet durant plus de quinze jours ; en un mot, me combla de soins véritablement fraternels... Pauvre cher amour ! continua le militaire, qui passait de la gravité à l'attendrissement, comme il avait passé de la gaîté au sérieux ; je la vois encore assise au pied de mon lit, comme un bon petit ange gardien, n'ouvrant bouche que pour me remercier d'avoir sauvé son père et sa mère, ou allant et venant par ma chambre pour prévenir mes moindres volontés. Les premiers jours, cela me saigna le cœur, et je voulus absolument y mettre ordre ; mais ce fut comme si j'avais chanté, et bientôt cela me fit plus de plaisir que de peine. Enfin, bref et en trois mots, l'émotion, la beauté de la petite... et le traitement... Vous comprenez ?...

– Je comprends. Vous en devîntes amoureux ?

– J'en devins fou.

Stefano ne put réprimer un mouvement que le militaire prit pour une marque de sympathie.

La position ne vous est pas inconnue, jeune homme ? lui demanda-t-il en l'observant dans les yeux.

– Non, répondit le villageois impatient ; achevez vite.

– Ça ne sera pas long ; j’arrive au dénouement. Du moment que je me vis pincé par le cœur, je ne fis ni une, ni deux, et je lançai la déclaration sans crier qui vive !

– Elle fut reçue ?

– Mais... J’osai, en quelque sorte m’en flatter. La jeune fille devint pâle, rose, rouge, de toutes les couleurs, et, en me renvoyant de sa jolie voix douceuse à ses parents, me laissa baiser le bout de ses doigts avec ce petit air coquet qui ferait ressusciter un mort !... Dès lors, étant radicalement guéri, j’allai au pas accéléré trouver le père et la mère. Le digne homme, que la dernière affaire avait secoué plus que de raison, venait de tomber mortellement malade, et sentait sa fin approcher. Je ne lui eus pas plus tôt fait ma demande de la main de sa fille, qu’il s’écria avec transport, en levant les yeux au ciel ; « Le bon Dieu soit béni ! je ne mourrai pas sans m’être acquitté envers notre sauveur ! » En même temps, comme cela se pratique, il prit la main de la petite et la mienne, les mit l’une dans l’autre, et nous fit échanger deux anneaux. Puis il étendit ses bras tremblants pour nous bénir, tandis qu’à genoux, au pied de son lit, nous nous jurions fidélité éternelle... Gela n’est pas neuf, sans doute, mais c’était touchant, allez ! Le pauvre vieux pleurait de joie ; sa femme pleurait à côté de lui ; la jeune fille pleurait autant qu’eux deux... Enfin, bref, nous pleurions tous comme des enfants.

– Allons, morbleu ! je crois que ça va recommencer, interrompit le militaire en essuyant ses yeux avec son poing.

– Trois jours plus tard, reprit-il après une pause, le bon vieillard descendait la garde... et je filais sur la Vieille-Castille avec mon régiment. Depuis cette époque j’ai vu tant de pays, que j’avais passé plus de sept mois sans recevoir des nouvelles de ma promise, comme vous dites en Espagne, lorsque j’ai appris, par hasard, que sa mère était morte, qu’elle-même avait quitté la Navarre depuis longtemps, et que je la trouverais au village de Panola, chez un oncle maternel. Etant justement, comme je vous l’ai déjà dit, à quelques lieues de ce village, vous sentez que je n’ai pas perdu une minute... – Mais, qu’avez-vous donc,

jeune homme ? vous ne m'écoutez plus ! dit le lieutenant eu voyant Stefano se lever tout pâle.

– C'est que je crois en savoir assez, répondit le villageois d'une voix sourde : cette bourgade de la Navarre où arriva votre aventure, est...

– La bourgade de Tafalla.

– Et la jeune fille qui vous fut promise au lit de mort de son père ?

– Rosita Lopez.

– Rosita !... dit Stefano en retombant sur sa chaise. – Malheureux ! ajouta-t-il en lui-même, voilà le fatal secret de ma cousine, et je ne serai jamais aimé !

– Eh bien ! eh bien ! qu'est-ce qu'il y a donc ? dit le lieutenant, qui ne comprenait rien à l'émotion de Stefano ; vous connaissez Rosita Lopez ?... elle est dans ce village ? Vous vous taisez, jeune homme ! Mille bombes ! est-ce qu'elle serait morte... ou mariée ?...

– Non ! non ! répondit le villageois avec effort ; soyez tranquille ; Rosita est ici, en effet. Elle vous aime... toujours... sans doute... et vous attend avec impatience...

– A la bonne heure, reprit Dulaurier... La petite m'aurait bien trompé s'il en eût été autrement ; car enfin, un serment pareil... et un serment espagnol, comme on dit... cela n'est pas pour rire, morbleu !... Et puis, la fidélité est en quelque sorte à la fois la position sociale et naturelle de la femme. L'homme... je ne dis pas ! Mais n'importe !... Enfin, bref et en deux mots, où trouverai-je ma promise ?

Stefano recueillait ses forces pour répondre à cette question, lorsqu'il en fut heureusement dispensé par le retour des guérillas. Ce retour fut annoncé, comme l'avait prévu le lieutenant, par le bruit de la cavalcade.

– Chut ! s'écria Dulaurier à ce signal terrible, en courant regarder par la fenêtre. Ce sont bien mes petits amis, dit-il, après avoir reconnu de loin les guérillas.

– En effet, ajouta Stefano, qui les reconnaissait à son tour.

Et il jeta au militaire un regard qui aurait effrayé celui-ci, s'il l'eût remarqué.

– Ils sont entrés dans le village par l'autre côté, poursuivit le lieutenant ; c'est bien : les enragés vont fouiller partout et garder toutes les issues de Panola. Assez causé, mon cher hôte. Il s'agit pour le moment, de m'évanouir à la minute, ou de faire mon testament entre vos mains. Nous reprendrons la conversation plus tard.

– Oui, oui, dit Stefano dans le plus grand trouble, et promenant autour de lui des regards farouches ; je dois... je vais... je... Oh ! je suis mille fois maudit ! ajouta-t-il en lui-même avec une sorte de rage. Cet homme vient ici m'arracher la vie en riant, et il faut que je protège ses jours aux dépens de ma sûreté !

– Eh bien ! où me cachez-vous ? dit le lieutenant qui attendait.

Cette parole confiante fit rougir le Castillan de son hésitation. Le bruit des guérillas se rapprochait de minute en minute ; il entendit son père et sa cousine s'agiter dans leurs chambres, réveillés en sursaut par les clameurs poussées dans le village.

– Corbleu ! décidons-nous ! cria Dulaurier.

– J'ai votre affaire, dit enfin Stefano ; ce corps de logis n'offre pas de cachette assez sûre ; mais au bout du jardin, le long de la grosse haie... prenez ce poignard, remettez votre manteau et suivez-moi !

Il ouvrit une petite porte sur l'escalier, et le lieutenant se précipita sur ses pas.

– Remarquez bien le chemin que nous prenons, dit le villageois, car il faudra que vous le retrouviez seul, si on menace l'asile où je vais vous laisser.

– Ne craignez rien, répondit le militaire ? faites bonne garde à la maison, et je ferai bonne garde au jardin.

Ils s'avancèrent en se courbant le long d'une épaisse haie d'épines fleuries, et disparurent derrière les arbres touffus d'un petit verger au fond duquel s'élevait un pavillon en ruine, dont le toit s'apercevait de la maison.

Arrivés là, Stefano fit entrer sans bruit le lieutenant, qu'il plaça de façon à ce qu'il pût avoir l'œil sur la route et sur le jardin. Puis ils échangèrent à voix basse leurs conventions pour tous les cas qui pouvaient se prévoir, et le villageois, reprenant le chemin de la haie, revint attendre les guérillas à la maison.

VI. LA FLEUR DE JASMIN

Cependant le trouble de Stefano augmentait à chaque pas qui le rapprochait du logis. Cette brusque révélation du secret de sa cousine, de ce serment espagnol, comme disait le lieutenant, c'est-à-dire de ce serment irréfragable¹² ; cette entrevue inopinée avec un rival auquel il ne pouvait pas même disputer son titre ; la conviction que Dulaurier possédait l'amour comme la promesse de Rosita ; le combat qui se livrait dans son âme entre la jalousie et la générosité ; ce bruit tentateur des guérillas fouillant le village, et pouvant anéantir à la fois le fiancé et son droit ; tout cela formait dans la tête du malheureux jeune homme un chaos inextricable et terrible. Reculant tour à tour devant le dévouement et la lâcheté, plus d'une fois il fut tenté de s'enfuir et de se cacher, comme son hôte, abandonnant celui-ci à son sort, et confiant le dénouement de l'aventure au hasard.

– Que la fatalité décide entre nous, disait-il alors, puisque c'est la fatalité qui préside à tout ceci.

Il frémissait surtout de revoir Rosita, maintenant qu'il la savait à jamais perdue pour lui. Ses plus funestes suppositions de la veille n'étaient rien près de cette incurable certitude, et il regrettait ce cruel tourment du doute qui lui avait fait envier le désespoir.

¹² Outre l'axiome : *Tenir sa promesse et mourir* que nous avons pris pour épigraphe de cette histoire, les Castellans ont un proverbe qui dit : *Serment d'espagnol, parole sacrée* ; et la pièce favorite de leur théâtre est un drame d'un ancien auteur, intitulé : *Dar su vida par su palabra* (*Donner sa vie pour sa parole*). Ce drame n'a pas d'autre mérite que de consacrer la religion du serment ; mais ce mérite a suffi pour le rendre populaire en Castille.

Ce ne fut qu'en remettant le pied sur le seuil de la porte, qu'il trouva à ses perplexités le terme qu'on va voir.

Levé à la hâte et descendu le premier dans la salle, Pedro Riaz y était seul lorsque Stefano rentra.

– Eh bien ! demanda le vieillard, que se passe-t-il ?

Le villageois s'arrêta et tressaillit à la vue de son père ; puis il resta un instant sans répondre, immobile à quelque distance. Pendant cette scène muette, Pedro observait son fils avec hésitation, et celui-ci, l'œil fixé à terre, semblait s'affermir dans un grand projet

– Stefano, qu'as-tu ? reprit le vieux paysan d'un air d'inquiétude. Je t'ai interrogé sur ce qui se passe, mon ami ; pourquoi ne m'as-tu pas répondu ? voyons, mon enfant, donne-moi ta main ; tu dois avoir quelque chose à me dire...

– En effet, mon père !... répondit le jeune homme en serrant avec convulsion les doigts tremblants du vieillard ; j'ai une demande à vous faire, ajouta-t-il en promenant autour de lui un regard impatient

– Quelle demande ? dit Pedro.

– Vos armes ! répondit avec force le villageois, qui montra le fusil et les pistolets suspendus au mur de la salle.

– Mes armes, mon fils ! qu'en veux-tu faire ?

– Par Notre-Dame ! ce que tout le monde en ferait ! dit Stefano avec explosion. Ne m'avez-vous pas dit, ce matin, mon père, que rien ne devrait m'arrêter si le service de la reine m'appelait à l'armée nationale.

– Eh bien !

– Eh bien ! je vous demande la permission de partir aujourd'hui même pour rejoindre mes frères... Je veux aussi, moi, combattre les ennemis de l'Espagne ! je veux me distinguer sur le champ de bataille ! je veux sortir de l'oisiveté pénible où je languis à Panola !...

– Tu veux t'éloigner de ta cousine, voilà tout ! répondit le vieillard en hochant tristement la tête, et pourtant, reprit-il y tu ne sais pas encore...

– J'en sais plus que vous, mon père, interrompit violemment Stefano ; j'en sais plus en ce moment que ma cousine elle-même !...

– Que veux-tu dire ?

– Rosita n'est-elle pas promise à un volontaire français de l'armée de don Carlos, qui a sauvé son père et sa mère en Navarre, il y a près d'un an ? N'attend-elle pas ce Français pour devenir sa femme, et n'est-ce pas là, en deux mots, tout le secret qu'elle vous a confié le jour de la moisson ?

– C'est vrai !... qui a pu t'apprendre ?

– Un homme qui est entré ici tout à l'heure, poursuivi par les guérillas du pays ; un homme qui n'est autre que le fiancé de ma cousine, le lieutenant Charles Dulaurier !

– Il serait possible ! s'écria Pedro stupéfait.

– C'est comme je vous le dis, reprit Stefano, avec une jalousie furieuse ; que Rosita se console donc de sa longue et mystérieuse attente ! son futur époux ne l'avait pas oubliée, comme elle aurait pu le craindre ; il vient sans doute exécuter sa promesse, et elle va enfin être heureuse...

– Mais vous voyez bien, mon père, qu'il faut que je parte, ajouta-t-il, en se précipitant vers ses armes... Vous voyez bien qu'il faut que je quitte à jamais ce village et cette maison, que j'aïlle m'étourdir loin d'ici au bruit de la fusillade et à l'odeur de la poudre, que je me console, en tuant tous les étrangers qui me tomberont sous la main, de n'avoir pu anéantir tout à l'heure celui...

– Stefano ! s'écria le pâle vieillard en arrêtant le bras du jeune homme éperdu ; ce n'est pas moi qui te reprocherai de détester les ennemis de l'Espagne, et de les frapper partout où tu les rencontreras armés comme moi-même. Mais prends garde de confondre un ressentiment particulier avec la haine nationale qui doit animer ton cœur ! Puisque le lieutenant Dulaurier s'est réfugié id, ce n'est plus un volontaire de l'armée de don Carlos, car ce n'est plus ton ennemi, ce n'est plus ton rival ; c'est ton hôte, mon fils, et ta vie doit répondre de la sienne !

– Oui, ta vie, Stefano ! répéta don Riaz, dont la physionomie exprimait alors toute l'exaltation de l'honneur castillan ; car j'aimerais mieux te voir mille fois mort, j'aimerais mieux t'immoler de ma propre main, que de te croire seulement capable de concevoir sérieusement le regret sacrilège qui vient d'expirer sur tes lèvres !...

– Hélas ! dit sourdement Stefano, pourquoi trahirais-je mon hôte, je vous prie ? Ma cousine m'aimerait-elle davantage pour avoir livré celui qu'elle me préfère ? M'ayant dédaigné, amoureux et honoré, m'aimerait-elle infâme et flétri ? Mais soyez tranquille, mon père, ajouta-t-il fièrement, je n'ai pas besoin de l'intérêt pour soutenir mon honneur, j'ai tout disposé pour que le lieutenant n'ait rien à craindre.

Pedro serra la main de son fils et demanda simplement :

– Où est-il ?

– Au bout du jardin, dans la mesure... Mes précautions sont prises en conséquence...

– C'est bien, mon fils ! je laisse ton hôte à ta garde !... Et maintenant, ajouta doucement Pedro, en voyant les regards du jeune homme se fixer encore sur les armes, je comprends que tu ne puisses plus habiter ce village, mon pauvre Stefano ! et quoique tu sois mon dernier enfant, l'unique joie de mes vieux jours ; quoique je puisse mourir seul ici sans avoir la main d'un fils à presser dans la mienne... dès que le lieutenant sera hors de danger, tu prendras ce fusil et tu partiras.

Pendant que le Castillan parlait ainsi, deux grosses larmes roulaient dans ses yeux... deux de ces cruelles larmes de vieillard, qui s'arrêtent à la paupière pour retomber sur le cœur... Stefano sentit, à cette vue, une grande pitié déchirer son âme ; mais cet attendrissement filial céda aussitôt à la jalousie ; tan ! l'égoïsme de cette fatale passion est plus profond encore que celui de l'amour !

– Pardon, mon père, dit-il d'une voix incertaine, pardon pour tant d'exigence ! Mais ce n'est pas demain que je voudrais partir, c'est aujourd'hui ; ce n'est pas ce soir, c'est à l'instant même...

A l'instant ! s'écria Pedro Riaz, qui fit un geste effrayé pour le retenir.

– Je ne puis attendre que Rosita et Dulaurier soient réunis, reprit Stefano avec une poignante angoisse. Leur joie de se revoir me tuerait, mon père ! et j'ai trouvé un moyen de sauver le lieutenant sans retarder mon départ.

– Quel moyen ? demanda le vieillard résigné.

– C'est d'aller me joindre immédiatement, aux guérillas qui cherchent Dulaurier dans le village. Me voyant des leurs, ils n'auront pas même l'idée de fouiller notre maison, et j'assurerai le salut de mon rival en m'éloignant avec ses ennemis.

– Tu as raison, répondit Pedro après un silence.

Et sa voix étouffée ne pouvait articuler un mot de plus, il montra les armes à son fils en détournant la tête.

– Merci ! mon père ! merci ! s'écria le jeune homme avec une reconnaissance douloureuse.

En même temps il s'empara des pistolets et du fusil, passa les uns à sa ceinture et l'autre à son épaule, s'assura que les guérillas étaient encore dans les maisons voisines, prit son grand chapeau et sa petite bourse, et se prépara à dire adieu à son père.

– Mais, au moment où il allait se jeter dans les bras que lui tendait le vieillard éploré, la porte de la petite chambre s'ouvrit, et Rosita entra dans la salle basse.

– Rosita ! s'écrièrent à la fois le père et le fils en se regardant.

La jeune fille regarda à son tour l'un et l'autre, et arrêta ses yeux inquiets sur Stefano.

– Que faites-vous, mon cousin ? lui demanda-t-elle, en considérant son équipement des pieds à la tête.

– Ma cousine, répondit Stefano, cloué à sa place, ma cousine, je vais partir...

– Partir ! s'écria Rosita, qui s'élança vers lui. – Il va partir, mon oncle ? en interrogeant Pedro.

– Oui, mon enfant, répondit le vieillard avec un soupir.

– Cela vous étonne, Rosita ? dit le jeune homme d'un ton d'ironie amère. Ne dois-je pas m'éloigner de celle à qui j'ai eu

le malheur de dire que je l'aime, quand son cœur appartient à un autre ?

– A un autre ! – Il sait tout ! pensa la jeune fille. – Mais ces armes dont vous êtes chargé ? reprit-elle... Vous allez donc à la guerre ?

– Oui, ma cousine ; c'est là, dit-on, qu'on a le plus de chances pour oublier ou pour mourir.

Quoique ces paroles fussent prononcées à demi-voix, Pedro et Rosita les entendirent.

– Mon ami, murmura le vieillard avec un geste suppliant.

– Vous parlez de mourir ! s'écria la jeune fille effrayée. Mon Dieu ! que signifie donc tout ceci ? ajouta-t-elle en courant de son oncle à son cousin...

La pauvre enfant pressentait quelque malheur dont elle ignorait encore la cause, et le remords agitait son âme en même temps que l'inquiétude.

– Stefano ! répéta-t-elle, qu'y a-t-il ? J'ai entendu du bruit dans ce village. Notre vie est-elle menacée ? allez-vous nous défendre avec ces armes ? Par pitié, répondez-moi.

– Vous n'avez rien à craindre, dit le jeune homme ; tous vos vœux vont être remplis, au contraire, et mon absence doit y mettre le comble.

– Votre absence, mon cousin ! répartit Rosita avec la plus vive douleur. Hélas ! pouvez-vous me parler ainsi ? continua-t-elle en retenant ses larmes.

– Adieu, ma cousine, reprit Stefano avec effort, soyez aussi heureuse que je serai malheureux ! Au revoir, mon père, au revoir ! ajouta-t-il en serrant Pedro sur son cœur.

– Au revoir, mon fils, balbutia le vieillard. Allons, du courage ! dit-il d'une voix plus ferme. Sers bien la reine, mon ami, et souviens-toi qu'on n'a jamais perdu toute consolation tant qu'il reste l'honneur. Au revoir !...

Le père et le fils s'embrassèrent encore, et Stefano se dirigea rapidement vers la porte.

– Il s'en va ! il s'en va réellement ! dit Rosita, qui avait suivi cette scène avec des frémissements et des pleurs. Et il me quitte

sans me presser Il main, sans me laisser seulement un regard d'amitié ! Ah ! mais c'est affreux ! c'est impossible ! c'est impossible ! s'écria-t-elle d'une voix résolue en se précipitant vers son cousin. Stefano ! lui dit-elle avec un tremblement convulsif, Stefano, vous ne partirez pas ainsi !

– Que fait-elle ? grand Dieu ! se demanda le vieillard, que la faiblesse et l'émotion avaient forcé de s'appuyer à son fauteuil.

– Vous me retenez, ma cousine, balbutia le villageois stupéfait.

– Oui, reprit-elle en lui saisissant la main par un geste égaré, oui, demeurez ; Stefano ! vous ne pouvez pas me quitter si brusquement !...

– Il le faut !

– Je vous en prie, mon cousin !

– Laissez-moi, je ne veux pas de votre pitié.

– De la pitié, juste ciel ! quand je tous supplie à deux genoux !

– Adieu ! Rosita...

– Non ! attendez, du moins, quelques instants.

– Attendre ! s'écria le jeune homme avec une sorte de fureur, attendre ! pour vous voir dans les bras de l'autre !... Jamais !

Ah ! fit Rosita en le laissant échapper de ses mains défaillantes, – toujours l'autre ! toujours ! autre !...

Puis, le voyant sur le seuil, près de disparaître, elle le rappela d'une voix désespérée, et s'écria en lui tendant les mains avec délire :

– Et si c'est vous que j'aime, Stefano ! Si je n'ai jamais aimé que vous !...

La foudre, tombée dans la salle, n'eût pas produit plus d'effet que ce cri du cœur... Pedro n'en n'entendit que l'explosion terrible, et Stefano n'en vit que l'éblouissant éclair.

– Moi ! vous m'aimez ! dit-il, en revenant tout éperdu vers sa cousine, pendant que son père, anéanti, se laissait aller dans son fauteuil. Oh ! répétez ce mot, Rosita, répétez-le de grâce ! Que je sois bien sûr de l'avoir entendu.

– Oui, je vous aime, reprit la jeune fille avec tendresse ; je n’aime que vous au monde ! Resterez-vous enfin ?

– Si je resterai ! s’écria Stefano, jetant loin de lui son fusil et ses pistolets et partageant à son tour le délire de sa cousine ; à vos pieds, Rosita, à vos pieds jusqu’à ce que la mort m’en arrache !... Vous m’aimez, grand Dieu !... (Et il couvrait ses mains de baisers et de larmes.) Elle m’aime, mon père !... (Et il courait embrasser le vieillard pour revenir bien vite à sa cousine.) Oh ! regardez-moi, Rosita ! regardez-moi en face ; que je lise encore dans vos yeux ce mot qui me rend la vie... et que vous m’avez fait attendre si longtemps !

– Vous l’auriez attendu moins longtemps si j’avais eu le courage de vous le dire, répondit doucement la jeune fille : car, depuis deux mois, mon secret me pesait tant sur le cœur !

– Hélas ! c’était ma faute aussi, à moi ! Je vous trouvais si contrainte et si réservée que je n’osais concevoir tant d’espérances ! Aveugle et insensé que j’étais ! combien de temps précieux j’ai perdu !... Mais nous allons le réparer dès aujourd’hui : n’est-il pas vrai, ma bien-aimée ?...

En parlant ainsi, il l’entourait de ses bras et la contemplait avec ravissement. Rosita oubliait, comme lui, le monde entier, pour livrer enfin toute son âme à l’amour ; et enchanté, malgré lui-même, de cette scène muette et délicieuse, Pedro levait au ciel ses yeux inondés de larmes en disant :

– Mon Dieu ! mon Dieu ! ne nous réveillez pas de ce rêve !

– Vous rappelez-vous le jour de la moisson ? demanda tout-à-coup la jeune fille avec une tendre coquetterie.

– Oui, ce jour fatal où vous avez eu la cruauté de rejeter mon bouquet ?

– Je ne l’ai pas rejeté tout entier, Stefano ; vous ne vous en êtes point aperçu ?

– Vraiment ! il se pourrait !

– J’ai détaché secrètement une fleur de Jasmin, que j’ai cachée dans mon sein comme un trésor sacré. Tenez, ajouta-t-elle avec mystère, en montrant à son cousin les petits pétales blanches, toutes flétries ; elles n’ont pas quitté cette place

depuis le moment où je les y ai mises. Je les garderai toujours en souvenir de votre premier aveu.

– Oh ! donnez ! donnez ! dit Stefano, que mes lèvres les touchent comme elles ont touché votre cœur.

Et il couvrit, il dévora de baisers et la petite fleur de jasmin et la main chérie qui la tenait.

Cependant le bruit des guérillas se rapprochait sensiblement. Leurs recherches les avaient amenés jusqu'aux maisons les plus prochaines, et l'on entendait par la fenêtre ouverte résonner leurs sabres et leurs fusils. Ce signal, auquel Stefano et Rosita étaient sourds, frappa l'oreille de don Riaz et le fit tressaillir dans son fauteuil.

– Juste ciel ! dit-il, en se rappelant Dulaurier...

Et le front du vieux Castillan rougit à la seule pensée du parjure...

Se levant aussitôt avec effort, et s'appuyant sur son bâton, il se dirigea vers les deux amants en extase, et posa une main sur l'épaule de Stefano.

– Mon fils ! lui dit-il d'une voix solennelle... mon fils !... et le lieutenant Dulaurier !

– Le lieutenant ! répéta le jeune homme.

– Ton hôte, malheureux ! ton hôte que tu trahis.

– Ah ! fit Stefano revenant tout-à-fait à lui-même. C'est vrai, ajouta-t-il sourdement, en regardant sa cousine.

Le délire de la jeune fille était tel, qu'elle n'avait pas même entendu Pedro.

– Rosita ! reprit le villageois en frémissant... Rosita

– Qu'avez-vous, Stefano ?

– Rosita ! vous m'avez dit que vous n'aimiez que moi, et pourtant...

– Pourtant ?

– Vous avez un fiancé, Rosita ?

– Dulaurier !... s'écria la jeune fille, réveillée en sursaut. – Pardonnez-moi, grand Dieu ! je l'avais oublié ! continua l'Espagnole en se laissant tomber à deux genoux.

– Si ce fiancé, reprit Stefano en la relevant, venait réclamer l’accomplissement de votre parole, vous lui diriez, n’est-ce pas, que la reconnaissance seule, et non l’amour, vous avait engagée par devers lui, que votre main, promise sans savoir ce que vous faisiez, ne saurait lui appartenir aujourd’hui sans votre cœur ?

– Oui, répondit Rosita. Je lui dirais... je... Oh ! mais il me semble qu’il ne peut plus venir maintenant, Stefano !

– Et s’il était déjà venu ? demanda une voix imposante.

Pedro s’avança au même instant entre son fils et sa nièce, et devant la figure sévère du vieil Espagnol, la promesse baissa les yeux comme devant la personnification de son serment.

– Mon père ! balbutia Stefano, essayant de désarmer le regard qui l’accablait lui-même.

– Silence ! reprit le vieillard ; l’amour n’a que trop parlé ici ; il est temps que le devoir s’y fasse entendre ! Si le lieutenant Dulaurier était dans cette maison, Rosita...

– Juste ciel !...

– Si plus fidèle que vous, il réclamait tout à l’heure ce que vous lui avez promis au lit de mort de votre père, ce qu’il est venu chercher jusque dans ces lieux, au péril de sa vie ? je vous le demande à mon tour, ma nièce, que lui répondriez-vous ?

Pedro prononça ces paroles d’un ton si imposant, que Rosita crut entendre la voix de son propre père et le voir lui-même ressuscité devant elle. Tremblante et soumise comme le coupable aux pieds de son juge, elle répartit en détournant ses yeux de Stefano pour les fixer sur le redoutable vieillard.

– Je répondrais au lieutenant Dulaurier que je suis sa promise devant Dieu et devant les hommes, et que je ne serai jamais à un autre tant qu’il vivra pour être mon époux.

– *Tenir sa promesse et mourir* : à la bonne heure ! répliqua don Riaz en tendant la main à sa nièce ; venez donc vous préparer, mon enfant, à recevoir votre fiancé !...

Il l’emmena en même temps vers la petite chambre où Stefano voulut en vain les suivre...

– C’est le bonheur que vous m’enlevez, mon père ! s’écria-t-il.

– C'est l'honneur que je te rends, mou fils, répondit Pedro.
– Veille sur le lieutenant, ajouta-t-il, voici les guérillas

Les guérillas, en effet, quittaient la maison voisine, et se réunissaient autour de l'aire et de la grange, pour en surveiller les issues.

VII. LA TRAHISON

– Quel rêve !... et quel réveil ! disait Stefano en délire, l'œil fixé sur la porte de la petite chambre. Rosita m'avoue qu'elle m'aime... et elle ajoute qu'elle ne sera jamais à moi tant que Dulaurier vivra ! *Tant qu'il vivra* ! Et c'est moi-même qui dois répondre de son existence sur la mienne, quand je n'aurais qu'à laisser faire peut-être... Oh ! le désespoir donne d'horribles tentations... C'est à devenir fou... Fuyons, s'il en est temps encore ! quittons ces lieux où chaque pensée est un supplice ou un parjure ! courons rejoindre et arrêter les guérillas avant qu'ils entrent dans cette maison ?... car, hélas ! s'ils y arrivaient en ce moment, s'ils venaient tout à l'heure me demander où est l'ennemi qu'ils cherchent... par l'enfer ! je ne sais si j'aurais la force... Oh ! fuyons ! fuyons !

Et reprenant son fusil et ses pistolets, il allait se précipiter, tête nue, par la porte de l'aire... lorsqu'il recula à la vue d'un capitaine de guérillas, qui lui enjoignit par un signe de rester en place...

– Malheur !... il est trop tard ! dit le jeune homme en laissant tomber ses armes, et en se laissant tomber lui-même sur une chaise.

– Deux sentinelles devant chaque porte et devant chaque fenêtre ! commanda le capitaine à la troupe nombreuse qui le suivait.

Puis, s'adressant à un lieutenant et à dix guérilleros, et frappant de son épée sur le seuil de la salle :

– Voici le dernier refuge qui ait pu s'offrir à notre prisonnier, dit-il, c'est ici que nous devons le trouver, s'il est caché dans ce

village ; entrons donc : et cherchez partout, camarades ; vous savez que celui qui remettra la main sur le Français aura l'honneur de lui tirer le premier coup de fusil et recevra vingt douros pour récompense.

En même temps, il s'avança dans la salle et Stefano se trouva seul entre douze hommes. Les deux chefs portaient un costume assez imposant, et qui pouvait passer pour un uniforme ! mais l'équipement des soldats était d'une irrégularité qui eût pu sembler plaisante, si leurs figures et leurs contenance eussent été moins terribles à voir. L'un était vêtu d'une veste de paysan, mariée à un pantalon militaire ; l'autre avait des culottes étroites, à la Figaro, avec un ample gilet à la Bazile : celui-ci avait couvert son chef d'un grand chapeau de capucin, relevé des deux côtés ; celui-là s'était coiffé d'un *schako* posé sur une calotte de mousseline à quatre nœuds. La même variété régnait dans leurs armes, collection de tous les instruments meurtriers, depuis la carabine jusqu'à la lance, et depuis l'épée jusqu'au styilet. On reconnaissait une troupe d'aventuriers formée à la hâte, autant pour piller et pour massacrer çà et là, que pour défendre le pays contre les carlistes.

Le capitaine, cependant, avait une apparence de richesse, qui indiquait un rôle plus grave, et il était facile de voir que l'occasion seule abaissait au rôle de chef de guérillas, un homme capable de commander avec distinction à des troupes régulières et disciplinées. On voyait, au reste, à sa vigilance extrême, et à la prudente minutie de ses ordres, qu'il s'était fait une obligation d'amour-propre de ressaisir son prisonnier, et qu'il était prêt à tous les sacrifices pour arriver à ce but important.

– L'ami, dit-il en allant droit à Stefano, pendant que les dix hommes se partageaient pour visiter les chambres, que voulez-vous faire de ces armes, s'il vous plaît ? Étaient-elles destinées à vous défendre personnellement ou à protéger l'officier carliste que vous avez caché ici ?

– Personne n'est caché dans cette maison, répondit le villageois avec la fermeté que le péril rend d'abord aux hommes de cœur ; les Riaz de la Sarga sont connus de tout le pays pour être

dévoués à la constitution de l'Espagne et à la reine ; j'ai trois frères enrôlés dans l'armée nationale, et je prenais les armes que vous m'avez vues à la main afin d'aller vous demander à entrer dans vos rangs.

Le capitaine le regarda d'un œil défiant, et remarqua quelque trouble dans sa physionomie.

– Oui-da ! dit-il, la défaite est heureuse, quoique plaisante. C'est aussi sans doute pour être des nôtres, jeune homme, que vous avez rejeté avec effroi votre fusil, en nous voyant entrer ici plus tôt que vous n'aviez pensé ?

N'ayant rien à répondre à cette observation, le villageois feignit de ne l'avoir pas entendue.

– Notre homme est dans cette maison ! dit alors le capitaine avec assurance.

Puis, s'adressant aux guérilleros qui revenaient de visiter les deux chambres.

– Eh bien ! demanda-t-il, de ce côté ?

– Personne.

– Et de cet autre ?

– Une jeune fille et un vieillard.

– Amenez le vieillard, reprit le capitaine. Il doit être avare ou faible : nous l'effraierons ou nous le paierons, ajouta-t-il à part lui. Et vous, ami, dit-il à Stefano, pendant qu'on exécutait ses ordres, vous allez monter à l'étage supérieur avec mon lieutenant et ces trois hommes ; vous leur ouvrirez toutes les portes qu'ils vous diront d'ouvrir, et vous ferez en général tout ce qu'ils vous commanderont. – N'épargnez ni menaces ni promesses pour gagner ce jeune homme, murmura-t-il ensuite à l'oreille de l'officier, en lui glissant dans la main une bourse où résonnaient des pièces d'or. Vous savez qu'à quelque prix que ce soit, je veux ressaisir notre prisonnier...

Stefano fut tenté de résister à l'injonction du capitaine ; mais il réfléchit que ce serait achever de le rendre suspect, et il précéda le lieutenant et les trois hommes sur l'escalier qui partait de l'angle de la salle.

Au même instant, Pedro sortait de la chambre, amené par deux guérilleros et appuyé sur son bâton.

– Mes amis, dit-il avec calme et fierté, je suis surpris que vous veniez troubler ainsi le repos de ma maison ; mon nom seul doit vous apprendre que je suis aussi bon serviteur de l’Espagne et de la reine que vous pouvez l’être vous-mêmes. Ce n’est pas le fils d’une victime de l’inquisition, un ancien compagnon de Mina, qui peut oublier ce qu’il doit à son pays.

– Voilà qui est bien dit, *señor*, répartit le capitaine ; malheureusement c’est un peu vague et cela ne saurait suffire. Il s’agit d’être clair et précis, et de répondre à une simple question : N’est-il pas venu chez vous, depuis deux heures, un officier volontaire de Don Carlos, et cet officier n’a-t-il pas été caché ici par vous ou par les vôtres ?

– Vous pouvez chercher, répliqua Pédro, qui s’assit tranquillement dans son fauteuil.

Étonné de son sang-froid, le capitaine essaya de l’intimider.

– Si vous n’êtes pas sincère, vous jouez assez bien votre rôle, lui dit-il en le regardant dans les yeux. Cependant je crois que vous n’êtes pas intérieurement aussi paisible que vous en avez l’air.

– Vous vous trompez, jeune homme, répondit noblement le vieillard en hochant la tête.

Il se fit un assez long silence, qui fut interrompu par un coup de feu tiré à l’étage supérieur. Tout le monde tressaillit dans la salle, et le capitaine envoya un homme savoir ce que c’était.

– Il est probable, pensa-t-il, que la conversation s’échauffe avec le jeune villageois.

– Les malheureux ! se dit en même temps Pédro ; pourvu qu’ils ne fassent pas un mauvais parti à mon fils.

Le capitaine crut l’occasion favorable pour revenir à la charge près du vieux paysan.

– Don Pedro Riaz, lui dit-il, écoutez-moi. Si le Français que nous cherchons n’est pas chez vous, vous savez au moins où il est... Vous le savez, morbleu ! reprit-il en prévenant la réplique du Castillan. Or, ajouta-t-il à demi-voix, après s’être assuré par

un coup-d'œil que” ; dans (à demeure comme sur la personne du vieillard, tout annonçait la pauvreté ; – or, pour que vous protégiez si discrètement un étranger qui ne peut en lui-même vous inspirer que de la haine, il faut que quelque convention secrète ait eu lieu entre vous : par exemple, qu’il vous ait promis une riche récompense...

– De l’argent ! dit Pedro avec un superbe dédain.

– Vous n’êtes pas forcé d’en convenir, reprit le capitaine d’un ton insinuant, mais on sait qu’à votre âge une somme ronde a quelque valeur : combien voulez-vous, *señor*, pour dire un mol ou faire un signe ?

– Taisez-vous, capitaine ! Et qu’on ne sache pas que vous osez...

– Personne ne nous entend... Est-ce assez de cinquante duros ?

Don Riaz ne répondit pas.

– Je crois, dit un guérillero à un autre, que notre chef attaque le moral du bonhomme.

– En voulez-vous cent ? reprit le capitaine... Vous en faut-il cent-cinquante... deux cents ?...

– Arrière ! vous dis-je, s’écria Pedro indigné ; l’honneur d’un Castillan ne se vend pas, et c’est en vain que vous ravalez ici le vôtre.

– Vieux démon ! pensa le capitaine. Essayons donc de la menace, ajouta-t-il en tirant un pistolet de sa ceinture.

Il montra le bout du canon au paysan, et lui dit d’une voix formidable :

– Puisque vous parlez ainsi devant l’argent, *señor*, voyons s’il vous plaît, comment vous parlerez devant ceci : – Où est le Français que vous avez caché ?

Pedro garda le silence.

– Où est le Français ? reprit le capitaine qui fit craquer le ressort de son arme.

– Répondez, ou vous êtes mort ! Où est le lieutenant Dulaurier ?

L'impassible vieillard ne sourcilla point, et le pistolet allait faire feu, lorsque le guérillero qui venait de monter l'escalier descendit avec précipitation.

– Arrêtez ! cria-t-il au capitaine. L'oiseau est déniché, ou du moins il va l'être !

– Qu'entends-je ? dit Pedro en tressaillant des pieds à la tête... Le capitaine remit son arme à sa ceinture, et fit un signe au guérillero de poursuivre.

– Notre prisonnier, reprit celui-d, qui indiqua une fenêtre, est dans cette mesure que vous voyez au bout du jardin.

– Dans cette mesure ! fit don Riaz ; il est perdu !...

– Comment avez-vous su cela T demanda le capitaine.

– Par le villageois qui est là-haut avec le lieutenant.

– Par Stefano, s'écria le vieillard en palissant l'horreur.

– Ah ! ah ! dit le chef, il paraît que le fils est moins dur à cuire que le père.

– Le lieutenant ne découvrant rien, reprit le guérillero, et trouvant néanmoins au particulier un air qui l'intriguait fort, a dit à trois d'entre nous d'aller poursuivre nos recherches dans le grenier de la grange, et a profité de l'occasion pour prendre à part le villageois. J'étais avec eux, j'ai suivi la scène. Une bourse d'or, assez ronde, et le canon d'un pistolet ont été les deux éléments du marché. Le compère a d'abord fait le difficile, et c'est alors que le lieutenant lui a effleuré la moustache avec le coup de feu que vous avez entendu. A ce bruit étourdissant, le Jeune homme s'est ému tout-à-coup ; il a poussé une exclamation singulière, et s'est aperçu trop tard que nous remarquions son trouble. Enfin, pressé de nouveau par le lieutenant de choisir entre l'or et le plomb, il s'est exécuté de fort bonne grâce en acceptant la bourse et en indiquant la mesure du jardin.

– Le Français que vous cherchez est là, nous a-t-il dit, passant soudain de l'hésitation d'un lâche à la résolution d'un traître consommé ; courez-y sans perdre une minute ; faites le tour par la grande route, afin de surprendre votre homme, et

vous le trouverez tapi dans le pavillon derrière des gerbes de paille neuve.

Pendant que le capitaine prêtait une oreille joyeuse à ce récit, le vieux Castillan l'avait écouté avec une épouvante mêlée d'incrédulité. Aux derniers mots, il ne put se contenir, et il Interrompit violemment le guérillero :

– Assez, misérable ! assez, dit-il, ce que tu avances là est impossible ; c'est une infâme calomnie ou un plat stratagème ; mon fils est incapable...

– Regardez plutôt, *señor* ! répartit le guérillero en montrant l'escalier.

Stefano, en effet, descendait avec le lieutenant et les trois hommes ; il tenait à la main la bourse du premier, et marchait lentement entouré des trois autres... Son visage pâle et décomposé indiquait les combats que venait de soutenir son âme, et Pedro eût douté encore de l'horrible vérité, qu'il n'aurait pu s'empêcher de la lire dans toute la personne de son fils. Il n'eut que la force de pousser un soupir, et Il tomba défaillant dans son fauteuil. Stefano traversa la salle d'un pas incertain, sans apercevoir son père... Il arriva ainsi jusqu'à la fenêtre, ouverte sur la grande route : là, il jeta au dehors le regard d'un homme en délire, et resta appuyé d'une main à la croisée dans une immobilité complète... Son autre main serrait convulsivement la bourse du capitaine ; mais on voyait que ce mouvement était purement machinal, et que ce n'était point pour cet or que le malheureux avait trahi le prisonnier... En se rappelant les hésitations jalouses de son fils et son impatience soudaine de partir, Pedro s'expliqua cruellement son crime et comprit qu'il n'avait vendu son hôte que pour perdre son rival. La passion sans doute avait égaré sa tête jusqu'à la folie et il n'avait pas été plus maître alors de son action qu'il ne paraissait l'être désormais de ses pensées... Quoi qu'il en fût, le vieux Castillan ne pouvait croire à tant d'infâmie ou à tant de démence, et les yeux qu'il fixait sur Stefano semblaient aussi délirants que ceux du jeune homme lui-même...

Après avoir échangé quelques mots à voix basse avec le lieutenant, le capitaine fit un signe à deux des guérilleros qui accompagnaient le villageois :

– Restez ici près de ce drôle, leur dit-il, traitant déjà Stefano avec le mépris dont on paie les traîtres ; surveillez-le bien jusqu'à ce que nous ayons eu le temps d'arriver au lieu indiqué ; s'il fait un seul mouvement suspect, avertissez-nous en lui cassant la tête d'un coup de pistolet, et si une bonne fusillade vous annonce qu'il ne nous a pas trompés, quittez-le aussitôt pour venir nous rejoindre, en filant comme nous par la grande route.

– C'est entendu, capitaine, dirent les deux guérilleros ; et ils reprirent leur place à droite et à gauche de Stefano, tandis que tous les autres sortaient sans bruit par la porte de l'aire, et s'avançaient à petits pas, vers la mesure en armant silencieusement leurs fusils.

VIII. MALEDICTION. – FATALITE

Un morne silence régnait dans la petite salle, ou il ne restait plus que Pedro et son fils avec les deux guérilleros.

Stefano, debout devant la fenêtre, entre ses deux gardiens, se croyait encore seul avec eux et ne détournait point ses yeux hagards de la route.

Pedro, sans force et sans voix dans son fauteuil, ressemblait à un homme qui vient de perdre d'un seul coup tout ce qu'il possédait sur la terre. Hélas ! le vieux castillan pleurait son trésor le plus précieux, l'honneur de son nom livré par son propre fils.

Pendant quelques minutes sa pensée ne fut qu'une sorte de chaos, au milieu duquel se croisaient la douleur et la honte, le doute et le désespoir, le regret tardif d'avoir eu confiance en Stefano, et le désir non moins inutile d'empêcher l'effet de sa trahison.

La tête de don Riaz ressemblait, en ce moment, à ces sublimes figures de larmoyeurs qu'on voit dans les tableaux des

maîtres espagnols, et que l'acteur Joanny¹³ reproduit assez fidèlement dans le rôle de Ruiz Gomez, au quatrième acte d'*Hernani*.

– Il est donc vrai, murmura enfin le vieillard, s'éveillant comme un homme qui voit son cauchemar réalisé. Il est donc vrai, juste ciel ! mon fils a livré son hôte ! mon fils a vendu son rival ! Don Stefano Riaz de la Sarga tient dans sa main le prix du sang ! Et son sang, à lui, le sang des Riaz ne s'est pas soulevé tout entier dans ses veines ! Et la honte ne l'a pas étouffé quand ses doigts ont touché cette bourse infâme ! Et les murs d' cette maison ne tombent pas sur lui pour l'écraser, ces murs qui n'ont jamais vu de trahison avant la sienne ! Et moi ! moi ! grand Dieu ! doué ici par la faiblesse, paralysé d'horreur, je ne puis... je ne puis courir réparer le crime de mon fils...

En parlant ainsi d'une voix sourde et suffoquée, Il faisait de vains efforts pour se soulever sur ses genoux tremblants. A chaque fois il retombait sur son fauteuil, trouvant à peine la force d'exhaler un soupir.

– Impossible ! impossible, hélas ! balbutiait-il alors avec une douleur mêlée de colère. Puis, la douleur l'emportant à la fin, il laissa tomber dans ses mains son front vénérable, et de grosses larmes ruisselèrent entre ses doigts.

– Mon dieu ! mon dieu, dit-il en sanglot tant, j'ai trop vécu d'un jour, faites-moi donc mourir !

Tout d'un coup, le bruit de ces gémissements parvint à l'oreille de Stefano et sembla le faire revenir à lui-même.

– Qui est là ? dit-il en ramenant ses yeux égarés dans la salle... et pour la première fois il aperçut don Riaz.

Mon père ! dit-il aussitôt avec un cri étrange.

Puis, détournant soudain la tête pour cacher l'horrible confusion qui lui brûlait le visage :

– Il était là, juste ciel ! ajouta-t-il sourdement, il était là et il a tout vu sans doute !...

A ces mots : mon père ! si connus et naguère si doux, le vieillard avait tressailli dans son fauteuil avec une sorte de rage,

¹³ [Jean-Bernard Brisebarre dit *Joanny* (1775-1849).]

comme si un pouvoir tyrannique lui eût rendu la force en même temps que la fureur.

– Ne m’appelle pas ton père ! s’écria-t-il eu se tournant, les yeux enflammés, vers Stefano, ne m’appelle pas ton père, car tu ne peux pas être mon fils !... Non ! quand la vertueuse Paquita Peres me donna mon quatrième enfant, quelque mauvais génie me l’enleva sans doute et te mit à sa place dans le berceau de famille, et j’ai pris pour mon sang le monstre qui grandissait sous mes caresses paternelles, le serpent qui se réchauffait dans mon sein pour m’étouffer avant mon dernier jour ! ne m’appelle donc pas ton père, malheureux ! ou alors dis-moi bien vite que mes yeux ne savent plus voir ni mes oreilles entendre, que j’ai rêvé que mon fils était un lâche, un traître, un assassin ! dis-le moi, Stefano ! dis-le moi !

Le jeune homme fit un mouvement pour répondre et s’arrêta à l’aspect de ses deux gardiens. L’effort qu’il fit alors pour garder le silence, parut lui être si pénible qu’il manqua de défaillir à son tour, et il fut obligé de s’appuyer au bras d’un guérillero.

– Eh bien ! eh bien ! lui dit à demi-voix, l’aventurier, des faiblesses ! des remords ! Allons donc, n’écoutez pas le bon homme, et regardes plutôt cette bourse que votre main semble tenir avec tant d’indifférence... Vingt-cinq pièces d’or toutes neuves ! par Saint-Jacques ! voilà une chose solide et fortifiante !

Stefano eût voulu entrer sous terre pour ne pas entendre ces paroles. De pourpre qu’était sa figure, elle devint violette, et, sans adresser un regard à son père, il fixa de nouveau ses yeux sur la route.

Pedro cependant était venu à bout de se lever de son fauteuil, et il s’était approché lentement de son fils.

– Il ne m’écoute seulement pas ! reprit-il en rayant le villageois se retourner vers la fenêtre, son œil ne peut quitter cette croisée fatale !... On lirait qu’il guette le succès de sa perfidie, qu’il regarde si l’on arrive à temps jusqu’à son rival, et qu’il veut s’assurer par lui-même qu’on ne le moquera pas !... –

Malheureux ! cria-t-il enfin sur l'épaule de Stefano, s'il en est ainsi, sois donc...

Le jeune homme se détourna par un mouvement terrible, et arrêta les deux bras levés pour le maudire.

Non ! poursuivit le vieux Castillan, désarmé malgré lui, mais s'exaltant de plus en plus, le maudire, en effet, serait encore le traiter comme mon fils !... Et ce n'est pas la bouche qui doit le châtier, c'est ma main, ma propre main qui doit en faire justice ! Puis, ajouta-t-il, avec délire, je dois moi-même retrancher la honte et le crime de ma famille. Un Espagnol ne saurait reculer devant ce qu'a fait un Romain !...

En murmurant ces paroles entrecoupées, la figure de don Riaz était devenue effrayante à voir ; ses yeux sortaient de leurs orbites et ses cheveux blancs se dressaient sur sa tête. Les Guérilleros qui le suivaient curieusement furent épouvantés de l'expression de son regard... Il recula, en frémissant et en chancelant, jusqu'à la place qu'il renâit de quitter, étendit le bras vers un de ses pistolets, qui était resté suspendu à la muraille, le saisit, et l'armant par un geste convulsif, il allait en diriger le canon sur la tête de son fils... lorsqu'une porte s'ouvrit à sa droite et une main arrêta la sienne.

Cette main, envoyée par la Providence, était celle de Rosita. M'entendant plus de bruit dans la chambre où l'avait laissée Pedro, la jeune fille croyait les Guérillas partis, et venait retrouver son oncle et son cousin. Le premier objet qui frappa ses yeux fût le pistolet de don Riaz près de partir.

– Que faites-vous ? grand Dieu ! dit-elle en saisissant le bras du vieillard.

Pedro s'arrêta, frissonnant, et promenant autour de lui un regard farouche... Puis, apercevant sa nièce à son côté, il laissa brusquement tomber son arme.

– Rosita ! dirent en même temps le père et le fils.

– Tous les supplices à la fois ! ajouta le dernier en cachant sa tête dans ses deux mains.

– Ah ! c'est toi, Rosita, reprit Pedro d'un air encore égaré. – Qu'allais-je faire, malheureux ! ajouta-t-il en passant une main sur son front trempé d'une sueur froide.

– Voilà la colombe que nous avons dénichée tout à l'heure de la petite chambre, murmura le premier guérillero à son camarade ; la petite a la physionomie moins rébarbative que le vieux paysan, et je l'emmènerais volontiers à la place de l'oiseau que nous pourchassons.

Le second guérillero fit un geste sympathique, et Rosita s'avança jusqu'au milieu de la salle. – Stefano gardé par deux soldats ! dit-elle en remarquant alors son cousin près de la fenêtre. – Qu'est-ce que cela signifie, sainte Vierge ! et que se passe-t-il donc ici depuis une heure !

Elle se souvint avec effroi que Pedro lui avait annoncé l'arrivée de son promis, et elle s'assura en tremblant que Dulaurier n'était point dans la salle... Alors elle fit un mouvement instinctif vers son cousin, et elle allait s'approcher tout à fait de lui, si Pedro n'eût couru l'arrêter. – Enfant ! lui dit-il en retrouvant son exaltation, garde-toi d'approcher de ce maudit !... toi qui lui as avoué tout à l'heure que tu l'aimais, hâte-toi de lui déclarer que tu le méprises !... car, vois-tu, c'est un lâche et un traître ; il a vendu son hôte et ton fiancé !

– Il a vendu mon fiancé, lui ! s'écria la jeune espagnole avec horreur. Oh ! c'est impossible, ajouta-t-elle avec un ton de superbe incrédulité.

– Regarde, reprit le vieillard, en lui montrant la fenêtre, regarde là-bas ces hommes armés qui font le tour du jardin par la grande route.

– Les guérillas ! eh bien ?

– Eh bien ! c'est lui, c'est Stefano qui lésa envoyés là ! Ils vont surprendre et assassiner Dulaurier dans son dernier refuge.

– Juste ciel ! s'écria la jeune fille, qui apercevait effectivement, par-dessus la haie du jardin, la tête des guérilleros arrivant à la mesure.

Stefano la vit au même instant s'éloigner de lui avec effroi, et il se serait précipité vers elle, s'il n'eût été retenu par ses deux gardiens. Il se rappela l'ordre terrible du capitaine, et se retourna par la troisième fois vers la fenêtre.

– Et non seulement il a trahi, continua le vieillard achevant de décharger sa colère et reprenant la main de sa nièce, mais tu vois encore qu'il surveille le succès de sa trahison, qu'il suit d'un œil impatient les complices de son crime...

– Reconnais-tu là mon fils, Rosita ? ajouta-t-il tout-à-coup avec un désespoir déchirant ; reconnais-tu là l'homme que tu as aimé, Rosita ?

Il se renversa dans son fauteuil en levant les mains au ciel, et ses deux yeux épuisés, n'ayant plus de larmes, son cœur éclata en sanglots.

La jeune fille, consternée, le regardait avec terreur, les guérilleros détournèrent la tête d'une scène qui les attendrissait malgré eux, et Stefano, les yeux fixés sur la fenêtre, semblait prier le ciel de lui envoyer un coup de tonnerre.

A l'instant même ce vœu parut exaucé, et une effroyable détonation fit trembler la salle. Chacun reconnut la fusillade annoncée par le capitaine, dans le cas où le prisonnier serait retrouvé dans sa cachette ; et pendant que les deux guérilleros répondaient à ce signal de mort par un cri de joie, Rosita se jeta éperdue entre les bras du vieux Castillan.

Le bruit meurtrier de la fusillade fut suivi d'un lugubre silence.

Pedro et Rosita semblaient évanouis ensemble ; Stefano appuyait à la croisée son front pâle comme la mort, et les deux guérilleros eux-mêmes se regardaient avec une stupéfaction muette.

– Allons, l'ami, dit enfin l'un d'eux au villageois, d'un son de voix sinistre, voilà votre hôte parfaitement mort, et vous n'avez pas volé l'argent de cette bourse... ; nous souhaitons qu'il vous profite ici-bas, et nous sommes bien vos serviteurs.

En parlant ainsi, Ils échangèrent un signe, et ils se préparèrent à gagner la route, suivant l'injonction de leur chef.

Réveillés par le bruit de leurs pas, Rosita et Pedro les suivirent avec horreur jusqu'à la porte, et, quand ils les virent disparaître derrière le seuil, ils retombèrent anéantis dans les bras l'un de l'autre.

– Il est mort ! dit le vieillard d'un air sombre.

– Il est mort ! répéta sur le même ton la jeune fille.

– Il est sauvé ! s'écria Stefano qui s'avança vers eux et jeta loin de lui la course des guérillas. Il est sauvé, mon père ! ma cousine ! Il est sauvé !

– Sauvé ! répétèrent l'oncle et la nièce en se relevant d'un bond, tandis que le jeune homme, courant à la petite porte de la grange, criait avec force : – à moi, Dulaurier !

– Oui, reprit-il sans attendre la réponse, et en rentrant vivement dans la salle ; oui, mon père ; oui, Rosita, le lieutenant est sain et sauf, et vous allez le revoir à l'instant !

– Il se pourrait ! dit Pedro, passant de la mort à la vie.

– Et comment cela ! demanda la jeune fille moins rassurée.

– En laissant Dulaurier dans la mesure, répondit rapidement Stefano, tandis que son regard encore agité allait de la salle à la grange, j'étais convenu avec lui de l'avertir par un coup de pistolet, s'il devait quitter sa cachette pour revenir à la maison ; dans ce cas, je lui avais dit de se glisser le long de la haie du jardin, jusque dans cette grange, où je le déroberais de nouveau à ses ennemis, pendant qu'ils le chercheraient en vain dans le pavillon. Vous comprenez maintenant le trouble et l'effroi où m'a jeté le coup de feu tiré là-haut par le lieutenant des guérillas. Prenant nécessairement le coup de feu pour le signal convenu entre nous, Dulaurier allait quitter la mesure pour la grange, et se jeter lui-même entre les mains de ceux qui le cherchaient. Le seul moyen de le cacher, était donc d'envoyer là-bas les guérillas ; c'est ce que j'ai eu le courage de faire, en feignant de vendre mon hôte, en acceptant la bourse honteuse qui contenait le prix de son sang, en me laissant maudire par vous, mon père, comme un infâme, exécuter par vous, ma cousine, comme un assassin !... J'ai connu pendant un quart d'heure tous les

tourments de l'enfer ; mais j'ai sauvé mon hôte et mon rival, et je suis digne de vous deux !

Le villageois n'avait pas achevé sa justification, que Pedro et Rosita étaient à ses pieds.

– Don Stefano Riaz ! dit le vieux Castillan d'une voix solennelle, pardon ! pardon, mon fils !

– Pardon, Stefano ! pardon ! répéta tendrement Rosita, et peu s'en fallut que le père ne s'agenouillât devant son enfant, que la jeune fille ne couvrit de baisers les mains du jeune homme...

Stefano les attira ensemble sur son cœur, et en embrassant le consola de toutes ses souffrances.

Cependant son appel à Dulaurier demeurait sans effet, et celui-ci ne paraissait point à la porte de la grange... Etonné de ce retard, le villageois appelle de nouveau ; mais il ne reçoit pas plus de réponse que la première fois, et sa surprise se change en inquiétude... Il court à la porte qu'il avait ouverte, et crie encore : Dulaurier !

Même silence, et autre surcroît d'étonnement, compliqué cette fois d'une secrète terreur...

Pedro se joint à son fils pour appeler à son tour, et tous deux frémissent à la fois de rester sans réponse.

– Juste ciel ! dit Stefano, qui se trouble tout à fait, que devient donc le lieutenant si il doit pourtant nous entendre, et il ne peut être ailleurs que là !...

– Dulaurier ! reprend-il d'une voix tremblante en se précipitant dans la grange, plus silencieuse que jamais...

Et ne pouvant plus enfin dissimuler l'horrible pressentiment qui le saisit :

– Mon Dieu ! mon Dieu ! s'écrie-t-il avec épouvante, si je m'étais trompé ! si je m'étais trompé !...

– Trompé !... que dit-il ? répètent le vieillard et la jeune fille glacés d'effroi, tandis qu'il par~ court, éperdu, tous les coins de la grange.

Et cette nouvelle émotion les cloua d fortément à leur place, qu'ils peuvent à peine le suivre de l'oreille et des yeux dans sa terrible recherche.

Pendant deux minutes, un silence mortel règne dans la salle, interrompu seulement par de vagues clameurs arrivant de la route. Tout-à-coup Stefano reparaît, pâle, chancelant, hors d'haleine, les cheveux éparés.

– Malheur ! malheur ! s'écria-t-il ; Dulaurier n'est pas dans la grange ! il n'y est point venu ! il n'aura pas pris ce coup de feu pour notre signal ! il sera resté dans la mesure, et cette fusillade des guérillas...

Il s'arrêta brusquement, basant exprimer la pensée atroce qui lui venait à l'esprit.

Pedro et Rosita la comprirent, et poussèrent une exclamation d'horreur.

En même temps, les clameurs qui s'étaient élevées sur la route augmentèrent en se rapprochant.

– Victoire ! victoire ! répétaient une centaine de voix confondues en uns seuls. Et, croyant reconnaître les cris de triomphe des guérillas qui venaient de fusiller Dulaurier dans la mesure :

– Plus de doute, malheureux ! s'écria Stefano avec une explosion de désespoir, j'ai livré le lieutenant à ses bourreaux en pensant l'arracher à la mort !...

Les cris de victoire retentirent bientôt à la porte de la maison, et Rosita se jeta défaillante dans les bras de Pedro.

Mais la consternation de tous les trois fit aussitôt place à la plus vive surprise, lorsqu'ils virent entrer dans la salle, au lieu des meurtriers du lieutenant, un bataillon des volontaires de Don Carlos, conduit par Dulaurier en personne.

IX. ESPAGNE ET FRANCE

– Dulaurier ! s'écrièrent en même temps Stefano, don Riaz et Rosita.

– Des soldats de don Carlos ! des ennemis ! ajouta aussitôt le vieux Castillan, tandis que sa nièce se dérobait derrière lui.

– Dites des amis et des serviteurs ! répondit le lieutenant qui tendit la main à Stefano ; il n’y a plus ici de Carlistes ni de Christinos, morbleu ! il y a de braves espagnols qui ont sauvé un honnête Français, et un homme reconnaissant qui leur apporte ses actions de grâce... voilà tout

– Mais, dit le villageois qui ne comprenait rien à ce qui se passait, ce n’est pas à nous que vous devez...

– Pas à vous, mille bombes ! interrompit Dulaurier avec une cordiale brusquerie. Ah ça ! qu’est-ce que vous dites donc, jeune Castillan ?...

– Alors, comment se fait-il ?...

– C’est juste ! une minute d’attention ; voici la chose. D’abord et avant tout, il faut que je vous signifie en quelque sorte que vous vous êtes comporté comme un héroïque Espagnol que vous êtes, sacrebleu !... et que c’est moi sen qui ai pris sous mon bonnet de fausser plus ou moins la consigne. – Voici : j’étais depuis une demi-heure assez tranquillement, mais pas trop à l’aise, dans la mesure où vous m’aviez en quelque sorte mis on faction de corvée ; ... je ne voyais sur la route et dans le jardin ni guérilleros, ni âme qui vive, et je commençais à me dire avec une certaine jouissance que la faction défait tirer à fin, lorsque j’entendis subito, de ce côté, le coup de pistolet convenu entre nous deux, lequel me signifie de votre part qu’il faut déménager sans trompette.

– C’était un coup de feu tiré sur moi par le lieutenant des guérilleros, dit Stefano ; j’étais bien sûr que vous le prendriez pour notre signal, et qu’il vous ferait quitter immédiatement le pavillon.

– Je le quittai, en effet, instantanément, reprit Dulaurier, et je me préparais à filer, suivant nos conventions, vers la grange... tout-à-coup, en jetant un dernier coup d’œil sur la route, voilà que j’aperçois, au lieu des habits plus ou moins quelconques des guérilleros du pays, l’uniforme assez ficelé, j’ose le dire, qui distingue les volontaires de Sa Majesté... Pardon, noble Castillan !

je veux dire de Don Carlos... C'était, ô coup de la Providence ! le bataillon dont je vous ai parlé ce matin, jeune homme, et qui, pour arriver un peu tard à Panola, n'en arrivait pas moins à propos, comme vous voyez ! Enfin, bref et en deux mots, reprit Dulaurier en montrant les soldats qui l'entouraient, c'étaient ces messieurs que voici et que j'ai bien l'honneur de vous présenter...

– Portez armes ! présentez... armes ! ajouta-t-il militairement. (Et les soldats exécutèrent ce double mouvement avec la précision la plus coquette.) Vous sentez bien, poursuivit le lieutenant, qu'au lieu de gagner la grange où vous m'appeliez, je ne fis qu'un saut vers les défenseurs que m'envoyait le ciel, au risque de vous causer de l'inquiétude sur mon compte, je franchis haies et fossés, et je tombe au milieu du bataillon comme un boulet de trente-six... Je leur conte plus ou moins brièvement mes aventures et ma position ; et, décidés à me venger en bons camarades, ils marchent avec moi à la découverte des guérilleros. Mais à peine avions-nous fait dix pas que voici bien une autre histoire !... Nos petits amis venaient de quitter cette maison pour courir à la mesure ; et, en croyant me pincer bel et bien dans ma cachette, ils arrivaient en quelque sorte dans la gueule du loup. Attention à la manœuvre, dis-je à mes camarades, et sachons' profiter de nos avantages. En même temps, nous nous embusquons à un détour de la route, nous laissons venir les guérilleros en détordre jusqu'à vingt-cinq pas, et alors nous leur démasquons à la barbe un front de cent carabines. Pan ! pan ! pif ! paf ! décharge générale ! un véritable tir aux guérilleros ! trente hommes par terre en une seconde, le reste en déroute, et voilà !...

– La fusillade dont nous l'avons cru victime lui-même, pensa Stefano en s'expliquant tout désormais.

– Vous devinez le reste, reprit le lieutenant. Ne voulant pas quitter Panola sans vous remercier, et tenant à remplir l'objet dont je vous ai louché deux mots ce matin, j'ai dit à mes camarades : Si vous êtes en retard, et moi idem, j'en suis fâché, mes bons amis ; mais la reconnaissance et autre chose m'appellent

au village ; ainsi donc, par le flanc gauche, en avant, marche ! C'est alors que nous avons pincé sur la route ces deux traînants qui rejoignaient leur compagnie ; ils m'ont conté chemin faisant le tour sublime que vous leur avez joué, et je les mets à votre disposition pour en faire ce qu'il vous conviendra...

En parlant ainsi, Dulaurier fit ouvrir les rangs des soldats restés à la porte, et amena dans la salle, en leur tirant l'oreille, les deux guérilleros qui avaient été chargés de garder Stefano.

– Tenez ! leur dit le villageois en jetant 5 l'un d'eux la bourse de leur capitaine, qu'il ramassa par terre, allez rejoindre vos chefs, s'ils sont encore vivants, et dites-leur de ma part, en leur rendant cet or, qu'ils aient à servir la bonne cause par des moyens plus dignes d'elle.

– Merci, *señor*, répondirent les deux drôles, en prenant à la fois la bourse et la clé des champs.

– Il n'y a pas de quoi, dit le lieutenant, qui les poussa de la main hors de la salle. – Et maintenant, poursuivit-il, en se retournant vers Stefano en homme qui n'a pas même une minute à perdre, maintenant que je sais tout ce que vous avez souffert pour moi... sans compter ce que ces deux drôles n'auront pu me dire, eu attendant que le sort m'offre le plaisir de me faire tuer pour vous et les vôtres, il n'y a pas de don Carlos ni de reine Isabelle qui tiennent, il faut que je vous presse sur ma poitrine comme un frère, et que toute votre famille me passe par les bras.

Il y avait dans l'accent de ces paroles un sentiment de reconnaissance si profond que le villageois prit au mot le lieutenant et que tous deux s'embrassèrent avec l'effusion la plus touchante.

– Ce n'est pas tout, reprit l'expansif officier, qui regarda vivement autour de lui ; vous avez un père, une mère, une sœur, une femme peut-être ?... où sont-ils ? – Ce noble vieillard est sans doute l'auteur de vos jours ? ajouta-t-il en désignant don Riaz ; et, sur le signe affirmatif de Stefano, il se jeta sans façon au cou du vieux Castillan.

L'ancien compagnon de Mina ne put s'empêcher de rougir de se voir embrasser ainsi par un volontaire de don Carlos ; mais

la familiarité du français était tellement irrésistible, que le plus farouche espagnol n'eût pu se dérober à la contagion.

– Est-ce qu'il n'y a pas de femmes dans la famille ? demanda Dulaurier en continuant ses recherches d'un œil galant.

Ce fut alors que, malgré les soins de Rosita pour éviter son attention, il l'aperçut toute tremblante, derrière le grand fauteuil de Pedro.

– Ah ! voici ! dit-il en retroussant sa moustache, sans reconnaître encore sa fiancée...

Et s'avançant vers elle d'un air avantageux, tandis que Stefano et son père se regardaient avec terreur.

– Aimable castillane, dit-il poliment, permettez...

Il s'arrêta court, en équilibre sur un pied, fixa sur la jeune paysanne les yeux les plus stupéfaits du monde, et faisant signe à ses soldats d'aller l'attendre dans l'aire :

– Mille bombes ! reprit-il, mais je ne me trompe pas..., c'est Rosita Lopez de Tafalla, ma jolie promise, d'il y a dix-huit mois !...

– Et ma nièce, *Señor*, répondit gravement Pedro, sentant qu'il fallait avoir de la force pour trois, et rentrant dans son rôle de mentor des consciences.

– C'est moi, en effet. M. Dulaurier, balbutiais jeune villageoise en pâlisant...

– Voyez comme ça se trouve ! s'écria gaiement l'officier ; et il embrassa la jeune fille comme il avait embrassé le vieillard, sans s'expliquer l'agitation de ses hôtes autrement que par sa propre émotion.

Toute joie cependant avait disparu delà petite salle comme le soleil s'efface au retour de l'orage. C'est qu'effectivement l'orage des sessions et des jalousies venait de se rallumer ; le combat de l'honneur et de l'amour recommençait dans les âmes, et les trois membres de la famille se considéraient en frémissant, personnages d'un drame funeste arrivé à sa dernière péripétie.

Je viens de lui rendre la vie, et il me ravit le bonheur ! pensait le villageois, n'osant envisager le lieutenant.

– O mon père ! mon père ! venez À mon secours ! murmurait Rosita les yeux levés au ciel !

– Allons, se disait le vieil hidalgo, qui se rappelait le proverbe castillan, encore quelques minutes de courage et tout sera terminé !

Cependant Dulaurier s'était remis de sa surprise en contemplant la jeune fille.

– Parbleu ! reprit-il gaillardement, je ne me croyais pas si près de vous, Rosita, quand je passais en cette maison de si mauvais quarts d'heure ; et je ne m'attendais guère à vous trouver ainsi sous ma main, au moment de demander à mes nobles hôtes où j'aurais l'avantage de vous rencontrer ! Sur ma foi ! il faut convenir que tout n'est pas guignon pour moi depuis ce matin, et que la providence se mêle, en quelque sorte, de mes affaires autant que la fatalité... Quand je pense qu'il s'en est fallu de si peu d'instant que je ne mourusse, à deux pas de vous sans soupçonner ce charmant voisinage !... Enfin bref et en deux mots, me voici et vous voilà, c'est à merveille, il nous reste cinq minutes pour causer, parlons peu et parlons bien. Vous imaginez facilement, ma toujours belle, le motif qui m'amène à Panola, après des courses plus ou moins vagabondes.

Pedro vit sa nièce se troubler à cette question, et répondit stoïquement pour elle à Dulaurier.

– Vous venez sans doute rappeler à Rosita la parole qu'elle vous a donnée au lit de mort de son père ? Elle ne l'a point oubliée, *señor* ; elle connaît son engagement de promesse, ses devoirs de castillane, et vous n'avez qu'un mot à dire...

– Suffit ! interrompit le Français étonné de l'empressement du vieillard à parler pour la jeune fille, et ne pouvant se défendre de remarquer l'embarras extraordinaire de celle-ci. Veuillez me répondre vous-même, Rosita, reprit-il en l'observant avec attention... Vous savez ce que j'ai le droit de venir réclamer ici ; êtes-vous toujours disposée à me l'accorder librement ?

Don Rias voulut encore élever la voix ; mais l'officier lui imposa silence d'un geste, et il fallut que la villageoise se décidât à parler !

– Librement ? balbutia-t-elle... sans doute, M. Dulaurier ; mon cœur doit être à tous comme ma main, et da moment que vous tenez encore à l'un et à l'autre...

– Des phrases ? pensa le lieutenant, qui pâlit à son tour. Allons, c'est clair, je suis relevé de faction !... Mille millions de tonnerres ! toutes les femmes sont des girouettes !... murmura-t-il avec rage entre ses dents, en faisant saigner sa lèvre sous sa moustache... Mais il s'agit de savoir quel est mon remplaçant, ajouta-t-il aussitôt, plus calme, et machinalement tourné vers Stefano.

Il le vit aussi muet, aussi troublé que Rosita ; et, se soutenant alors de l'émotion que lui avait causée le matin sa confiance, et de la singulière hésitation du jeune homme à lui apprendre où il trouverait Rosita. – Connu ! reprit-il en lui-même, devant toute la vérité, le villageois a eu le temps de se faire aimer de la petite... Le cousin et la cousine se sont entendus, c'est tout simple !

Et pendant que chacun le considérait avec angoisse, le lieutenant laisse échapper à demi-voix un nouveau juron ; accompagné d'un geste plus énergique encore que le premier. Peut-être même, s'il n'avait pas eu soin de détourner la tête, eût-on remarqué sur son visage l'expression de la plus poignante douleur ; mais en homme aussi habitué à se contenir à propos, qu'à se livrer dans l'occasion. – Motus ! et attention à la manœuvre ! se dit-il en reprenant sa figure impassible ; J'ai été aussi heureux au jeu aujourd'hui que je suis malheureux en amour ; et ce n'est pas la faute de ce brave jeune homme, s'il a trouvé, comme moi, sa cousine à son gré ; cela n'empêche pas qu'il ne m'ait sauvé la vie aux dépens de son amour et de son honneur ; et puisque aussi bien, je ne veux plus d'un cœur qui est à un autre ; il s'agit de rendre ici abnégation pour abnégation, et de maintenir la France à la hauteur de l'Espagne...

Il passa une main sur sa moustache, et fit le geste d'un homme qui se soumet à un sacrifice immense... – Allons ! reprenez-vous résolument, pas de bêtise ! attaquons habilement la position, et retrouvons ici la langue qui nous caractérise !

Se tournant alors vers Rosita, et souriant d'un air dégagé, qui contrastait avec son extrême pâleur :

– Mademoiselle ! dit-il sans transition, je vais vous parler plus franchement que vous ne m'avez parlé, quoique la franchise me soit beaucoup moins facile qu'à vous-même. Vous m'avez dit, en hésitant il est vrai, que votre cœur et votre main sont toujours en quelque sorte à ma disposition ; je vais vous répondre sur un ton plus du moins différent, et vous détailler en deux mots l'objet de ma démarche auprès de vous...

A ces paroles, qui n'annonçaient pas ce que chacun redoutait, Stefano et Rosita tressaillirent de surprise et d'espérance, et se rapprochèrent, palpitants, pour mieux entendre Dulaurier.

– Voyons, reprit celui-ci, se fortifiant dans son rôle, abordons la question en face, à la manière française. Tâchez, mes sombres Espagnols, de ne pas prendre la chose plus tragiquement que moi-même. Quel personnage croyez-vous avoir deviné dans la personne de Charles-Édouard Dulaurier ? Un Officier plus ou moins héroïque ou sentimental, n'est-il pas vrai ? un fiancé modèle enfin, rapportant à sa promise, après une année de séparation, les illusions d'un cœur tout neuf et la fidélité du premier jour ? Eh bien ! nobles Castillans ; s'il en est ainsi, vous vous faites une idée en quelque sorte fantastique de l'officier français en général, et du fiancé en particulier... L'officier français ; l'épée à la main, se bat mieux que personne ; c'est connu ! Mais relativement à la fidélité, je l'avoue en rougissant, et j'en ai fait la triste expérience, l'officier français n'est pas digne de dénouer les cordons de vos souliers, o Castillans ! Votre proverbe dit : Tenir sa promesse et mourir ; le nôtre dit : *Serment d'amour, serment d'ivrogne* ; enfin bref, et en deux mots, nous ne sommes que des farceurs en amour... –

Vraiment ! dirent Stefano et Rosita avec l'élan de la plus douce espérance...

– Vous plaisantez, *señor* ? demanda très sérieusement don Riaz. Voulez-vous dire que vous avez trompé ma nièce, ou...

– Entendons-nous, auguste vieillard, interrompit le lieutenant, dont le courage et le désespoir augmentaient à la fois, à la vue de la joie naïve du villageois et de sa cousine ; quand j'ai dit à mademoiselle que je l'aimerais jusqu'à la mort, j'étais aussi sincère qu'aujourd'hui, parole d'honneur ! seulement, je m'abusais sur mes forces sentimentales ; incapable en effet de rester Adèle jusqu'à la mort ; tout ce que j'ai pu faire en quittant la Navarre, a été de l'être jusqu'en Biscaye, Aragon et autres lieux, où J'ai eu la faiblesse de contracter un nombre indéfini d'engagements plus du moins semblables au premier...

En prononçant avec un rire forcé ces paroles qui lui déchiraient l'âme, l'officier montra, pour en compléter l'effet, sa main gauche armée de trois ou quatre bagues...

– Il suffit, *señor* ! dit Pedro, dont la sévérité castillane cachait mal le contentement paternel ; vous avez repris la parole que vous aviez donnée à ma nièce ; mais alors, pourquoi êtes-vous venu à Panda lui rappeler la sienne ?

– Qui a dit que j'étais ici pour cela ?... demanda brusquement Dulaurier.

Stefano se souvint qu'en effet le Français n'avait pas avancé un seul mot annonçant positivement qu'il venait réclamer Rosita. Use reprocha d'avoir écouté trop tôt ses craintes jalouses, et Ait dope, comme les autres d'une feinte qui lui rendait la vie.

– Voici les raisons qui m'ont amené ici, poursuivit Dulaurier ; je me suis dit, à part moi : si je suis un individu sans consistance ce n'est pas une raison pour que Rosita me ressemble. Tandis que je lui donne pins on moins de remplaçantes dans mon cœur, il se peut qu'elle m'attende en fidèle espagnole qu'elle est, et qu'elle refuse de faire le bonheur d'un autre mieux organisé que moi sous le rapport du sentiment... Alors, j'ai voulu lui faire mes excuses et lui rendre sa promesse, lui

proposant, si c'est un effet de sa démence, de reprendre réciproquement nos anneaux de fiançailles.

Ces mots n'étaient pas achevés, que Rosita avait remis la bague au lieutenant Cet empressement naïf fendit le cœur de Dulaurier, qui échangea en tremblant les deux anneaux... Il fit semblant, pour se donner une contenance, de chercher le sien quelque temps parmi ceux qui chargeaient ses doigts, et cette circonstance, qui complétait plaisamment ses aveux, permit à chacun de manifester sa joie par un éclat de rire.

– O providence ! merci, dit Pedro, gardant seul sa gravité.

– A merveille, reprit le Français étouffant jusqu'au bout sa douleur ; voilà ce qui s'appelle de la franchise espagnole, et je ne pouvais pas être remplacé plus honorablement

Stefano se retourna vivement pour serrer la main de Dulaurier ; mais il tressaillit et s'arrêta soudain, en lui voyant deux grosses larmes sur les joues. Les forces de l'officier étaient vaincues et son cœur se brisait derrière le sourire de ses lèvres.

– Dulaurier ! dit le jeune homme en le regardant dans les yeux, Dulaurier ! vous pleurez, malheureux...

– C'est d'attendrissement, répondit le lieutenant qui détourna la tête.

Mais l'illusion du villageois était détruite...

Les diverses émotions et les paroles mystérieuses de son rival s'expliquaient à son âme, et l'héroïsme du Français se révélait au Castillan dans toute sa profondeur. – Dulaurier, reprit-il à voix basse, tandis que Pedro et sa nièce s'embrassaient à leur tour ; Dulaurier ! tout ce que vous avez dit n'est qu'un sublime mensonge ! vous aimez Rosita !... vous vouliez l'épouser !... vous n'avez point été infidèle !... et si vous avez la générosité d'y renoncer pour moi, je ne veux pas que ce soit aux dépens de votre bonheur. – Taisez-vous ! répliqua le lieutenant en refoulant ses larmes, et ne défaites pas mon ouvrage, morbleu ! Oui, c'est vrai, puisque vous l'avez deviné... Je venais réclamer la petite ; je l'aime toujours et je n'ai jamais aimé qu'elle. Ces bagues sont les alliances de mon père et de ma mère, et ta es infidélités... autant d'inventions... mais, silence ! encore une

fois, silence ! il ne faut pas que la pensée de mon malheur empoisonne la joie de celle qui vous aime. D'ailleurs, vous vous êtes fait maudire de votre père pour assurer ma vie, je peux bien me faire oublier de ma promesse pour assurer votre bonheur... Dévouement pour dévouement, jeune homme ! la France vaut l'Espagne, et nous sommes quittes !...

– Adieu donc, braves Castellans, mes sauveurs ! ajouta-t-il à haute voix ; faites joyeusement la noce pendant que je rejoindrai mon régiment, et puissions-nous ne nous rencontrer jamais sur les champs de bataille de ce malheureux pays !

– Adieu ! répondit Stefano les yeux en larmes.

Dulaurier l'embrassa encore, serra la main de don Riaz, baisa celle de Rosita » et rejoignit ses camarades dans l'aire.

– Par le flanc droit, en avant marche ! dit-il en précédant le bataillon.

Et tous défilèrent devant la fenêtre, après un roulement de tambour, tandis que l'officier fredonnait d'une voix mal affermie le refrain des *Amours d'Adhémar* :

Sa bouche a parlé la première,
Mon cœur aimera le dernier...

– Rosita ! dit Stefano à sa cousine, en jetant un dernier regard à son rival ; vous voilà libre, et nous allons être heureux ; mais n'oublions jamais le lieutenant Dulaurier !



ROSITA,

ou

TENIR SA PROMESSE,

COMÉDIE-VAUDEVILLE EN DEUX ACTES,

Imitée d'une nouvelle de M. PITRE-CHEVALIER,

PAR M. LAURENCIN,

Représentée pour la première fois, à Paris, sur le théâtre du Gymnase-Dramatique,
le 15 septembre 1840.

DISTRIBUTION :

DURREUIL, sous-lieutenant français au service du prétendant.....	M. TISSERANT.
DON PEDRO RIAZ.....	M. H. LAVOQUE.
D. STEFANO, son fils.....	M. ROUVILLE.
D. RODRIGUE, jeune hidalgo.....	M. SIVESTRE.
ELYAR, capitaine de guérillas.....	M. BORDIER.
ROSITA, nièce de D. Pedro.....	M ^{lle} NATHALIE.
SOLDATS CHRISTIENS ET CARLISTES—AMIS ET VOISINS DE D. PEDRO.	

La scène se passe au village de Escala, dans la Castille, en 1808.



ACTE I.

Une salle basse dans un vieux manoir de la Castille. Porte d'entrée au fond ouvrant sur une cour de ferme. A gauche de cette porte, une fenêtre. Au premier plan, à droite, la chambre de Rosita; au second plan un escalier conduisant à la chambre de Stefano. A gauche, une fenêtre, plus loin la porte d'une autre chambre. Sur l'avant-scène à gauche, une table sur laquelle sont des armes. A droite un grand fauteuil; un buffet, sous la fenêtre du fond.

SCÈNE I.

D. PEDRO, D. RODRIGUE.

D. PEDRO.
Entrez... mais, entrez donc, señor don Rodrigue... entrez!..

D. RODRIGUE.

Puisque vous l'exigez,

D. PEDRO.

Nos moissonneurs finissent à l'instant seulement de réamir les gerbes dans la grande cour... Ils sont allés s'habiller et prendre une heure de repos. (Lui montrant le fauteuil.) Faites comme eux.

(Il va s'asseoir à la table où il nettoie des pistolets.)

D. RODRIGUE.

Eh bien!.. volontiers. (Il s'assied.) Ouf!..

D. PEDRO.

Ils en avaient besoin, car dans notre pauvre Espagne... en ces temps de trouble et de révolution, il nous faut toujours avoir la faucille d'une main et l'escopette de l'autre... surtout en ce moment que les facieux cherchent à se rapprocher de la frontière de France où ils sont enfin repoussés par Espartero... car, le

ciel en soit loué, cette guerre impie touche à sa fin.

D. RODRIGUE.

Ah! tant mieux... car il est bien désagréable de ne pouvoir voyager tranquillement... aussi, tel que vous me voyez, je viens de fuir dix lieues en huit heures!.. j'arrive de Burgos.

D. PEDRO.

A pied?

D. RODRIGUE.

A pied! cela vous étonne?... je crois bien, ça m'étonne moi-même.

D. PEDRO.

En effet, une route si longue et si rapide... par nos montagnes de la Vieille-Castille!..

D. RODRIGUE, s'essuyant le front.

Où... c'est quelque chose... mais ce n'est pas encore cela qui me surprend le plus... c'est de voyager ainsi dans ce modeste équipage... Moi, don Rodrigue Martinez, y Pelago, y Torrico, y Malpica... descendant du grand roi Pélagie. (Soupirant.) Ah!..

D. PEDRO.

Encore des regrets!.. mon cher Rodrigue, imitez-moi donc... ce manoir et les quelques ar-

LAURENCIN

Rosita, ou Tenir sa promesse

Comédie-vaudeville en deux actes,

Imitée d'une nouvelle de M. Pitre-Chevalier,

PAR M. LAURENCIN,

Représentée pour la première fois, à Paris, sur le théâtre du
Gymnase-Dramatique, le 15 septembre 1840.

Imprimerie de Madame de Lacombe, rue d'Enghien, 12.

Distribution :

DUBREUIL, sous-lieutenant français
au service du prétendant..... M. Tisserant.
DON PEDRO RIAZ..... M. H. Landrol
D. STEFANO, son fils M. Rhozevil
D. RODRIGUE, jeune hidalgo M. Sylvestre
ELVAR, capitaine de guérillas..... M. Bordier
ROSITA, nièce de D. Pedro M^{lle} Nathalie

Soldats christinos et carlistes – Amis et voisins de d. Pedro.

La scène se passe au village de Panola, dans la Castille, en 1840.

Acte I.

Une salle basse dans un vieux manoir de la Castille.
Porte d'entrée au fond ouvrant sur une cour de ferme.
A gauche de cette porte, une fenêtre. Au premier plan,
à droite, la chambre de Rosita ; au second plan un es-
calier conduisant à la chambre de Stefano. A gauche,
une fenêtre, plus loin la porte d'une autre chambre.
Sur l'avant-scène à gauche, une table sur laquelle sont
des armes. A droite un grand fauteuil ; un buffet, sous
la fenêtre du fond.

Scène I.

D. Pedro, D. Rodrigue.

D. PEDRO. Entrez... mais, entrez donc, *señor* don Rodrigue...
entrez !

D. RODRIGUE. Puisque vous l'exigez.

D. PEDRO. Nos moissonneurs finissent à l'instant seulement de
réunir les gerbes dans la grande cour... Ils sont allés s'habiller
et prendre une heure de repos. [*Lui montrant le fauteuil*] Faites
comme eux.

Il va s'asseoir à la table où il nettoie des pistolets.

D. RODRIGUE. Eh bien ! volontiers. [*Il s'assied*] Ouf !

D. PEDRO. Ils en avaient besoin, car dans notre pauvre Es-
pagne... en ces temps de trouble et de révolution, il nous faut
toujours avoir la faucille d'une main et l'escopette de l'autre...
surtout en ce moment que les factieux cherchent à se rappro-
cher de la frontière de France où ils sont enfin repoussés par
Espantero... car, le ciel en soit loué, cette guerre impie touche

à sa fin.

D. RODRIGUE. Ah ! tant mieux... car il est bien désagréable de ne pouvoir voyager tranquillement... aussi, tel que vous me voyez, je viens de faire dix lieues en huit heures ! j'arrive de Burgos.

D. PEDRO. A pied ?

D. RODRIGUE. A pied ! cela vous étonne ? je crois bien, ça m'étonne moi-même.

D. PEDRO. En effet, une route si longue et si rapide... par nos montagnes de la Vieille-Castille !

D. RODRIGUE, [*s'essuyant le front*] Oui... c'est quelque chose... mais ce n'est pas encore cela qui nie surprend le plus... c'est de voyager ainsi dans ce modeste équipage... Moi, don Rodrigue Martinez, y Pelago, y Tortico, y Malpico... descendant du grand roi Pélage. [*Soupirant*] Ah !

D. PEDRO. Encore des regrets ! mon cher Rodrigue, imitez-moi donc... ce manoir et les quelques arpens de terre qui l'entourent ne sont-ils pas maintenant toute la fortune du riche hidalgo don Pedro Riaz de la Sarga...

D. RODRIGUE. Sans doute, mais nos positions sont bien différentes... moi, ce sont mes nobles aïeux qui ont mangé ma fortune, tandis que...

D. PEDRO [*vivement*] J'ai dissipé la mienne moi-même, n'est-ce pas ?

D. RODRIGUE. Ah ! je ne dis pas...

D. PEDRO. Je le dis, moi, je le dis hautement avec orgueil... car s'il ne me reste rien, ou presque rien de mon patrimoine...

D. RODRIGUE. C'est que vous avez tout sacrifié pour la défense de notre belle patrie ! c'est que jadis... (on m'a conté ça) vous avez équipé et entretenu longtemps à vos frais une compagnie de guérillas que vous commandiez sous les ordres de Mina...

c'était beau !

D. PEDRO. Je faisais mon devoir de patriote et de noble castillan... à ma place... vous en eussiez fait autant.

D. RODRIGUE. Heu ! heu ! [Pedro fait un mouvement, il reprend vivement avec une feinte énergie] Moi ! certainement, quand il s'agit de notre Espagne... que dis-je ? de nos Espagnes !

D. PEDRO. Vous êtes jeune et fort, notre reine a besoin de défenseurs...

D. RODRIGUE [*à part*] Oui... prends garde... moi qui suis pour... pour l'autre...

D. PEDRO. Si mes blessures et les longues fatigues d'une vie passée tout entière au service, m'avaient laissé plus de forces, je vous conduirais moi-même au généralissime.

D. RODRIGUE. Merci ! ne vous dérangez pas.

D. PEDRO. Mais, si vous le désiriez, parlez, et à défaut de son ancien frère d'armes, l'un des trois fils que je lui ai envoyés vous présenterait à lui.

D. RODRIGUE [*se levant*] On n'est pas plus obligeant, et j'y penserai... plus tard ; mais pour le moment... j'ai d'autres idées.

D. PEDRO. Ah !

D. RODRIGUE. Oui... un projet que vous saurez tantôt à la fête des Gerbes, car elle a toujours lieu aujourd'hui chez vous.

D. PEDRO. Je ne le voulais pas... une fête au milieu de tous ces troubles.

Air du Charlatanisme.

On accorde mal aisément,
Le plaisir avec les alarmes,
Et nous devons à chaque instant
Être prêts à courir aux armes.

D. RODRIGUE

Sans doute, je trouve fort beau
Ce bruit de tambours, de trompettes,
De fusils, mais... foi d'hidalgo,
J'aimerais peu danser le boléro,
Avec de telles castagnettes,
Ce sont de tristes castagnettes.

D. PEDRO. Cependant il a bien fallu céder aux instances de nos braves moissonneurs.

D. RODRIGUE. Ah ! dame ! ils y tiennent d'autant plus qu'on ne célèbre cette fête nulle part aussi dignement, et qu'après les désastres, les pertes éprouvées par vous l'an dernier... Vos champs ravagés... vos granges incendiées par l'ennemi, et les contributions de guerre, donc ! c'est-à-dire que tout le monde s'attendait à vous voir forcé de vendre votre ferme.

D. PEDRO. En effet... [*à lui-même*] Et sans Rosita, sans son secours inespéré !

D. RODRIGUE. Mais enfin... vous vous êtes tiré des griffes des gens de loi... votre ferme vous appartient encore... et la fête des Gerbes aura lieu comme de coutume, Dieu merci... car [*Baisant la voix*] je vous dirai, entre nous, que si j'ai tant hâté le pas... c'est que je tenais beaucoup à y assister... cette année, surtout.

D. PEDRO. Et... d'où vient cette année, plutôt que les autres ?

D. RODRIGUE. Ah ! d'abord, c'est qu'aujourd'hui je dois être le maître des cérémonies, et puis vous n'aviez pas alors à nous présenter une *maja*... une reine de la fête... comme celle qui vous est venue de la Navarre... il y huit mois.

D. PEDRO. Rosita ?

D. RODRIGUE. Votre charmante nièce... oui... l'aimable Rosita, dont j'espère bien fixer le choix.

D. PEDRO. Ah !

D. RODRIGUE. Oui... car je ne me voyais guère qu'un rival à redouter...

D. PEDRO. Qui donc ?

D. RODRIGUE. Votre fils Stefano... Mais je suis bien tranquille... sa cousine et lui ne peuvent pas se souffrir.

D. PEDRO. Qui vous fait supposer !

D. RODRIGUE. Dame... ça saute aux yeux... demandez à tout le monde...

D. PEDRO. Vous vous trompez, si Stefano se montre peu empressé auprès de sa cousine... c'est que sans doute son cœur épris d'une autre...

D. RODRIGUE. | Bah ! au fait, c'est possible... Manuela, peut-être ? la fille de l'alcade... belle femme... j'y avais pensé aussi... avant d'avoir vu Rosita... [*s'arrêtant*] Mais, chut ! la voici... ne dites rien... je veux lui causer une surprise agréable.

[*Il se met à l'écart*]

Scène II.

Les Mêmes, Rosita, entrant par le fond.

D. PEDRO. Eh bien ! mon enfant, que disent nos moissonneurs ? sont-ils contents ?

ROSITA. Oui, mon oncle, je leur ai distribué ce que vous m'aviez donné pour eux.

D. Rodrigue [*il s'avance brusquement*] De votre joli main, *Señora*...

ROSITA [*poussant un léger cri*] Ah... !

D. RODRIGUE. S'ils n'étaient pas contents... ils ne mériteraient pas leur bonheur.

ROSITA. Quoi ? c'est vous, *Señor* don Rodrigue, déjà de retour.

D. PEDRO [*à part*] Hein ?

D. RODRIGUE [*à part*] Elle est piquée ! [*Haut*] Je suis resté plus longtemps que je voulais à Burgos... mais il s'agissait de papiers... d'un consentement [*il regarde Rosita*] à certains projets sur lesquels j'étais allé m'entendre avec mon oncle, le chanoine Brambilla, et comme je voulais absolument être près de vous aujourd'hui, belle Rosita... je me suis rais en route... et il n'a pas tenu à moi que je ne fusse ici deux heures plus tôt.

ROSITA. Qui vous a donc empêché ?

D. RODRIGUE. Ah ! vous savez... le pays est tellement couvert de soldats, de guérillas christinos ou... autres... et puis... une rencontre que j'ai faite.

D. PEDRO. Une rencontre ?

D. RODRIGUE. Oui, des... [*à part*] Ah ! diable ! ne lui disons pas... ce vieux constitutionnel m'en saurait mauvais gré.

D. PEDRO. Eh bien !

D. RODRIGUE. Eh bien, oui, un individu... un voyageur, je ne sais trop... qui s'était égaré dans les défilés de la Sierra... et qu'il m'a fallu remettre dans son chemin.

D. PEDRO. Ah ! bien... je craignais déjà qu'il ne s'agît encore de quelques partisans du prétendant.

D. RODRIGUE. Oh ! du tout. [*à part*] Qu'est-ce que je disais ? [*Haut*] Ils ne se hasarderaient pas à venir ici... à Panola... tout le village se lèverait... nous nous lèverions tous en masse ! moi tout le premier ! [*à part*] Prends garde.

D. PEDRO. Oui, certes... et après la leçon que mon fils leur a donnée cette nuit à la tête de nos moissonneurs.

D. RODRIGUE. Stefano ! comment Stefano s'est encore battu cette nuit... ce cher ami... voilà un brave... Mais où est-il donc ?

D. PEDRO. A se préparer pour la fête des Gerbes, sans doute,

quoique depuis quelque temps Stefano... votre joyeux compagnon d'autrefois. [*Montrant Rosita qui est pensive*] Et tenez... voici Rosita qui s'en est aperçue aussi et que la tristesse de son cousin paraît affliger autant que moi. [*Il va à elle*]

D. RODRIGUE. Oh ! cette chère Rosita, je sais d'où provient sa mélancolie... j'étais absent.

D. PEDRO, [*à Rosita*] Rosita ! eh bien, ma belle... l'heure delà fête approche... va mettre tes habits de *maja*... car on ne tardera pas à se réunir.

D. RODRIGUE. Et nous serons tous là... j'espère, *Señorita*, que vous ne repousserez pas l'hommage du plus soumis, du plus épris de vos adorateurs.

ROSITA. Vous êtes galant, *Señor don Rodrigue*.

D. RODRIGUE. Oui... et puis je suis noble... très noble... plus noble que tous les plus nobles d'ici... celui qui descend du glorieux vainqueur des Maures, du roi Pelage, quoique sans fortune, peut prétendre à tout... et pour moi, belle Rosita, tout, c'est vous.

ROSITA [*souriant*] Vraiment ?

D. RODRIGUE. Vous souriez, [*à don Pedro*] Elle a souri... je triompherai ! je cours m'habiller... peu de luxe... point de clinquant... mais comme se sera porté galamment... vous verrez... et alors... Paraissez Navarrais, Maures et Castellans !... Ou plutôt, non... ne paraissez pas... j'aime autant triompher sans conteste.

Scène III.

Les Mêmes, Stefano, en costume de maja noir, mais riche et élégant.

ROSITA [*voyant s'ouvrir la porte de Stefano*] Ah ! Stefano !

STEFANO [*il va à son père et lui donne la main*] Mon père !

D. PEDRO. Te voilà, mon ami...

D. RODRIGUE [*à Rosita*] Ah ! comme il est changé, qu'a-t-il donc, votre cousin ?

ROSITA. Je ne sais. [*Elle regarde Stefano avec intérêt*]

D. RODRIGUE. Bonjour, Stefano...

STEFANO. Ah ! bonjour, Rodrigue... [*Saluant sa cousine*] Ma cousine...

D. PEDRO. C'est bien, mes amis, songez à vos apprêts... je ne pense pas qu'une nouvelle alerte vienne nous déranger, mais il vaut mieux profiter de quelques heures de tranquillité...

STEFANO. Je suis tout prêt, mon père.

D. RODRIGUE. Et moi, je le serai bientôt.

D. PEDRO. Toi, Rosita... tu n'as pas encore assisté à ces réjouissances, puisque tu habites parmi nous depuis quelques mois seulement... mais j'espère que tu ne te refuseras à rien de ce qui est prescrit par nos usages.

ROSITA. Mais... mon oncle... il faudrait savoir... je ne les connais pas.

STEFANO. C'est juste... et si ma cousine préfère attendre à la moisson prochaine...

D. RODRIGUE [*vivement*] Du tout... je m'y oppose, [*à Rosita*] D'ailleurs, rassurez-vous, *Señorita*, ces usages n'ont rien d'effrayant... au contraire.

D. PEDRO. Vraiment, non... c'est une coutume consacrée à Pánola, que le jour de la moisson des blés... les jeunes gens du village à qui la fille de la maison a su plaire... lui présentent un bouquet.

STEFANO [*vivement*] Mais à celui de ces bouquets accepté par elle est attaché un prix.

D. RODRIGUE. Un prix inestimable...

ROSITA [*troublée*] Mais... mon oncle...

D. PEDRO. Eh bien ! pourquoi ce trouble, mon enfant ? Vive Dieu ! c'est pour se marier qu'on est jolie... Et, pour trouver un fiancé brave, tendre et fidèle... tu n'auras, ici, que l'embarras du choix.

D. RODRIGUE [*à part*] Et le choix n'est pas douteux.

D. PEDRO. Allons... allons... songe que tu es reine de la fête... ne te fais pas attendre.

ROSITA. Mon oncle... ne pouvez-vous donc m'exempter ?

D. PEDRO. De paraître à la cérémonie... Impossible.

Air : « Dévidé ma blonde quenouille »

Ou : « De bonheur, comment me défendre ? »

Je ne dois exempter personne ;
Ici, la coutume l'ordonne.
Ce n'est pas toi,
Qui peux refuser ton emploi ;
C'est une règle, c'est la loi,
Et tu viendras, car c'est la loi.

ROSITA [*à part*]

Grand Dieu ! combien ce jour fait naître.
Dans mon cœur, de trouble et d'effroi !

[*Haut*]

Cette fête... hélas ! d'y paraître,
Mon bon oncle, dispensez-moi.
Ici, Rosita vous en prie,
Cédez, de grâce, à son désir.
Le malheur de toute la vie,
Peut suivre un moment de plaisir.

Ensemble.

D. PEDRO

Non, non, je n'exempte personne.
Puisque la coutume l'ordonne,
Ce n'est pas toi,

Qui peux refuser cet emploi ;
C'est une régie, c'est la loi.
Et tu viendras, car c'est la loi.

ROSITA

Il ne veut exempter personne.
Puisque la coutume l'ordonne,
Ce n'est pas moi,
Qui peux refuser cet emploi ;
C'est une règle, c'est la loi.
J'obéirai, car c'est la loi.

STEFANO et RODRIGUE

Il ne peut exempter personne,
Puisque la coutume l'ordonne.
C'est une loi ;
Rosita, malgré son effroi,
Ne peut refuser son emploi ;
C'est une règle, c'est la loi.

Rosita entre dans sa chambre. Rodrigue sort par le fond.

Scène IV.

D. Pedro, Stefano. Don Pedro reprend la carabine qu'il avait laissée à l'arrivée de Rosita, et continue de travailler. Stefano s'appuie sur la fenêtre et regarde la campagne d'un air rêveur.

STEFANO [*à lui-même*] Quel beau jour ! quel splendide soleil !

D. PEDRO [*s'arrêtant et l'examinant*] Mais, qu'a-t-il donc ?

STEFANO. Le temps favorisera la fête... ils seront tous contents... joyeux ! Et elle... comme elle sera jolie !

D. PEDRO, [*élevant la voix*] Stefano !

STEFANO. Comme ils s'empresseront autour d'elle !

D. PEDRO [*avec impatience*] Stefano !

STEFANO [*sortant de sa rêverie et venant à lui*] Vous m'avez appelé, mon père ?

D. PEDRO [*souriant*] Mais oui... et tu t'en aperçois un peu tard... A quoi songeais-tu donc si profondément ? et d'où te viennent donc depuis quelques jours... depuis qu'il est question de la fête des Gerbes, enfin... ces airs mystérieux et farouches... tes rêveries taciturnes et tes soupirs sans fin ?

STEFANO. Je ne vous comprends pas...

D. PEDRO. Si fait...

STEFANO. Je ne vois pas cependant que je sois plus rêveur et plus silencieux que de coutume. J'ai fait la moisson comme les autres... je me suis battu contre les ennemis de la constitution comme les autres, [*S'efforçant de rire*] et j'attends, comme eux... le moment de me divertir.

D. PEDRO. C'est possible... mais si tu voyais le sourire que tu fais en disant tout cela...

STEFANO. Je vous assure...

D. PEDRO. Je t'assure que tu me caches quelque chose... Oh ! je le vois, j'en suis certain !

Air : T'en souviens-tu ?

Je suis, sans doute, à l'hiver de ma vie ;
Mais tu pourras, plus tard, en convenir,
L'amour n'est pas des choses qu'on oublie ;
C'est, mon enfant, un trop doux souvenir.
Chez toi, déjà, de son passage,
J'ai remarqué plus d'un signe certain...
Quand on a fait autrefois le voyage,
On reconnaît aisément le chemin.

Et je n'ai, d'ailleurs, à ce sujet, qu'un reproche à t'adresser ; c'est de n'avoir pas commencé par me le dire... [*Il va à Stefano et lui tend les deux mains avec bonté*] Vai-je donc plus ta confiance ?

STEFANO [*avec effusion*] Ah ! mon père... vous allez tout savoir.

(Pedro va à un siège près de la table et s'assied.)

D. PEDRO. Eh bien ! à la bonne heure... conte-moi ça !

STEFANO [*avec effroi*] Eh bien ! il est vrai, mou père... j'ai dans le cœur un amour profond, invincible : j'aime une jeune fille dont la pensée, dont l'image efface jusqu'au souvenir de mes frères, que vous m'avez empêché de suivre à l'armée... Ali ! que ne suis-je parti avec eux !

D. PEDRO. Et cette jeune fille ?

STEFANO. Sa vue me fait oublier 16 monde entier, vous-même quelquefois, mon père, et j'en demande pardon à Dieu ! Si je fuis mes amis... si je n'adresse plus la parole à personne, c'est que le nom de celle que j'aime me vient seul sur les lèvres et que je n'ose le prononcer ; si je ne me sens plus de courage à rien... c'est que je ne connais rien qui vaille un regard de ses yeux ou un mot de sa bouche ; c'est que je donnerais ma vie pour ce mot ou ce regard, s'ils pouvaient m'annoncer qu'elle m'aime...

D. PEDRO [*avec chaleur et attendrissement*] A merveille ! mon fils, à merveille ! Voilà, par Notre-Dame ! comme j'étais autrefois, et voilà comme doit être tout Espagnol de ton âge qui a du cœur ! J'ai toujours vu que les plus amoureux sont aussi les plus braves. Touche là, Stefano... je suis content de toi... et pour te le prouver, avant de te demander qui tu aimes... je te promets de ne mettre à ton mariage que deux conditions.

STEFANO [*vivement*] Lesquelles, mon père, lesquelles ?

D. PEDRO [*gravement*] D'abord, la femme qui recevra ton nom t'en apportera un aussi noble et aussi pur que celui des Riaz de la Sarga ; noblesse et honneur valent mieux que richesse ; et tout pauvre que je suis, je n'exige pas d'autre dot.

STEFANO. Ensuite ?

D. PEDRO. Ensuite, elle sera la digne fille d'un sujet dévoué de notre reine.

STEFANO. Les deux conditions sont remplies, mou père.

D. PEDRO. Bien.

STEFANO. Mais, malheureusement, cela ne suffit pas... d'autres obstacles...

D. PEDRO. Lesquels ? t'aurait-elle repoussé ?

STEFANO. Oh ! non, mon père, car alors c'est que j'aurais pu lui avouer mon amour... et jamais... jamais je n'oserai... je ne le puis... je ne le dois pas.

D. PEDRO. Et pourquoi donc ? pour quelle raison ? ta pauvreté ?

STEFANO. Peut-être...

D. PEDRO [*à part*] Serait-ce en effet la fille du seigneur Alcade ?

STEFANO. D'ailleurs, je serais riche à mon tour, que mon malheur n'en serait pas moins certain... il faut que je sois aimé pour être heureux... et je ne crois pas que je sois aimé, mon père.

D. PEDRO. Qu'en sais-tu, puisque tu ne lui as pas demandé ?

STEFANO. Ah ! si elle m'aimait, semblerait-elle redouter ma présence ? car elle me fuit, elle évite avec soin mes regards, jusqu'à mon attention, et paraît craindre l'aveu toujours prêt à m'échapper.

D. PEDRO [*gaîment*] *Bast*, c'est que tu n'oses pas toi-même ouvrir la bouche... et que peux-tu craindre ? est-ce que l'amour offensa jamais une jolie fille ? Voyons, mon jeune hidalgo, commençons dès aujourd'hui notre cour... Et, d'abord, changeons s'il vous plaît d'allure et de physionomie, puis parlons d'amour noblement et à haute voix comme doit le faire un don Riaz de la Sarga ; et nous verrons alors si la *Señora* la plus dédaigneuse ne cessera pas bientôt de l'être avec notre seigneurie... [*S'arrêtant et prêtant l'oreille*] Tiens, écoute... oui... c'est la cloche qui nous appelle pour entendre la messe avant de commencer la fête... [*Il va prendre son chapeau, revient à Stefano et lui dit d'un ton confidentiel*] Le père de ta belle y sera sans doute... viens avec moi... et si tu n'oses parler, je parlerai, moi.

STEFANO. Vous ?

D. PEDRO. Oui, le *Señor* Alcade est de mes amis et je suis sûr...

STEFANO [*l'arrêtant*] Oh ! gardez-vous bien... vous êtes dans l'erreur, mon père.

D. PEDRO. Cependant... ces obstacles dont tu me parlais... je ne vois guère dans ce village que la riche et noble Manuela.

STEFANO. Non, mon père.

D. PEDRO. Eh bien ! suis-moi... ta passion sera peut-être à l'église aussi, tu me la feras connaître.

STEFANO. Pas encore... plus tard, mon père... j'irai vous rejoindre, et peut-être qu'alors...

D. PEDRO. Tu te seras décidé à parler ? à la bonne heure donc... eh bien ! je te laisse... prépare-toi... une bonne déclaration bien prononcée... Ah ! puisque tu restes, tu amèneras ta cousine dès qu'elle sera prête.

Air : A toi, je le confie.

Allons et du courage,
Se peut-il qu'à ton âge,
On en manque en amour.
Au lieu de craindre, espère,
Et celle qui t'est chère,
Te paiera de retour.

STEFANO

Je le sens, trop timide,
J'avais besoin d'un guide,
Vous me tendez la main.

D. PEDRO

On souffre trop du doute,
Il faut, quoiqu'il t'en coûte,
Connaître ton destin.

Ensemble

D. PEDRO

Allons, etc.

STEFANO

Que n'ai-je du courage,
Devrait-on, à mon âge,
Tant redouter l'amour ?
Mais je crains la colère,
De celle qui m'est chère,
M'aimera-t-elle un jour ?

Don Pedro sort par le fond.

Scène V.

STEFANO [*seul ; regardant la porte de Rosita*] Lui parler... lui déclarer mon amour... à elle qui accueille avec un sourire les ridicules discours de don Rodrigue, et n'a pour moi que des regards sévères et de froides paroles ! lui demander sa main ! lorsque l'héritage de son père a été sacrifié tout entier pour nous conserver ce toit qui nous abrite et ces champs, notre seule fortune ! ah ! ma tendresse et mes instances ne seraient peut-être, aujourd'hui, à ses yeux, aux yeux de tout le monde, qu'un indigne calcul... tandis que plus tard, lorsque nous nous serions acquittés envers elle... mais c'est aujourd'hui... c'est à l'instant même qu'il faudrait parler... et ce que je crains de faire d'autres le feront... et je serai là... ah ! [*Se calmant*] Mais... pourquoi ne profiterais-je pas aussi de ce moment ? ne puis-je pas, comme eux tous, lui offrir un bouquet... oui... c'est cela... ces fleurs parleront pour moi... [*Il sort un instant*]

Scène VI.

Stefano, Dubreuil.

DUBREUIL [*paraissant à la fenêtre du premier plan à gauche*] Personne ! au petit bonheur ! [*Il entre*] Non... je me trompais... ce ne sont pas eux...

STEFANO [*rentrant, à part*] Quel est cet homme ?

DUBREUIL. Ils auront perdu ma trace... [*Il se retourne et se trouve en face de Stefano qui l'examine ; à part*] Hum ! ce jeune espagnol n'a pas la physionomie très ouverte. [*il salue*]

STEFANO [*qui s'était approché de la muraille où sont suspendues les armes s'en éloigne après avoir examiné Dubreuil*] Que me veut-il ?

DUBREUIL [*à part*] Décidément les yeux qu'il me fait ne peignent pas la bienveillance... [*Prenant son parti*] Ah ! ma foi, au petit bonheur ! [*Haut*] Jeune et noble habitant de la Vieille-Castille, car vous êtes noble, sans doute, comme tout bon Castillan doit l'être... me ferez-vous la faveur de m'apprendre chez qui j'ai eu l'honneur de m'introduire... d'une manière aussi inopinée qu'insolite, je l'avoue.

STEFANO [*le considérant de nouveau*] Vous êtes chez don Pedro Riaz de la Sarga, honnête cultivateur de Panola, et c'est à son fils que vous parlez.

DUBREUIL. Oui... et sans doute ici comme ailleurs *talis pater, talis...* je m'en réjouis fort... Entré ici sans me faire annoncer, par la première fenêtre venue... je pouvais aussi bien tomber chez des coquins que chez de braves gens... souffrez donc, jeune homme, que je me félicite.

STEFANO. Puis-je à mon tour vous demander qui vous êtes, d'où vous venez, et ce que vous voulez ?

DUBREUIL. Vous le pouvez, jeune hidalgo... mais d'abord daignez encore répondre à deux questions préalables... Primo, et sans indiscretion : Tenez-vous pour la reine ou pour l'autre ?

STEFANO. Mon grand-père a été victime de l'Inquisition, et mon père s'est battu sous Mina... mes frères et moi nous tenons tous pour la constitution et les libertés de l'Espagne.

DUBREUIL [*saluant militairement*] Isabelle ! c'est clair ! [*Avec précaution*] Mon cher *señor*, je penserais sans doute comme vous à votre place... car parlez-moi des idées qu'on tient de sa famille, pour être fidèles et respectables ! mais, je vous prie de

croire que toutes les opinions peuvent l'être également, sans quoi je ne saurais vous présenter une figure plus désagréable que celle dont je suis porteur... à votre service.

STEFANO. Monsieur...

DUBREUIL. Ah ! parlez... ne vous gênez pas avec moi, exprimez-vous librement... mais, s'il vous plaît... un mot sur ma question n° 2. Êtes-vous homme à obliger un ennemi en péril, et qui, en ce moment, ne vous veut pas plus de mal qu'à son frère ?

Air : Ah, si Madame me voyait.

Un ennemi, dans le danger,
Vient à vous, avec confiance ;
On menace son existence,
Êtes-vous prêt à l'obliger ?
Oserez-vous le protéger ?

STEFANO

Quand on réclame un abri tutélaire,
L'Espagnol reçoit l'étranger ;
Comme son hôte, il considère
Un ennemi dans le danger.
Oui, je saurai vous protéger.

Les Riaz de la Sarga n'ont jamais connu et ne connaissent pas d'ennemis sans armes, et du moment que vous êtes sous ce toit, vous n'avez rien à craindre.

DUBREUIL. Touchez donc là, corbleu ! vous êtes un brave !

[il écarte son manteau, et présente la main à Stefano]

STEFANO [*apercevant son uniforme*] Un officier du prétendant !

[Il hésite un peu, et donne sa main à Dubreuil]

DUBREUIL. Oui, vous êtes un brave garçon ! et si vous vouliez me procurer les moyens de satisfaire l'horrible soif que j'ai gagnée à courir les montagnes par cette affreuse chaleur, vous feriez une action des plus méritoires...

STEFANO [*posant sur la table un carafon de vin et deux verres*]
Voilà.

DUBREUIL. Et qui aura sa récompense.

STEFANO. Que voulez-vous dire ?

DUBREUIL [*versant dans les deux verres*] C'est que sans cela il me serait impossible d'exaucer le désir que vous avez de savoir pourquoi et comment... [*Il choque son verre contre celui de Stefano*] je bois en ce moment avec vous... [*Elevant son verre*] Aux braves citoyens de l'Espagne et à ses jolies femmes !

[Dubreuil boit, et tous deux s'asseyent à table]

STEFANO. Puis-je savoir ?

DUBREUIL. Tout ! je suis Charles-Paul Dubreuil, militaire par goût et par profession... français avant tout... quoique pour l'instant je serve en qualité de sous-lieutenant dans les grenadiers de l'autre.

STEFANO. Poursuivez...

DUBREUIL. Ah ! mon Dieu, oui ! cela vous étonne... moi aussi quelquefois... mais je répondrai à cela qu'il y a deux ans, après avoir payé ma dette à la France, au moment où, mon congé en poche, je retournais à Espelette, sur vos frontières et mon lieu natal, pour y payer une autre dette d'un genre plus doux... je rencontrai un de vos compatriotes... nous trouvâmes là d'autres camarades qui s'étonnèrent de me voir revenir avec un simple galon... le fait est que j'étais un peu vexé... je ne m'en cachai pas... si bien qu'au milieu des plaisirs divers de la danse et des rafraîchissements... on me dit que si je tenais à jouir d'une épaulette... je pouvais m'en gratifier à l'instant même et d'un seul mot... Qu'il s'agissait de mener au feu de bons soldats... braves... solides... qui se battaient bien... vous conviendrez que c'était furieusement tentant... Et puis on me présenta un drapeau que la poudre avait tant noirci, et les balles si troué et si déchiré, qu'on n'en distinguait plus la couleur primitive... cet aspect me remua, et ma foi... j'étendis la main dessus et je jurai

de le suivre et de le défendre loyalement, fidèlement, ce que je fais avec la conscience d'un soldat... En fait de politique, je ne connais pas Sa Majes... l'autre... mais je connais mon drapeau, voilà quant à l'article de mes opinions ; vous voyez que je suis franc.

STEFANO. Mais comment vous trouvez-vous à Panola ?

DUBREUIL [*se levant*] Ah ! oui ! Arrêtés, à quelques lieues d'ici, car tout en nous dirigeant forcément vers la France, nous avons fait une pointe sur Burgos, j'ai demandé une permission de douze heures, pour venir de ce côté... Je comptais y rencontrer une compagnie de mon régiment, qui devait, ne vous déplaise, faire une étape dans ce village.

STEFANO [*fièrement*] Elle s'y est présentée cette nuit, mais elle a été repoussée.

DUBREUIL. Ah ! c'est donc ça que j'ai rencontré dans vos montagnes une bande de guérillas qui m'ont poursuivi, et qui comptaient bien, sans doute, me faire déjeuner avec une vingtaine de balles. Merci ! trop indigeste ! mais grâce au ciel, j'ai pu leur échapper... et je commençais à respirer, lorsqu'en approchant de cette maison, il m'a semblé entendre un galop de chevaux... C'est alors que je me suis permis d'entrer ici sans frapper à la porte... Vous pouviez me recevoir à coups de mousquet... [*Mouvement de Stefano*] Si fait, vous étiez dans votre droit ; mais vous me recevez en galant homme, vous me proposez des rafraîchissemens, et vous me versez, pour ainsi dire... [Il verse le reste du flacon dans son verre] de votre propre main, le vin de l'hospitalité... Merci ! [Il le salue] A vos amours, jeune homme !

Scène VII.

Les Mêmes, D. Rodrigue,

D. RODRIGUE [*en dehors*] Stefano !

DUBREUIL. Quelqu'un ! [Il ferme vivement son manteau]

STEFANO [voyant entrer Rodrigue] Rassurez-vous... c'est un ami. [*Il va au-devant de Rodrigue*]

D. RODRIGUE, [*en costume de fête*] Ah ! tu es en société... Je me rends à la cérémonie, et j'ai voulu voir en passant... Comment me trouves-tu ? [Il se retourne pour montrer son costume et s'arrête en regardant Dubreuil] Eh ! mais, je ne me trompe pas... c'est vous, mon officier, que j'ai rencontré ce malin et qui me demandiez le chemin de Panola ?

STEFANO. Vous vous connaissez ?

DUBREUIL [*regardant D. Rodrigue*] Moi-même, *Señor*...

D. RODRIGUE. Don Rodrigue Martinez, y Pelago, y Tortico, y Malpico, descendant du roi Pélage.

DUBREUIL. Tout ça ? alors, daignez excuser la façon un peu brusque dont j'ai pris congé de Votre Altesse, prince Pelago y Tortico ; mais la sûreté avant l'étiquette, et j'avais alors, à mes trousses des gaillards qu'il aurait été par trop poli d'attendre.

D. RODRIGUE. Comment, c'est vous que les guérillas poursuivaient ?

DUBREUIL. Moi-même.

D. RODRIGUE [qui l'examinait] Mais non... ou bien alors c'est que vous ressemblez à Simon Torre.

STEFANO. Simon Torre !

DUBREUIL. Qui, moi ? je ressemblerais à ce... Ah ! s'il me tombait sous la main !

STEFANO. Cet homme cruel, qui déshonore Je nom d'Espagnol, et que son parti même maudit et repousse !

DUBREUIL. Vous avez raison, Monsieur, honte à ces misérables !

Air du Magistrat irréprochable.

Oui, pour jamais, frappons d'ignominie,

Des camps, ces horribles fléaux,
Qui, grâce au vol, au meurtre, à l'incendie,
Osent se croire des héros.
Et quels qu'ils soient, flétrissent leurs drapeaux.
Quand des enfans, des vieillards et des femmes,
Partout, hélas ! le sang couvre leurs mains,
Hors de nos rangs, rejetons ces infâmes !
Eux, des soldats ! ce sont des assassins !
Honte sur eux ! ce sont des assassins !

D. RODRIGUE. Ce qu'il y a de certain, c'est que les guérillas croient Simon Torre dans Panola, et qu'ils viennent d'y entrer.

DUBREUIL. Ah ! diable !

STEFANO. Rassurez-vous, Monsieur... vous êtes mon hôte.

DUBREUIL. Je le veux bien ! Je n'ai aucun rapport avec cet infâme Simon Torre ! Mais je n'en suis pas moins un ennemi pour ceux qui le cherchent... et s'ils me trouvaient...

STEFANO [qui réfléchissait] Ne craignez rien, vous dis-je, je saurai vous soustraire à tous les yeux, [à lui-même] Oui... c'est cela. [à Dubreuil] Attendez-moi un instant. Je vais vous préparer une retraite. [il sort]

Scène VIII.

D. Rodrigue, Dubreuil.

DUBREUIL [avec colère] Me cacher !

D. RODRIGUE. Oui, oui, c'est le plus prudent... Fiez-vous à Stefano, c'est un garçon plein d'honneur ; quoiqu'il ne partage pas notre opinion.

DUBREUIL. Notre... opinion ?

D. RODRIGUE [avec mystère] Oui... [Regardant autour de lui] Oui, je puis vous dire ça, à vous, dévoué comme vous, corps et âme à Sa Majesté...

DUBREUIL. Ah ! oui-dà ! vous êtes carli...

D. RODRIGUE. Chut ! complètement... mais en dedans... vous comprenez... Ils sont tous christinos, dans ce stupide village... des gens grossiers, remplis de préjugés...

DUBREUIL. Alors, pourquoi ne prenez-vous pas du service ?

D. RODRIGUE. Ah ! voilà ! Le grand roi Pélage, mon ancêtre, était très prudent, très bon.

DUBREUIL. Et très vaillant.

D. RODRIGUE. J'ai hérité de sa bonté, de sa prudence...

DUBREUIL. Et sa vaillance a passé dans une autre brandie...

D. RODRIGUE. Oh ! je ne dis pas ça, mais...

DUBREUIL. Enfin, que faites-vous pour assurer le triomphe de votre parti ?

D. RODRIGUE. Moi ? dame ! je fais des vœux... des vœux fort vifs... D'abord, je souhaite tout le mal possible aux ennemis de mon souverain... Je voudrais qu'ils fussent tous taillés en pièces... Mais pas par moi ! impossible ! Si je voyais verser le sang... le mien, surtout ! je me trouverais mal !

DUBREUIL [*avec dédain*] Descendant du grand roi Pélage, vous êtes un poltron ! [*Il va regarder à la fenêtre*]

D. RODRIGUE. Hein ? plaît-il ? qu'est-ce qu'il a dit ?

DUBREUIL [*revenant vivement à D. Rodrigue, et le saisissant brusquement par le bras*] Écoutez !

D. RODRIGUE [*effrayé*] Ah !

DUBREUIL. Entendez-vous ?

D. RODRIGUE [*courant au fond*] Ce sont les guérillas !

DUBREUIL. Et don Stefano ne paraît pas ! [*apercevant la carabine et s'élançant*] Ah ! une arme ! Qu'ils viennent, maintenant !

D. RODRIGUE [*l'arrêtant*] Arrêtez ! Seigneur Dieu ! y pensez-

vous !

DUBREUIL. Ah !

D. RODRIGUE. Si vous aviez la moindre chance, je serais le premier à me ranger...

DUBREUIL [*avec ironie*] Oui, derrière moi.

D. RODRIGUE. Songez donc... qu'ils sont douze au moins ; et puis, vous allez compromettre la famille qui vous a donné asile, et les amis de cette famille.

DUBREUIL. Ah ! c'est juste ! vous avez raison.

D. RODRIGUE [*lui retirant l'arme*] Donnez !

Scène IX.

Les Mêmes, Stefano.

STEFANO [*entrant vivement*] Eh, vite ! ils approchent ! Suivez-moi !

D. RODRIGUE. Vous m'avez promis le secret...

DUBREUIL [*sèchement*] Et je le garderai. [*à part, avec mépris*] Pékin !

STEFANO [*qui est allé au fond*] Venez !

DUBREUIL [*en passant près de D. Rodrigue*] Vous aussi, du silence ! ou par votre tête...

D. RODRIGUE [*effrayé*] Allez !

[Stefano entraîne Dubreuil]

Scène X.

D. Rodrigue ; puis le Capitaine Elvar avec deux Soldats ; ensuite Stefano.

D. RODRIGUE [*se secouant la main*] Demonio ! ah ! demonio !

il est vigoureux, le sous-lieutenant ! Si je ne m'étais pas trouvé là, il nous faisait une belle affaire... [Regardant par la fenêtre] Avec tout cela, on sort de l'église, la fête va commencer, là-bas... on dansera sans nous... Ma foi, Stefano nous rejoindra s'il veut ; je vais...

CAPITAINE [*entrant*] Personne, ici ?

D. RODRIGUE [*effrayé*] Hein ? qu'est-ce qu'il y a encore ?

CAPITAINE. Avez-vous vu passer par ici un officier de rebelles ?

D. RODRIGUE. Un rebelle, un détestable rebelle, Capitaine ?

CAPITAINE. Eh ! oui ! l'infâme Simon Torre, que nous avons l'ordre d'arrêter à tout prix.

D. RODRIGUE. Simon Torre, entrer chez le respectable don Pedro Riaz, le serviteur le plus dévoué de la reine Isabelle ?... Allons donc !

CAPITAINE [*avec défiance*] Je vous ai demandé si cet officier était passé devant cette maison, et non s'il y était entré... et cependant... [*montrant la table*] Avec qui étiez-vous là, tout à l'heure ?

D. RODRIGUE. Avec... avec un ami, Capitaine... Stefano Riaz, le fils de la maison... [*apercevant Stefano*] Et que voilà, tenez !

STEFANO [*s'arrêtant au fond*] Ils sont ici !

D. RODRIGUE. C'est ce brave Capitaine qui demande si nous n'avons pas vu passer un rebelle, pendant que nous étions là à nous rafraîchir. Aurais-tu remarqué...

STEFANO. Moi ?

D. RODRIGUE [*au Capitaine*] Vous voyez !

CAPITAINE. C'est bien !

D. RODRIGUE. Mais, pardon, Capitaine... c'est fête, chez nous, aujourd'hui... Ma danseuse m'attend. Au plaisir... [A part] de ne jamais vous revoir !

CAPITAINE [*se retournant*] Hein ?

D. RODRIGUE [*d'un air aimable*] Je vous salue bien, Capitaine.

[*Il disparaît en courant*]

CAPITAINE. Il faut donc que nous poussions plus loin nos recherches.

STEFANO. Puis-je vous offrir...

CAPITAINE. Bien obligé... cela nous retarderait. Il aura sans doute pris la route de Lerma. [*aux soldats*] Partons !

STEFANO [*le voyant se diriger vers la droite*] Si vous allez à Lerma, le sentier que vous voyez là-bas, vous y conduira plus promptement.

CAPITAINE. Merci. [*aux soldats*] Rejoignez le détachement !
Moi, je veux m'informer encore !

[*Ils sortent, les Soldats par la gauche, le Capitaine à droite*]

Scène XI.

Stefano ; puis Rosita.

STEFANO. Partis sans soupçonner ! Bientôt ils seront loin de Panola, et alors, plus de danger. Courons lui annoncer. [*Il s'arrête en voyant paraître Rosita*] Rosita ! [*La regardant avec bonheur*] Qu'elle est jolie ainsi !

ROSITA [*embarrassée et regardant autour d'elle*] Pardon, mon cousin... je croyais que mon oncle...

STEFANO. Il nous attend avec nos amis... et puisque vous voici, nous allons les rejoindre.

ROSITA. Oh ! non.

STEFANO. Cependant, vous êtes prête.

ROSITA. Oui, en effet... j'ai dû me préparer à obéir, s'il persistait à vouloir que je parusse à cette fête... mais j'aurais désiré le

prier encore de m'en affranchir.

STEFANO [*il fait un mouvement et regarde son bouquet*] Cela serait bien difficile, maintenant... tout le monde est réuni.

ROSITA. Déjà !

STEFANO. Ce trouble ! qu'y a-t-il donc ? et pourquoi refuser un honneur que vous envieront toutes vos compagnes.

ROSITA. Oh ! si vous le croyez... s'il en est ainsi... que n'a-t-on choisi l'une d'elles pour présider à cette fête... oh ! dites-le à mon oncle... il vous aime... il vous écoutera... qu'il me permette de rester ici... ou du moins de me confondre dans la foule... et comme vous le disiez mis-même, tantôt mon cousin... une autre fois... à la moisson prochaine... lorsque je ne serai plus tout à fait une étrangère pour les habitans de ce pays... Eh bien ! alors nous verrons... mais pas maintenant... pas aujourd'hui ! vous ne répondez point, Stefano.

STEFANO. Que vous dirais-je, ma cousine ?

Air des deux Frères savoyards.

Près d'elle, près d'elle,
Comme je sens battre mon cœur.

ROSITA

O peine cruelle
Ici pour moi plus de bonheur.

Ensemble

ROSITA

Mon Dieu ! mon Dieu ! que dois-je faire ?
On ne croit pas à mes regrets ;
Ah ! dans ce jour le sort contraire,
Fait mon tourment et pour jamais,
Oui, dans ce jour le sort contraire
Fait mon tourment et pour jamais.

STEFANO

Mon Dieu ! mon Dieu ! que dois-je faire,
N'aurai-je donc que des regrets ?
Ah ! dans ce jour le sort contraire,
Fait mon tourment et pour jamais.
Oui, dans ce jour le sort contraire
Fait mon tourment et pour jamais,

ROSITA

Mon doux pays de la Navarre,
Hélas ! pourquoi l'ai-je quitté.

STEFANO

De ce chagrin qui vous égare,
Ah ! dissipez l'obscurité.

ROSITA

Non, Stefano, je veux, je dois me taire ;
Un sort cruel m'en impose la loi.

STEFANO

Mais ce secret, ce pénible mystère,
Ne pouvez-vous le révéler à moi.

Ensemble

Vous le taisez, même à moi seul, à moi.

ROSITA

A vous surtout... à vous... oui, je le doi !

Reprise

Près d'elle, etc.

Scène XII.

Les Mêmes, Don Pedro.

D. PEDRO. Eh bien ! Stefano.

STEFANO. Ah ! vous veniez nous chercher, mon père ?

D. PEDRO. Sans doute... l'heure fixée pour la fête est passée depuis longtemps... nos amis murmurent d'un pareil retard...

STEFANO. Nous les eussions déjà rejoints... mais j'ai été retenu... des soldats... des guérillas que vous avez vues, peut-être.

D. PEDRO. En effet.

STEFANO. Ils sont venus ici...

D. PEDRO. Ici ?

STEFANO. Oui... pour savoir si je n'avais pas aperçu un officier des rebelles qui a dû traverser ce village... Simon Torre.

D. PEDRO. Simon Torre ! quoi ! ce misérable oserait se montrer !

STEFANO. On le prétend... [Bruit au dehors] Mais, ce bruit.

D. Pedro. Eh ! tiens... que te disais-je ? ce sont tous nos jeunes gens qui, las de nous attendre, accourent de ce côté.

ROSITA. Ciel ! [Elle s'avance vers sa chambre]

D. PEDRO [l'appelant] Rosita !

[Elle s'arrête et se tient derrière lui]

Scène XIII.

Les Mêmes, Rodrigue, jeunes gens et jeunes filles.

CHŒUR

Air : Le tambour nous appelle [Colonel d'autrefois]

C'est trop de patience,
Ce retard, envers nous,
Est vraiment une offense !
Vite, amis, venez tout.

TOUS. La Maja ! la Maja !

D. PEDRO. Eh bien ! eh bien... mes enfans... qu'y a-t-il ?

TOUS. La *Maja* ! nous voulons la *Maja* !

D. RODRIGUE [*avec une énergie comique*] La *Maja* ! ou la mort !

D. PEDRO, [*leur présentant Rosita*] La voici !

TOUS. Ah !

D. PEDRO. Vous voyez, mes amis, que Rosita est prête et que vous vous trompiez, vous l'accusiez injustement... Ce n'est ni par fierté, ni par mépris de vos hommages que ma nièce ne s'est pas trouvée au rendez-vous... l'arrivée des guérillas, leur présence dans ce logis l'avaient effrayée.

D. RODRIGUE. Bien, bien, il suffit.

TOUS. Vive la *Maja* !

D. PEDRO. Mais pour réparer le temps perdu, et puisque la fête n'a pu avoir lieu, nous, allons faire ici même l'épreuve des bouquets.

TOUS. Oui, oui... à l'instant

ROSITA [*tremblante*] Mon oncle... de grâce.

D. PEDRO. Ne tremble pas ainsi, mon enfant... et entre gaîment dans ton rôle... d'ailleurs, ton choix est parfaitement libre, et il ne s'agit pas d'aller à l'église aujourd'hui... celui que tu favoriseras n'aura d'abord d'autre droit que de te prouver son amour et de mériter ta main.

ROSITA. N'importe... *señor* don Pedro.

D. PEDRO. Je vous en prie, Rosita... vous êtes la *Maja*... la fille de la maison, et vous ne pouvez sans offenser nos amis. [*Aux jeunes gens*] Allons... allons... en place, tous.

[*Les jeunes gens se rangent à droite et préparent leurs bouquets*]

D. RODRIGUE [*bas, à Stefano*] Eh bien ! notre officier.

STEFANO [*de même*] Il est en sûreté.

D. RODRIGUE [*de même*] Bien... car je viens de voir le chef des

guérillas entrer chez l'alcade, et je crains...

STEFANO [*ne l'écoutant pas, et regardant Rosita*] Comme elle est agitée... et moi, aurai-je le courage ?

D. PEDRO [qui parlait à Rosita] Allons, mes amis.

[*Rodrigue prend Rosita par la main et la présente à l'assemblée pendant le chœur*]

CŒUR

Air nouveau de M. Hormille.

Commençons la cérémonie,
Ah ! dans ce jour, qui ne voudrait,
Par une *Maja* si jolie
Voir ici garder son bouquet.

La musique continue pendant la cérémonie.

D. RODRIGUE [*présentant un jeune paysan*] Don Tadeo Ramirez... le plus doux, le plus paisible, le plus pacifique garçon de Panola. [*Bas, à Rosita*] Mais vous savez, *Señora*... il n'est pire eau que l'eau qui... [*à Tadeo, lui faisant signe d'offrir son bouquet*] Avancez donc, [*à part*] Va, mon cher... ton affaire est claire.

Rosita laisse tomber le bouquet.

TOUS. Refusé !

D. RODRIGUE [*à part*] Qu'est-ce que je disais... [*Présentant un autre*] Manuel Valarino... aimable cavalier. [*Bas*] Mais jaloux et brutal. [*Rosita laisse tomber le bouquet*] Pan ! bravo ! elle m'attend. [*Il va en chercher deux ou trois qu'il présente successivement*] Don Miguel Santarez, [*Rosita rejette le bouquet*] Don Fabricio. [*Même jeu*] Ah ! caramba, quelle grêle.

Un autre se présente et est également refusé.

TOUS. Refusé encore...

D. RODRIGUE. Ça vous étonne ? moi pas. [*A part*] J'en étais sûr... elle m'attend. [*A un paysan*] Eh bien ! et vous... non...

vous n'osez pas... vous faites aussi bien... entre nous vous faites aussi bien... mais à mon tour... et vous allez voir.

D. RODRIGUE [*à ses voisins*] Vous allez voir. [*Il s'avance d'un air galant vers Rosita*] Petite rose de Panola. [*Lui présentant son bouquet*] Voulez-vous mettre sur votre cœur. [*Il s'arrête stupéfait en voyant Rosita laisser tomber son bouquet, les assistans rient*] Refusé ! [*Avec colère*] Ainsi, nous sommes tous refusés ! tous ! [*Stefano sort avec précaution*]

LES AUTRES. C'est une indignité ! ça ne s'est jamais vu !

D. PEDRO [*gravement*] Ah ça ! mon enfant, avez-vous bien songé à ce que vous venez de faire ?

ROSITA [*avec fermeté*] Oui, mon oncle... ne m'avez-vous pas dit que j'étais entièrement libre ?

D. PEDRO. Libre... de choisir, sans doute ; mais non de renvoyer tous les concurrents...

[Rosita baisse les yeux et garde le silence]

STEFANO [*paraissant au fond, un bouquet à la main*] Pardon, mon père, il en reste encore un.

TOUS. Où est-il ?

STEFANO. C'est moi...

Mouvement général de surprise ; Rosita tressaille, et se sentant près de chanceler, s'appuie sur le fauteuil.

D. PEDRO [*avec joie*] Comment... comment Stefano... c'est ta cousine ?

STEFANO [*à voix basse*] Oui mon père, c'est elle que j'aime...

D. PEDRO. A la bonne heure ! Eh que ne parlais-tu ?

STEFANO [*tristement et bas*] Je vous en ai dit le motif, mon père...

D. PEDRO [*bas*] Ce qui se passe doit te prouver que tu avais tort de craindre... allons... [*Haut*] Hâte-toi... lu vois bien que ta

cousine attend...

STEFANO [*détachant son bouquet de jasmin et s'avançant vers Rosita, à qui il le présente en disant avec une profonde et tendre expression*]

Au nouveau de M. Hormille.

A la loi, je viens me soumettre,
Rosita, sans espérer rien,
Sur votre cœur voudrez-vous mettre,
Ces fleurs qui furent sur le mien.

Rosita prend le bouquet d'une main tremblante et paraît le regarder avec bonheur, mouvement général d'intérêt et d'émotion.

TOUS [*à Rosita*]

Gardez-le ; d'un bonheur insigne,
Stefano, plus que tous est digne.

Rosita fait un mouvement comme pour jeter le bouquet, et s'arrête en voyant l'anxiété de Stefano. Lille regarde de nouveau le bouquet, elle laisse tomber en détournant la tête.

D. PEDRO. Rosita refuse aussi le sien !

STEFANO [*se jetant dans les bras de son père*] Quand je vous disais, mon père, que j'aimais sans espoir !

D. PEDRO [d'une voix étouffée] Mon enfant ! mon pauvre Stefano ! [*S'avançant vers Rosita*] Rosita !

ROSITA [*s'élançant toute éplorée vers lui*] Ah ! señor don Pedro... écoutez-moi... ne me condamnez pas dans votre cœur, comme ingrate, avant d'avoir entendu ma justification.

D. PEDRO. Que voulez-vous dire, ma nièce, parlez...

ROSITA [*regarde autour d'elle avec hésitation, s'apprête à parler et s'arrête*] Mon oncle, c'est à vous seul que je veux apprendre...

D. RODRIGUE [*qui venait de sortir, accourant*] Señor don Pedro ! señor, don Pedro !

D. PEDRO. Qu'est-ce ?

D. RODRIGUE. C'est le *señor* Alcade qui vous mande...

TOUS. L'Alcade !

D. PEDRO. L'Alcade... pourquoi ?

D. RODRIGUE. Je l'ignore... mais... [*Baissant la voix*] Le capitaine des guérillas que j'ai vu entrer chez lui, aura peut-être appris...

STEFANO [*lui prenant la main à la dérobée*] Silence...

D. PEDRO. Appris... quoi donc ?

D. RODRIGUE [*embarrassé*] Je ne sais pas. [*Bas à Stefano*] S'il allait venir le chercher ici !

STEFANO. Chut ! [*à son père*] Mon père... il faut y aller... le *señor* Alcade pourrait penser que vous craignez de paraître devant lui.

D. PEDRO. Tu as raison. [*à Rosita*] Rentre, mon enfant, je t'entendrai à mon retour.

STEFANO. Je vous suis, mon père...

D. RODRIGUE. Nous aussi... nous vous accompagnerons tous...

CHŒUR

Air de M. Hormille.

Ah ! comptez sur notre assistance,
Autour de lui, tous réunis,
Nous saurons par notre présence,
Confondre tous ses/vos ennemis.

Don Pedro et Stefano sortent suivis de tous leurs amis.

Acte II.

Même décor.

Scène I.

D. Pedro, Stefano, arrivant par le fond.

D. PEDRO. Pourquoi m'as-tu suivi ? Peut-être, en mon absence, aurais-tu appris de ta cousine...

STEFANO. Rosita ; vous savez bien, mon père, qu'elle évite ma présence... D'ailleurs, j'étais inquiet... J'attendais votre sortie de chez l'Alcade pour savoir le premier...

D. PEDRO. Le motif de ce mystérieux rendez-vous ? Ras-sure-loi, te dis-je... Il s'agissait encore de ce Simon Torre, que l'on prétend avoir vu se diriger vers cette ferme, et que le capitaine des guérillas avait, disait-il, lieu de croire réfugié ici.

STEFANO [*avec inquiétude*] Ah ! le capitaine soupçonnait ?

D. PEDRO. Mais, mon vieil ami, le seigneur Alcade a répondu de mon zèle pour la cause constitutionnelle... et le capitaine n'a plus insisté. Toutefois, je bénis le ciel que ses suppositions soient fausses, car... malgré l'horreur que ce rebelle fugitif m'inspire... tant qu'il eût habité la demeure de don Pedro Riaz...

STEFANO. Vous auriez protégé ses jours ?

D. PEDRO. N'est-ce pas le devoir de l'hospitalité ! Mais qu'as-tu donc ?

STEFANO. Moi ? rien, mon père...

D. PEDRO. Si fait... tu es inquiet... Je comprends cela...

L'entretien que je dois avoir avec ta cousine va décider de ton sort, et il te tarde de le connaître.

STEFANO. Oh ! oui...

D. PEDRO. Eh bien ! attends et calme-toi... J'ai idée que ce secret n'a rien de bien redoutable... Souvent les jeunes filles s'exagèrent...

STEFANO. Vous cherchez à me consoler, mon père... mais, au fond du cœur, vous pensez qu'il n'y a plus d'espoir pour moi... Ma cousine ne m'aime pas... elle me hait.

D. PEDRO. Oh ! non...

STEFANO [*vivement*] Eh bien ! c'est donc qu'elle en aime un autre... Ah ! si cela était !

D. PEDRO. Si cela était, je compterais sur ton courage... sur ta raison... sur ton amitié pour moi, Stefano, pour oublier Rosita. Mais, demeure, et bientôt tu sauras ce que tu dois craindre ou espérer. [*Il se dirige vers la chambre de Rosita*]

STEFANO [*le suivant*] Oh ! oui, mon père... Allez, et surtout revenez... revenez bien vite...

Don Pedro entre chez Rosita.

Scène II.

Stefano, puis Dubreuil.

STEFANO [*Il s'est placé devant l'image de la Vierge qui est au-dessus de la porte de Rosita*] O Notre-Dame de Panola, donnez-moi le courage d'attendre l'éclaircissement de ce mystère, et si je ne devais plus conserver d'espoir, guérissez-moi de mon amour !

DUBREUIL [*entrant mystérieusement par la petite porte de gauche*] Ah ça ! mon cher hôte...

STEFANO. Ciel ! vous ici... Je n'ai pourtant pas fait le signal convenu... Pourquoi quitter votre retraite ?

DUBREUIL. Si vous croyez que c'est amusant ! Tant qu'il y a eu du danger... bien... j'ai pris patience, j'ai même profité de ça pour faire un bout de sieste et fumer toutes mes cigarettes... Mais l'ennui commençait à me gagner... vous ne veniez pas me relever de ma faction... ma foi ! me suis-je dit, au petit bonheur ! Et j'arrive pour vous remercier.

STEFANO. Il n'est pas temps encore...

DUBREUIL. Que puis-je craindre ? les guérillas sont loin.

STEFANO. Je le croyais comme vous... mais ils n'ont pas encore quitté Panola... Croyez-moi... soyez prudent et retournez...

DUBREUIL. Au diable ! Maudits soient ces gens-là... Mes douze heures de permission vont s'écouler sans pouvoir apprendre... Mais, au fait, vous me diriez peut-être cela, vous ?

STEFANO. Moi ?

DUBREUIL. Entre jeunes gens... Et d'ailleurs... après votre conduite... si je vous cachais ce qui m'amène ici... ce serait de l'ingratitude.

STEFANO. Eh bien ?

DUBREUIL. Eh bien ! mon cher... vous pensez bien que je n'ai pas sollicité la permission de venir de ce côté, uniquement pour le plaisir de me faire fusiller... Non ! je venais à Panola pour y chercher quelqu'un... une jeune fille...

STEFANO [*vivement*] Une jeune fille ?

DUBREUIL. Ça vous intrigue, pas vrai ? Au reste, c'est sérieux... il ne s'agit pas d'une plaisanterie, je vous prie de le croire ! Jugez-en... Il y a un an de cela... c'était peu de temps après mon entrée au service de Sa Maj... [*se reprenant*] du prétendant, ou plutôt du drapeau précité... je commandais un détachement qui venait de pénétrer, après une résistance assez vive, dans une bourgade de la Navarre...

STEFANO. Une bourgade de la Navarre !

DUBREUIL. De la Navarre... connaissez-vous ? Charmant pays... à ne regarder que les femmes...

STEFANO [*agité*] Veuillez continuer...

DUBREUIL. Le récit vous attache... je poursuis... Une maison surtout de la bourgade conquise s'était défendue avec une telle vigueur qu'il avait fallu presque l'emporter à la baïonnette... et que mes soldats, exaspérés, avaient résolu d'en exterminer tous les habitans...

STEFANO. Ah !

DUBREUIL. J'étais aussi irrité qu'eux... mais je sentis quelque chose me remuer le cœur en voyant vingt bras furieux levés sur un pauvre vieillard et une jeune fille, dont la beauté pacifique ne devait inspirer que des sentimens analogues.

STEFANO [*pensif*] Un vieillard et une jeune fille...

DUBREUIL. Hein... Ça vous intéresse !

STEFANO. Plus que vous ne sauriez croire.

DUBREUIL. Merci... Je m'élançai entre les victimes et les assaillans... décidé à épargner à tout prix un crime à mes soldats. Les malheureux, déjà échauffés par le carnage, achevèrent de perdre la tête en éprouvant de la résistance... et me livrèrent un combat qui ne cessa qu'à la vue de mon sang... J'avais un coup de baïonnette dans la poitrine... mais la jeune fille et le vieillard étaient sauvés... C'est gentil, n'est-ce pas, jeune homme ?

STEFANO [*entraîné et lui donnant la main*] Dites que c'est admirable ! mais continuez... continuez, je vous prie...

DUBREUIL. Les braves gens qui me devaient la vie me gardèrent chez eux, en famille... et la petite bivouaqua près d'un mois à mon chevet... pauvre cher amour... il me semble encor la voir là... comme un bon petit ange gardien... me soignant, me consolant... et n'ouvrant la bouche que pour me remercier d'avoir sauvé son père.

Air : A la grâce de Dieu.

J'étais pour elle ainsi qu'un frère,
Parfois aussi, tableau charmant !
Lorsque pesait sur ma paupière,
Un sommeil doux et bienfaisant.
Alors, loin qu'elle m'abandonne,
Gardant un silence pieux,
A genoux devant la madone,
Et levant au ciel ses beaux yeux,
Tout bas elle priait,
Et le ciel l'entendait.

Enfin, bref, en trois mots, l'émotion, la beauté de la petite... et le traitement... vous comprenez...

STEFANO. Vous en devîntes amoureux ?

DUBREUIL. J'en devins fou ! [Voyant Stefano tressaillir] Ah ! ah ! la position ne vous est pas inconnue, jeune homme...

STEFANO. Peut-être... mais de grâce... achevez... vous avez déclaré vos sentimens...

DUBREUIL. Précisément... on voit que vous connaissez votre tactique... on rougit, on se troubla en baissant les yeux, et comme je savais parfaitement ce que ça signifiait, j'allai trouver le vieux père... u Dieu soit loué, s'écria le digne homme, je ne mourrai pas du moins sans m'acquitter envers notre sauveur ! » Et puis, comme ça se pratique ici... il mit la main de la belle enfant dans la mienne et nous lit échanger deux anneaux... puis, il étendit ses bras tremblans pour nous bénir, tandis que nous nous jurions fidélité éternelle... moi, qui me connais... j'aurais peut-être dû réfléchir... mais j'étais si ému... jugez donc... quel tableau touchant... le vieux père pleurait... les témoins pleuraient... la jeune fille pleurait autant qu'eux tous... et moi... bref, nous pleurions tous comme des enfans... [*Pasant la main sur ses yeux*] Et je crois... mordieu ! que d'en parler, ça va recommencer...

STEFANO. Enfin !

DUBREUIL. Enfin, je leur remis ma petite fortune... une somme,

assez ronde, ma foi... 300 doublons, dont j'avais hérité d'une façon assez bizarre...

STEFANO [*regardant de nouveau la porte de Rosita*] 300 doublons !

DUBREUIL [*il tire du papier de sa poche et fait une cigarette en disant ce qui suit*] Hein ? ça vous captive encore ? je conçois ça... figurez-vous un saint homme de Dieu ! que mes soldats voulaient fusiller après avoir brûlé son couvent, j'obtins d'eux qu'on l'amenât d'abord au commandant, parce qu'en fait de prêtres, de femmes ou d'enfants, à... [*il fait le geste de fusiller*] Je laisse ça à des coquins comme ce Simon Torre... le bon frère gros et gras comme... comme un moine qu'il était, marchait d'autant moins vite qu'il avait eu soin de garnir sa sacoche des 300 doublons ci-dessus... il me pria de m'en charger ; mais dans une rencontre le pauvre moine fut tué derrière une haie où il s'était caché ! mon Dieu, oui... le saint homme mourut de la mort des braves, sans s'en douter... je fus assez embarrassé d'abord... je pensai bien à remettre la somme à ses enfants... mais, on me fit remarquer qu'en sa qualité de moine... enfin, j'avais pensé une bêtise... et le colonel que je consultai sur mon cas de conscience, me déclara légataire universel... c'est ainsi que je pus offrir à ma fiancée une dot passable... malheureusement le lendemain, comme nous' allions marcher à l'église, il fallut déguerpir brusquement, je filai sur la Castille avec mon bataillon, depuis cette époque, j'ai vu tant de pays, que je n'avais pas reçu de nouvelles de ma promise, comme vous dites en Espagne, lorsque j'appris dernièrement que son père étant mort... ma fiancée avait quitté la Navarre...

STEFANO [*à part*] Plus de doute !

DUBREUIL. Et qu'elle était venue rejoindre un oncle, habitant Panola ou les environs ; mais qu'avez-vous donc ? jeune homme... vous ne m'écoutez plus...

STEFANO [*d'une voix sombre*] C'est que je crois en savoir assez... le bourg de la Navarre où arriva votre aventure, est...

DUBREUIL. Tafalla.

STEFANO [*s'appuyant sur le dossier du fauteuil*] Et la jeune fille qui vous fut promise solennellement par son père... Rosita Lopez ?

DUBREUIL. En effet !

STEFANO [*à part*] Malheureux ! voilà le fatal secret de ma cousine, et je ne serai jamais aimé !

DUBREUIL. Ainsi, vous connaissez Rosita Lopez ? elle est dans ce village ! vous vous taisez... est-ce qu'elle serait morte... ou mariée ?

STEFANO [*se maîtrisant*] Non, non, Rosita existe... elle vous aime toujours, elle vous attend sans doute avec impatience.

DUBREUIL. A la bonne heure, la jolie Navarraise m'aurait bien trompé s'il en eût été autrement, car enfin un serment pareil... chez vous autres surtout, et puis, la fidélité est en quelque sorte la position sociale et naturelle de la femme... l'homme... je ne dis pas... le militaire, surtout...

STEFANO [*prêtant l'oreille vers la droite, à lui-même*] Mou père ! il va venir avec elle, peut-être...

DUBREUIL. Mais où trouverai-je Rosita ?

STEFANO [*très agité*] Rosita ? vous le saurez, je vous le dirai plus tard... [*à lui-même*] Oh ! je veux d'abord apprendre... [*à Dubreuil*] mais, on vient, songez à votre sûreté...

DUBREUIL. C'est juste ! mais tâchez cette fois de ne pas me laisser trop longtemps, et en cas de danger, le signal, vous savez...

STEFANO. Comptez sur moi, hâtez-vous...

DUBREUIL [*paraissant sur la porte*] Vous n'auriez pas un peu de feu ?

STEFANO. Eh ! partez donc...

Scène III.

Stefano, puis Don Pedro.

STEFANO. C'en est donc fait ! plus d'espoir ! ah ! pourquoi faut-il que cet homme soit entré ici. [*Prenant une résolution*] Mais du moins, je ne serai pas témoin de leur bonheur ! [*Allant précipitamment à don Pedro qui paraît sur le seuil de la porte*] Ah ! mon père ! venez, venez...

D. PEDRO. Chut ! elle est là.

STEFANO. Rosita ! [*Prenant une résolution*] Eh ! que m'importe à présent, je connais mon sort, je sais que tout espoir m'est ravi...

D. PEDRO. Tout espoir ! non, mon ami...

STEFANO. Votre tendresse voudrait en vain m'abuser, ma cousine ne peut m'appartenir... et maintenant, mon père... j'ai, une demande à vous adresser...

D. PEDRO. Quelle demande ?

STEFANO. Donnez-moi vos armes !

D. PEDRO. Mes armes ! et qu'en veux-tu faire ?

STEFANO. Ne m'avez-vous pas dit que je devais m'efforcer d'oublier ma cousine ?

D. PEDRO. Sans doute...

STEFANO. Je veux suivre votre conseil, mais croyez-le bien, tant que je serai près de Rosita, je lutterai en vain contre cet amour... [*avec fermeté*] Mon père, laissez-moi m'éloigner...

D. PEDRO. Toi !

STEFANO. Oui... donnez-moi ces armes et laissez-moi partir !

D. PEDRO. Tu veux me quitter ?

STEFANO. Non ! oh ! Non... pas vous, mon père...mais elle...

D. PEDRO. Avant de t'en séparer pour jamais peut-être...

attends du moins que tu saches...

STEFANO [*avec vivacité*] J'en sais plus que vous, mon père...
[*Mouvement de don Pedro*] Oui... j'en sais en ce moment plus
que ma cousine elle-même.

D. PEDRO. Que veux-tu dire ?

STEFANO. Rosita n'est-elle pas promise à un volontaire français
qui a sauvé son père et elle-même en Navarre... il y a un an ?
n'attend-elle pas ce Français pour devenir sa femme ?

D. PEDRO. C'est vrai... qui a pu t'apprendre ?

STEFANO. Un homme qui est entré ici, poursuivi par des gué-
rillas du pays... et cet homme qu'on a pris par erreur pour Si-
mon Torre... c'est le lieutenant Dubreuil.

D. PEDRO. Le fiancé de Rosita !

STEFANO. Lui-même... lui, qui en se séparant de ma cousine lui
laissa pour dot cette somme d'argent qui depuis empêcha notre
ruine : et que nous lui rendrons... qu'il faudrait lui rendre au-
jourd'hui même, à tout prix, mon père.

D. PEDRO. Qu'entends-je !

STEFANO. Ah ! vous voyez bien que, quoi qu'il arrive, Rosita ne
peut jamais être à moi ! vous voyez bien, mon père, qu'il faut
que je parte, qu'il faut que j'aille m'étourdir loin d'ici, au bruit
de la fusillade, et que je me console, en frappant tous les étran-
gers qui me tomberont sous la main, de n'avoir pu tout à l'heure
anéantir celui !

D. PEDRO [*l'arrêtant d'un ton sévère*] Stefano ! n'oublie pas que
tu ne dois voir en ce moment dans le lieutenant Dubreuil, ni ton
rival, ni ton ennemi, et si je te croyais capable de concevoir sé-
rieusement le regret sacrilège qui vient d'expirer sur tes lèvres...

STEFANO. Mon père !

D. PEDRO. Dubreuil est notre hôte... mon fils, et notre vie doit
répondre de la sienne.

Air : Fils d'un soldat, né d'obscurs laboureurs.

Toujours, il faut t'en souvenir,
C'est notre honneur qu'ici je te confie,
J'aimerais mieux, si tu dois le flétrir,
Si jeune encore te voir perdre la vie ;

STEFANO [*avec fierté*]

Je suis jeune ; mais par bonheur
Ainsi que vous je sais à quoi m'engage,
De mon nom, l'inflexible honneur...
Croyez-moi bien, comme le cœur
Mon père l'honneur n'a point d'âge 1

Rassurez-vous... le lieutenant n'a rien à craindre.

D. PEDRO. Ou est-il ?

STEFANO. Dans la mesure... au bout du jardin... où conduit la porte de cette chambre... mes précautions sont prises...

D. PEDRO [*lui serrant la main*] C'est bien ! [Voyant Stefano tourner ses regards vers les armes] Et maintenant je conçois que tu ne veuilles plus rester ici.

STEFANO. Oh ! non ! je ne puis attendre que Rosita et lui soient réunis ! leur joie de se revoir me tuerait, mon père. Ah ! si du moins nous étions quittes envers cet homme ! si je pouvais lui rendre l'or donné par lui à Rosita, puis offrir à mon tour, à ma cousine...

D. PEDRO [*sévèrement*] Stefano !

STEFANO [*revenant à lui*] Ah ! pardonnez, mon père... mais à l'idée que je vais perdre Rosita... je sens ma raison près de m'abandonner... laissez-moi m'éloigner, et Ile craignez rien pour le lieutenant... j'ai trouvé un moyen de le sauver sans retarder mon départ.

D. PEDRO. Quel moyen ?

STEFANO. C'est d'aller me joindre immédiatement aux guérillas ; me voyant des leurs, ils n'auront pas même l'idée de visiter

notre maison et j'assurerai le salut de mon rival en partant avec ses ennemis.

D. PEDRO [après un silence] Tu as raison... [Il lui montre les armes] Prends-les donc ! et que Dieu veille sur toi !

[Rosita paraît]

STEFANO. Oh ! merci, mon père, merci !

Il court prendre le fusil.

Scène IV.

Les Mêmes, Rosita s'avance vivement.

D. PEDRO et STEFANO [la voyant] Rosita !

ROSITA [les regardant avec inquiétude] Mon cousin... que faites-vous ?

STEFANO [d'une voix sombre] Rosita... je vais partir...

ROSITA. Partir ! [à don Pedro] Il va partir, mon oncle ?

D. PEDRO. Oui, mon enfant.

STEFANO [avec ironie et amertume] Cela vous surprend ? ne dois-je pas m'éloigner de celle à qui j'ai eu le malheur de dire que je l'aime, quand son cœur appartient à un autre !

ROSITA [à part] A un autre ! il sait tout ! [Haut] Mais... ces armes... vous allez donc à la guerre ?

STEFANO. Oui, ma cousine ; c'est là, dit-on, qu'on a plus de chances pour oublier... ou pour mourir !

D. PEDRO. Stefano !

ROSITA. Mourir ! [courant à don Pedro] Mon oncle, que signifie tout ceci ? [Don Pedro se tait, elle va tome éperdue à Stefano] Stefano ! mais qu'y a-t-il donc ? j'ai entendu du bruit dans ce village... nos jours seraient-ils menacés ? allez-vous nous défendre avec ces armes ? par pitié, répondez-moi ?

STEFANO. Vous n'avez rien à craindre ; tous vos désirs vont être remplis, au contraire, et mon absence doit y mettre le comble.

ROSITA [*s'efforçant de retenir ses larmes*] Votre absence ! hélas ! pouvez-vous me parler ainsi !

STEFANO [avec effort] Adieu, ma cousine... soyez aussi heureuse que je serai malheureux ! [Allant embrasser don Pedro] Adieu, mon père !

ROSITA [*à elle-même, regardant Stefano*] Il s'en va... il s'en va réellement... et H me quitte sans me presser la main... sans me laisser seulement un regard d'amitié !

D. PEDRO [*à son fils*] Du courage ! Stefano !

ROSITA. Ah ! mais c'est affreux... c'est – impossible ! [*à Stefano qui s'arrache des bras de son père. – D'une voix tremblante*] Stefano ! vous ne partirez pas ainsi...

STEFANO [*étonné*] Vous me retenez, ma cousine ?

ROSITA [*avec désordre, lui prenant la main*] Oui, oui... demeurez... Stefano... vous ne pouvez pas me quitter si brusquement.

STEFANO. Il le faut !

ROSITA [*le retenant*] Je vous en prie ! vous souffrez !

STEFANO. Oui... mais laissez-moi... je ne veux pas de votre pitié...

ROSITA. De la pitié, mon Dieu ! quand je vous supplie !

STEFANO. Adieu, Rosita !

ROSITA. Non... attendez du moins quelques instans !

STEFANO, dont la jalousie et la colère se réveillent. Attendre ! attendre... pour vous voir la femme de l'autre... jamais !

ROSITA [*accablée*] Ah ! toujours l'autre ! [*courant à Stefano qui s'éloigne*] Stefano ! [*Il s'arrête sur le seuil de la porte qu'il va franchir, elle lui tend les mains*] Stefano ! et si c'était vous que j'aime... si je n'ai jamais aimé que vous !

STEFANO. Moi !

D. PEDRO [se levant] Que dit-elle ?

STEFANO [*s'élançant vers Rosita*] Moi ! vous m'aimez !

ROSITA [avec abandon] Oui, je vous aime ! resterez-vous, enfin ?

STEFANO [jetant son fusil et ses pistolets] Si, je resterai ! [*il lui prend les mains et les couvre de baisers*] Ah ! toujours ! ma Rosita adorée... [*allant à don Pedro*] Mon père, vous l'avez entendue... elle m'aime... [*à Rosita*] Regardez-moi, Rosita, que je lise encore dans vos yeux cet aveu qui me rend à la vie ! mais pourquoi donc alors... avoir rejeté mon bouquet ce matin ?

ROSITA. Oh ! pas tout entier, Stefano... vous ne vous en êtes pas aperçu...

STEFANO. Comment ?

ROSITA [*lui montrant une fleur de jasmin qu'elle a tirée de son corsage*]

Air : Moi je suis là. [If de Croisset]

De votre bouquet détachée,
Tenez, regardez cette fleur ;
En secret je l'avais cachée,
Pourriez-vous accuser mon cœur ?
D'un aveu qu'il craignait d'entendre
Et qui cependant le charma,
Cette fleur souvenir bien tendre
Elle était là !

[Elle mel la main sur son cœur]

STEFANO [*voulant s'emparer de la fleur*] Ah ! donnez... donnez ! [*Il lui prend la main dont elle tient la fleur et la presse sur ses lèvres*]

Scène V.

Les Mêmes, D. Rodrigue.

D. RODRIGUE. Tiens ! Ah ! par exemple !

D. PEDRO. Don Rodrigue... que voulez-vous ?

RODRIGUE. Je venais... j'accourais. [*Le prenant à part*] Dites donc, seigneur don Pedro... ce secret, savez-vous, enfin ?

D. PEDRO [*brusquement*] Rien.

D. RODRIGUE. Ah ! elle ne vous a pas dit ?

D. PEDRO. Elle ne m'a pas dit un mot de vous.

D. RODRIGUE. Quelle dissimulation ! Oh ! les jeunes filles...

D. PEDRO. Mais apprenez-moi ce qui vous amène.

D. RODRIGUE. Ah ! oui... je venais vous prévenir que le seigneur Alcade a eu beau faire pour vous épargner une visite désagréable, [*élevant la voix pour attirer l'attention de Stefano*] les guérillas, n'ayant pas trouvé leur fugitif dans les autres maisons du village... vont venir ici.

D. PEDRO. Juste ciel ! [*Il va à son fils et lui pose la main sur l'épaule*] Stefano... ton hôte que tu oublies.

STEFANO [*revenant à lui*] Le lieutenant !

ROSITA. Qu'avez-vous Stefano ?

STEFANO [*avec douleur*] Rosita ! vous m'avez dit que vous n'aimiez que moi... et pourtant...

D. RODRIGUE [*regardant au fond*] Ah bah ! elle a dit...

D. PEDRO. Silence !

STEFANO. Et pourtant.... vous avez un fiancé, Rosita !

ROSITA [*s'écriant*] Dubreuil ! Ah ! mon Dieu...

STEFANO [*lui prenant la main*] Si ce fiancé venait réclamer l'accomplissement de votre parole... vous lui diriez, n'est-ce pas ?

que la reconnaissance seule, et non l'amour, vous avait engagée envers lui...

ROSITA [*tremblant*] Oui... je lui dirais... je... Oh ! mais... il me semble qu'il ne peut plus venir maintenant, Stefano.

D. PEDRO [*passant entre eux et d'une voix Imposante*] Et s'il était déjà venu ?

ROSITA [*poussant un cri et regardant D. Pedro avec effroi*] Ah !

STEFANO. Mon père !

D. PEDRO. Silence ! la passion n'a que trop parlé ici ; il est temps que le devoir s'y fasse entendre.

D. RODRIGUE [à part] Bon Dieu ! qu'est-ce que j'apprends là !

STEFANO [*tremblant*] Oui, Rosita... si le lieutenant Charles Dubreuil était dans cette maison ?

ROSITA [*éperdue*] Mon Dieu !

D. PEDRO. S'il était venu vous chercher jusqu'en ces lieux au péril de sa vie ? je vous le demande, à mon tour, Rosita, que lui répondriez-vous ?

ROSITA [levant les yeux au ciel] O mon père ! mon père !

D. PEDRO. Eh bien ?

ROSITA. Je répondrais au lieutenant Dubreuil que je suis sa promise devant Dieu et devant les hommes, et que je ne serai jamais à un autre, tant qu'il vivra pour être mon époux.

STEFANO [*accablé*] Ah !

D. PEDRO. Tenir sa promesse et mourir ! Bien, Rosita... tu es une digne fille ! un noble cœur !

D. RODRIGUE. Oh ! oui ! elle méritait de s'allier à un Pelago. [*Bruit à l'extérieur. Il court à la fenêtre*] Oh ! ce sont eux... les guérillas.

D. PEDRO. Les guérillas. [à Rosita] Venez, Rosita... votre

trouble pourrait nous trahir... Nous allons tenter de sauver votre fiancé... vous, soyez prête à le recevoir dignement.

STEFANO [*voulant l'arrêter*] Mon père ! ah ! c'est le bonheur que vous m'enlevez.

D. PEDRO. C'est l'honneur que je vous rends, mon fils. [*Il sort avec Rosita*]

D. RODRIGUE. Ils approchent. Comment... ils posent des sentinelles aux portes de la cour... impossible de sortir... Je ne me soucie pourtant guère de me compromettre avec ce brutal de capitaine, qui me forcerait à parler, peut-être... à lui livrer un défenseur de ma noble cause... Jamais ! [*Avec énergie*] Plutôt... oui, plutôt me cacher aussi moi-même ! [*Il regarde autour de lui, aperçoit l'escalier et s'y précipite*] Ma foi ! [*Il monte l'escalier*] Je vais me cacher... Mes ancêtres me sauront gré de sauver leur dernier rejeton. [*il disparaît*]

Scène VI.

Stefano, puis le Capitaine et deux soldats ; ensuite un sous-officier et d'autres soldats.

STEFANO [*les yeux fixés sur la porte à droite, avec une sorte d'égarément*] Quel songe ! et quel réveil ! Rosita m'aime ! et tant que Dubreuil vivra, elle ne sera jamais à moi ! tant qu'il vivra ! Et cet homme... c'est moi qui l'ai sauvé ! c'est moi qui dois veiller sur ses jours ! et d'un seul mot je pourrais... Ah ! fuyons... car le désespoir donne d'horribles tentations ! Quittons ces lieux, où chaque pensée est un supplice ou un parjure ! courons rejoindre les guérillas avant qu'ils n'entrent dans cette maison... car s'ils arrivaient en ce moment, s'ils venaient m'interroger... Ah ! je ne sais si j'aurais la force... [*Il se retourne vers le fond pour partir*] Fuyons ! [*Il s'arrête, sur un geste que lui fait le Capitaine en entrant*] Malheur ! il est trop tard !

CAPITAINE [*à la cantonade*] Deux sentinelles devant chaque porte et devant chaque fenêtre... [*aux hommes qui entrent avec*

lui] C'est ici que nous devons trouver celui que nous poursuivons ; tous les renseigne-mens me l'indiquent. Entrez donc, et cherchez partout... Au premier qui le découvrira, vingt quadruples ! et l'honneur de lui porter le premier coup ! [*Ils sortent*]

STEFANO [*à part*] Ciel !

CAPITAINE [*lui frappant sur l'épaule*] Où couriez-vous donc, l'ami ? Faire évader, sans doute, celui que nous cherchons et que vous avez caché ici ?

STEFANO [*avec fermeté*] Vous vous trompez, *Señor*. Les Riaz de la Sarga sont connus de tout le pays pour être dévoués à la constitution de l'Espagne et à la Reine. J'ai trois frères dans l'armée nationale, et, quand vous m'avez arrêté, j'allais vous demander à entrer dans vos rangs.

CAPITAINE, [*avec défiance*] La défaite est heureuse... mais je ne l'admets pas... D'ailleurs, votre trouble... notre homme est ici... [*au sergent qui rentre*] Eh bien ?

SERGEANT. Rien, Capitaine.

STEFANO [*à part*] Dieu soit loué !

Capitaine [*montrant la porte de droite*] Voyez ici !

STEFANO. Un vieillard et une jeune fille.

CAPITAINE [*au sergent*] Amenez le vieillard. [*à part*] Il doit être avare ou faible... nous l'effraierons, ou nous le paierons. [*à Stefano*] Vous, l'ami, vous allez monter à l'étage supérieur avec eux... vous leur ouvrirez toutes les portes, et vous ferez tout ce qu'ils vous commanderont. [*Bas au sergent en lui remettant une bourse*] N'épargnez ni promesses, ni menaces pour gagner ce jeune homme. [*à Stefano*] Vous m'avez entendu ?

STEFANO. Oui, Monsieur.

[Il monte l'escalier ; le sergent et un soldat le suivent]

Scène VII.

Le Capitaine, d. Pedro, Soldats.

CAPITAINE. Voici le vieux propriétaire de la ferme.

D. PEDRO [*à ceux qui l'amènent*] Je ne répondrai qu'à votre chef, vous dis-je. [*au Capitaine*] *Señor* Capitaine... je suis surpris que vous veniez troubler ainsi le repos de ma maison ! Mon nom seul doit vous apprendre que je suis aussi bon serviteur de l'Espagne...

CAPITAINE. C'est ce que nous allons voir et ce que vous pouvez nous prouver, *Señor*, en nous déclarant franchement si l'ennemi que nous poursuivons a été caché par vous ou par les vôtres.

D. PEDRO [*froidement et s'asseyant*] Vous pouvez chercher.

CAPITAINE. Don Pedro Riaz... écoutez-moi... Si le rebelle que nous cherchons n'est pas chez vous... il y est venu du moins, et vous savez où il est. [*Mouvement de D. Pedro*] Vous voudriez en vain le nier. [*Montrant un poignard*] Cette arme marquée au chiffre du prétendant et qui vient d'être trouvée là... près de cette fenêtre, ne nous laisse aucun doute... Vous savez où est Simon Torre ?

D. PEDRO [*avec fermeté*] Simon Torre ? Non, Monsieur.

CAPITAINE [*sévèrement*] Vous le savez, vous dis-je... [*baissant la voix*] Or, pour protéger si discrètement un homme qui ne peut, par lui-même, vous inspirer que de l'horreur et du mépris... il faut qu'il vous ait promis une riche récompense ?

D. PEDRO [*avec dédain*] Une récompense !

CAPITAINE. Vous n'êtes pas forcé d'en convenir... maison sait qu'à votre âge... l'or a quelque valeur...

D. PEDRO. Taisez-vous, Capitaine... taisez-vous, et qu'on ne sache pas que vous osez...

CAPITAINE. Personne ne nous entend... eh bien ! dites un seul mot, faites un signe, et je vous promets...

D. PEDRO [*se levant indigné*] Silence, vous dis-je ! l'honneur d'un Castillan ne se vend pas,

CAPITAINE [*avec sévérité*] Eh bien ! puisque mes instances... [*On entend un coup de pistolet à l'extérieur. D. Pedro tressaille*] C'est ton fils dont on cherche à délier la langue par un autre moyen.

D. PEDRO. Mon fils !

CAPITAINE [*le retenant*] Don Pedro, pour la dernière fois, je vous ordonne de m'apprendre...

D. PEDRO. Mon fils !

CAPITAINE. Parlez-vous ?

D. PEDRO. Jamais !

CAPITAINE. Ah ! c'en est trop ! et je saurai punir...

Scène VIII.

Les Mêmes, D. Rodrigue.

D. RODRIGUE [*descendant vivement l'escalier*] Arrêtez ! arrêtez, Capitaine ! votre homme est découvert ! ou du moins, il va l'être.

D. PEDRO. Que dit-il ?

CAPITAINE. Vous sauriez...

D. RODRIGUE. Non, pas moi... mais Stefano !

D. PEDRO. Stefano !

D. RODRIGUE. Il a tout dit.

D. PEDRO. Mensonge !

D. RODRIGUE. Je le voudrais, je le voudrais, pour beaucoup ; car c'est indigne, c'est... ah ! trahir un fugitif ! un serviteur de la bonne... [*se reprenant*] de la mauvaise cause, il est vrai, mais...

D. PEDRO. Ne le croyez pas !

D. RODRIGUE. Ah ! c'est affreux ! et pour de l'or !

D. PEDRO. Tu mens ! [Au capitaine] Il ment, vous dis-je !

CAPITAINE, [à D. Pedro] Silence ! [à D. Rodrigue] Poursuivez.

D. RODRIGUE [*qui avait reculé, à D. Pedro*] Vous ne me laissez pas achever... La vérité est qu'il refusait, mais le coup de pistolet du sergent qui lui a effleuré le front, l'a décidé.

CAPITAINE. Ah ! ah ! je m'en doutais.

D. RODRIGUE. Il a d'abord poussé un cri... moi aussi ; un cri singulier... il a pâli, chancelé... puis il a dit, comme un homme qui prend un parti violent : Celui que vous cherchez est ici.

Il montre le jardin, le Capitaine regarde.

D. PEDRO. Grands Dieux !

D. RODRIGUE [*poursuivant*] Hâtez-vous ! faites le tour par la grande route, et cernez la mesure qui est au bout du jardin ; là, vous le trouverez tapi dans une excavation dont l'entrée est masquée par un amas de gerbes. [à D. Pedro] Concevez-vous que Stefano...

Le Capitaine court à l'escalier, et monte quelques degrés pour appeler ses soldats.

D. PEDRO. Assez, misérable ! assez ! Cesse de calomnier mon fils !

D. RODRIGUE [*avec une fière gravité*] Seigneur don Pedro, vous oubliez qui je suis ! Je pourrais m'offenser... mais je respecte votre malheur. Au surplus, si vous doutez de mes paroles, vous croirez vos yeux, peut-être. [*montrant Stefano*] Voyez !

Scène IX.

Les Mêmes, Stefano, le sergent, deux soldats.

Stefano, pâle, abattu, l'air sombre et presque égaré, traverse la salle sans apercevoir son père, et va se placer à la fenêtre qui donne sur la

route. Il tient encore dans sa main et serre convulsivement la bourse qui lui a été donnée par le sergent.

D. PEDRO. Une bourse ! de l'or ! c'est pour cet or qu'il demandait tantôt... Ah ! sa jalousie et son funeste amour, l'ont perdu !
[il se laisse tomber dans le fauteuil]

CAPITAINE *[au Sergent et à un des Soldats]* Restez ici, près de cet homme... Surveille-le bien... et si, avant que nous ayons pénétré dans cette mesure que vous voyez là-bas... il fait un seul geste, un seul mouvement !

SERGEANT. Il suffit !

CAPITAINE *[aux Soldats]* Suivez-moi !

Ils sortent.

Scène X.

D. Pedro, Stefano, D. Rodrigue ; puis Rosita.

D. PEDRO. Il est donc vrai ! il est donc vrai ! mon fils a trahi son hôte ! livré son rival !

STEFANO *[que la voix de son père a tiré de sa préoccupation]*
Mon père ! Ah ! *[Il s'appuie, presque défaillant, sur le bras du Sergent]*

ROSITA *[entrant et venant se jeter au-devant de D. Pedro]* Ciel !

STEFANO. Rosita ! *[Il cache sa tête dans ses mains]*

ROSITA *[voyant Stefano qui s'est replacé à la fenêtre, et semble suivre d'un œil avide la course des guérillas]* Stefano ! gardé par deux soldats ! Qu'est-ce que cela signifie ? *[Allant à Stefano]*
Stefano !

D. PEDRO *[l'arrêtant.]* Ah ! garde-toi d'approcher cet homme ! et toi, qui lui as avoué tout à l'heure que tu l'aimais... Hâte-toi de lui dire que tu le méprises !

ROSITA. Ah !

D. PEDRO. Oui ! car c'est un lâche et un traître !

ROSITA [*avec horreur*] Lui ! [Regardant Stefano] Oh ! c'est impossible ! Qui dit cela ? [*Elle regarde D. Rodrigue d'un air indigné*] Qui ?

D. RODRIGUE [*embarrassé*] Je... c'est... Demandez !

[*Il se remet à l'écart*]

D. PEDRO. Qui le dit ? [*Lui montrant la fenêtre*] Tiens, vois-tu là-bas ces hommes armés ?

ROSITA. Les guérillas. Eh bien ?

D. PEDRO. Eh bien ! ils vont surprendre et frapper Dubreuil dans son dernier refuge !

ROSITA. Ciel !

D. PEDRO. Et c'est lui qui les a envoyés là ! c'est Stefano !

ROSITA. Stefano ! [*S'éloignant de lui*] Ah !

Stefano fait un mouvement pour s'élanter vers elle, il est arrêté par ses deux gardiens.

STEFANO [*à lui-même*] Ah ! mon courage ! soutiens-moi !

ROSITA [*accablée*] Stefano !

D. PEDRO, lui prenant la main.

Air du Cid.

Vois dans sa main, cet or, cet or infâme,
Ce prix du sang, qu'il vient d'oser trahir,
Aime-le donc, enfant, deviens sa femme,
Et prends la dot, qu'il est près de t'offrir.

[*Il se courre la figure de ses mains, et pleure amèrement*]

ROSITA [*se soutenant à peine*] Mon Dieu ! mon Dieu !

STEFANO. Ah ! ils arrivent ! [*au Sergent*] Voyez, la mesure est cernée.

SERGENT. En effet, il ne peut plus leur échapper. [*avec colère*]

Ah ! mordieu ! ne pas être là.

STEFANO. Ils brisent la porte !

SERGENT. Oui, et le Capitaine nous fait signe d'accourir.

[*au Soldat*] Alerte ! [*Il sort avec lui*]

STEFANO [*respirant*] Enfin !

Scène XI.

Les Mêmes, moins le Sergent et le Soldat.

D. RODRIGUE [*qui regarde dehors*] Ils entrent... ah ! cette fois, il est perdu !

ROSITA. Perdu !

D. PEDRO. Perdu ! [*regardant Stefano*] Et c'est lui ! l'infame !

D. RODRIGUE. Ah ! c'est affreux !

STEFANO [*jetant la bourse à ses pieds*] Perdu ! Il est sauvé, mon père !

TOUS. Sauvé !

STEFANO. Oui, sauvé ! Dubreuil est sauvé !

TOUS. Que dit-il ?

STEFANO. La vérité ! Écoutez... Un coup de pistolet tiré par moi devait avertir Dubreuil qu'il y avait pour lui danger à rester dans sa retraite et qu'il devait la quitter en toute hâte, pour revenir dans cette chambre par le passage secret.

ROSITA [*regardant à droite*] Par là.

STEFANO. Jugez donc de l'effroi, de l'anxiété où m'a jeté le coup de feu tiré là-haut par les guérillas ! Mais alors une idée subite... ô mon Dieu ! je vous remercie, car c'est vous qui me l'avez inspirée et donné la force et le courage de l'accomplir. Dubreuil, prenant ce coup de feu pour le signal convenu, allais accourir et se jeter lui-même entre les mains de ses ennemis...

il fallait donc à tout prix les éloigner d'ici.

ROSITA. Eh bien ?

STEFANO. Eh bien ! alors, j'ai feint de céder aux sollicitations des guérillas... j'ai feint de trahir mon hôte en acceptant cet or honteux, je me suis laissé accuser par vous, mon père, de l'action la plus lâche, la plus odieuse... et je n'ai rien dit... Vous vous êtes éloignée de moi avec horreur, Rosita... et je n'ai rien dit encore ! Ah ! ce que j'ai souffert ! mais qu'importe ! j'ai réussi ! j'ai sauvé mon hôte... mon rival ! et je suis resté digne de vous deux !

D. PEDRO [*se redressant avec dignité*] Don Stefano Riaz... votre père vous prie de lui pardonner...

STEFANO [*se jetant dans ses bras*] Mon père ! [*Il tend la main à Rosita, qui ose à peine lever les yeux sur lui*] Rosita !

D. RODRIGUE [*allant lui donner la main*] Ce cher ami ! je disais bien qu'il était incapable !

STEFANO [*courant à la porte à gauche ; appelant*] Lieutenant Dubreuil... venez... venez vite ! [*Un silence*] Ah ! [*il se précipite dans la chambre*] Lieutenant !

ROSITA. Il ne répond pas !

D. RODRIGUE. C'est singulier ! est-ce que...

STEFANO [*reparaissant pâle et en désordre*] Personne ! mon Dieu ! si je m'étais trompé ! s'il n'avait pas entendu !

D. PEDRO. Que signifie ?

[*On entend une rumeur au loin*]

D. RODRIGUE. Écoutez... n'entendez-vous pas...

D. PEDRO. Des acclamations... des cris de joie...

STEFANO. Oh ! oui... plus de doute ! les misérables ! ils l'ont découvert... ils vont le frapper ! un ennemi sans défense !

D. RODRIGUE [*qui regarde au fond*] Ah ! mon Dieu !

D. PEDRO [*à son fils qui se désespère*] Calme-toi !

D. RODRIGUE. Mais oui... je ne me trompe pas... c'est bien ça... [*S'élançant dehors*] Par exemple !

STEFANO. Ah ! que ne suis-je tombé auprès de lui ! [*Se levant*]
Mais si je n'ai pu le défendre, je le vengerai du moins !

ROSITA. Stefano !

STEFANO. Laissez-moi ! ne voyez-vous pas que ces lâches vont aller publier partout que don Stefano Riaz est un traître et un infâme ! Ah ! laissez-moi leur reporter cet or... et qu'ils sachent bien que pour prix de ma trahison c'est la mort que je veux !

Il s'arrache des bras de Rosita et se précipite vers le fond.

Scène XII.

Les Mêmes, Dubreuil, puis D. Rodrigue.

TOUS. Dubreuil !

DUBREUIL. Vraiment, oui, c'est moi ! [*Les regardant tous*] Mais cet étonnement... Ah ! c'est juste... vous ne m'attendiez pas par cette porte... ah ! c'est que les rôles ont changé depuis tantôt... [*Montrant la fenêtre*] Regardez...

D. PEDRO. Comment ! que vois-je ? des soldats du prétendant... des ennemis !

DUBREUIL. Non ! car il n'y a plus ici de carlistes ni de christinos... il y a de braves Espagnols qui ont protégé, sauvé un honnête Français ; au reste, si vous avez eu quelques inquiétudes sur mon compte, c'est ma faute.

STEFANO. Comment ?

DUBREUIL. Parce qu'au lieu d'accourir ici après avoir entendu le signal, j'ai pris la route opposée... où je venais d'apercevoir l'uniforme de mon régiment... c'était le bataillon dont je vous parlais ce matin...

D. RODRIGUE [*arrivant*] De beaux hommes ! ah ! Dieu ! les superbes beaux hommes !

DUBREUIL. En deux sauts je fus au milieu de mes camarades avec qui je revins gaîment pour dire quelques mots aux guérillas... qui ont filé sans entrer en discussion.

D. RODRIGUE. Mais ils reviendront avec du renfort, croyez-moi... le jour baisse, profitez de ce moment pour gagner du terrain.

DUBREUIL. Oui... mais pas avant pourtant que j'aie remercié mes dignes hôtes. [*Il serre la main de don Pedro ; don Rodrigue s'avance et lui tend les siennes, mais Dubreuil feint de ne pas le voir et regarde Rosita*] Sans oublier cette jolie personne qui se tient à l'écart, ne sachant si je l'ai reconnue... Rosita !

ROSITA [*s'avançant timidement*] M. Dubreuil...

DUBREUIL [*à part*] Elle est encore plus jolie qu'autrefois... [*Haut*] Oui, c'est bien moi... aimable Rosita Lopez... ma charmante promise... à qui je viens causer... car j'ai appris... [*Montrant don Rodrigue*] Ce jeune hidalgo m'a tout conté... le généreux dévouement de votre cousin... et autre chose...

ROSITA [*tremblante*] Ordonnez de mon sort... je suis prête...

D. PEDRO [*à Stefano qu'il voit pâlir*] Allons... encore quelques minutes de courage et tout sera terminé... [*à Dubreuil*] Parlez, Monsieur !

DUBREUIL. Un instant... sombres Espagnols... je n'accuse personne, c'est moi seul, au contraire, qui ai besoin d'indulgence... Eh ! mon Dieu, oui, l'officier français, l'épée à la main, se bat aussi bien que pas un... c'est connu ; mais relativement à la constance, je l'avoue en rougissant, et j'en ai fait la triste expérience... nous ne sommes pas digne de délayer l'espadrille du plus chétif Castillan... à commencer par Monsieur. [*Il montre don Rodrigue*]

D. RODRIGUE. Chétif ! comment chétif ! un Tortico !

DUBREUIL. Ah ! oui... Pardon, Sire ! Bref, tout ce que j'ai pu faire en quittant la Navarre a été d'être fidèle jusqu'en Biscaye... Malheureusement nous avons été plus loin... beaucoup plus loin... ce qui fait qu'aujourd'hui tout ce que je possédais de constance y a passé... Je suis complètement ruiné... avec une foule de dettes du même genre, une surtout que j'avais oubliée, et qu'une missive venue de France m'a rappelée. Pauvre Marguerite ! c'est la plus ancienne... Première hypothèque, je dois payer celle-là avant les autres, n'est-ce pas ? Après, nous verrons.

D. PEDRO. Eh bien ?

DUBREUIL [*gravement*] Eh bien ! je connaissais votre devise : *Tenir sa promesse ou mourir*. Je savais qu'en digne et fidèle Espagnole, ma promesse m'eût plutôt attendu toute la vie que de manquer à sa foi... Je devais donc venir et je suis venu lui rendre sa parole et lui proposer de reprendre réciproquement nos anneaux de fiançailles... [*à Rosita*] *Señorita*... vous en avez sans doute...

ROSITA [*lui présentant un anneau qu'elle a vivement ôté de son doigt*] Le voici !

DUBREUIL [*riant de son empressement*] Ah ! bien obligé ! [*à part, en la regardant*] Dieux ! est-elle jolie !... [*Haut*] Adirés ça, pourtant, si vous exigez...

ROSITA [*vivement*] Non ! [*Baissant les yeux*] Non, Monsieur.

DUBREUIL. Non ? alors je fais, à mon tour... (Il cherche parmi les bagues qu'il a aux doigts). Ah ça ! voyons.

D. RODRIGUE [*à Stefano*] En a-t-il ! en a-t-il !

DUBREUIL [*à Rosita*] Pardon, *Señorita*, je sois à vous... [Trouvant l'anneau qu'il cherche] Ah !... [*à part, en l'ôtant de son doigt et regardant Rosita*] Et dire que, si je voulais... je puis encore...

STEFANO. Il hésite !

ROSITA. Ciel !

DUBREUIL [*les regardant, et voyant la douleur de Stefano, fait un effort sur lui-même, prend la main de Rosita, et lui passe l'anneau au doigt*] Tenez, Mademoiselle.

STEFANO et ROSITA, [*avec joie*] Ah !

STEFANO [*lui serrant la main avec effusion*] Monsieur !

D. PEDRO [*à Rosita*] Rosita, vous ne songez pas que vous avez à faire une autre restitution.

DUBREUIL. Quoi ? Ah ! oui, l'argent du capucin... Laissez donc... c'est de l'argent d'Espagne... il doit y rester... il n'y en a, pardieu ! déjà pas trop.

D. RODRIGUE. Bien ! très bien ! jeune homme !

DUBREUIL. Votre Majesté est contente ?

D. RODRIGUE. Très contente... Mais, croyez-moi, nos ennemis vont venir prendre leur revanche... Suivez-moi... la nuit approche... Je connais un petit sentier dans les rochers...

DUBREUIL. Un chemin sûr... à l'abri de tout danger ? Je m'en rapporte à vous, prince des Asturies, et je vous suis avec mes hommes [*à Stefano et à D. Pedro*] Braves Castillans, mes sauveurs... adieu...

Air : Adieu, Eugénie ! adieu.

Adieu, séparons-nous.

STEFANO

Ah ! du silence,
De la prudence.

DUBREUIL [*pressant ses mains et celles de Rosita*]

Mais je vais loin de vous,
Avec constance,
Oui, de vous tous,
Garder, en France,

La souvenance. [*bis*]

ROSITA

Ici, vous aviez oublié
Votre promesse.
Gardez notre devise,
Au moins pour l'amitié ;
Et conservant sans cesse
De nous, doux souvenir,
Songez qu'il faut mourir
En tenant sa promesse.

Ensemble

DUBREUIL

Adieu, séparons-nous ;
Mais du silence,
De la prudence.
Je saurai, loin de vous,
Avec constance,
Oui, de vous tous,
Garder, en France,
La souvenance !

LES AUTRES

Adieu ! séparons-nous ;
Mais du silence,
De la prudence,
Et surtout, loin de nous,
Avec constance.
Oui, de nous tous,
Garder, en France,
La souvenance !

*La nuit est Tenue. Dubreuil sort avec mystère, guidé par Rodrigue.
D. Pedro, Stefano et Rosita raccompagnent jusqu'au fond et échangent
avec lui des signes d'adieu Le rideau baisse.*

ROSITA; OR, SPAIN IN 1839.

BY ELIZABETH O'HARA.

" Tener su promesa y morir."

CASTILIAN PROVERB.

CHAP. I.

THE HARVEST HOME.

Panola is a little village of Old Castille, situate in the narrowest part of the province, whose fertility contrasts with the general barrenness; a true oasis in the sterile desert; an Andalusian scene, hidden in the recesses of the sierra. Panola is a delicious garden, where nature seems to work under the inspiration of some great painter and botanist, and to combine in one small spot all the riches, all the beauties of the world. You have toiled over fifty leagues without seeing one tree, one slender rivulet, among these dreary sands, and you suddenly find woods, corn, flowers of all kinds grouped on the rocky platforms as if in some colossal and picturesque green-house. Here creepers of every description mingle their twining branches with the brilliant verdure of the carob tree, the clumps of pale olive trees, the long avenues of snowy aloes; there, each cluster of shrubs is surrounded by the spreading flowers of the white cistus, like the magnolias of the new world. Entire hills are covered by a plant which grows like the lilac, and yields an aromatic perfume which reminds one of the tropics. The roads which lead to Panola cross fields of lavender and of the wood strawberry, bordered by elms, whose deep foliage is contrasted by the scarlet berries of the cochineal plant, while a fresh air breathes through this luxuriant vegetation like the hardy breezes of Normandy. Sparkling streams fall in cascades and water the plains of ash and willow, while the vine clings to the taller trees, or hangs its garlands o'er the rocky ravines; the atmosphere is impregnated with that balmy dust which causes the air in those climates to be seen as well as felt.

There was a *fete* held on the 25th August, 1839, in the best house of the charming village of Panola, and joy was bursting forth with Spanish vehemence. The weather was lovely; it was harvest time; the last sheaf was borne from the field with cries of rejoicing from the young men and maidens, who danced around it with their guitars and castanets. All, however, were not gay in the little mansion: you had but to pass from one room to another to find sorrow instead of mirth, silence instead of joyous clamours. In a parlour on the ground floor, which

commanded a view of the dancers, two men were united by motives as different as their ages.

The first, who was seated near a rustic table, was an old man past sixty, but broken down rather with grief than years: in his wrinkled brow, his quick glance, his benevolent smile, you might read the energy of youth tempered by the wisdom of age: his sole weakness seemed to lie in his legs, which were extended on cushions; and the worthy man doubtless considered the crutch by his side an indispensable appendage. His dress was partly military, partly that of a countryman, and was composed of a round snuff-coloured cloth jacket with cloak of the same; a sash of scarlet wool encircled his waist, and trousers which from their accurate cut evidently once graced a soldier's body, though the wearer had now become a peaceable villager. A sugar-loaf hat hanging by his side, decked with faded ribbons, completed the costume. The wearer, who had served in the Spanish army, was the *Senor Don Pedro Riaz de la Sarga*, poor and noble as a Castilian, with this exception, that his nobility was as incontestable as his poverty. The little house in Panola was his last remaining castle, the few surrounding fields his last domain. But we know that in Spain poverty is not synonymous with indigence any more than agriculturist means labourer; and *Senor Pedro* was richer with his poor acres than many squires in our country with their lands and castles. From an old habit, revived by the stormy times, the Spanish veteran was occupied in cleaning and loading his pistols, handling them with delight and astonishing dexterity for his age.

The young man with him was his fifth son, *Don Stefano Riaz de la Sarga*, at present his father's sole companion, his four brothers being in the Queen's army. *Stefano de la Sarga*, a fine lad of twenty, was the *beau par excellence* of Panola in the eyes of its maidens; he was a type of Spanish beauty in all its grace and pride; his dark skin embrowned by the sun, large black eyes, and hair like the raven's wing curling round his well shaped head, softened that look of national haughtiness which characterizes the Spaniard, though at first sight this prevailing quality was so strongly marked that you might have supposed him to be revengeful and deceitful.

The young man wore the celebrated Spanish

ELISABETH O'HARA

Rosita or Spain in 1839

“Tener su promessa y morir.”

Castilian Proverb.

I. THE HARVEST HOME

Panola is a little village of Old Castille, situate in the narrowest part of the province, whose fertility contrasts with the general barrenness; a true oasis in the sterile desert; an Andalusian scene, hidden in the recesses of the *sierra*. Panola is a delicious garden, where nature seems to work under the inspiration of some great painter and botanist, and to combine in one small spot all the riches, all the beauties of the world. You have toiled over fifty leagues without seeing one tree, one slender rivulet, among these dreary sands, and you suddenly find woods, corn, flowers of all kinds grouped on the rocky platforms as if in some colossal and picturesque green-house. Here creepers of every description mingle their twining branches with the brilliant verdure of the carob tree, the clumps of pale olive trees, the long avenues of snowy aloes; there, each cluster of shrubs is surrounded by the spreading flowers of the white cistus, like the magnolias of the new world. Entire hills are covered by a plant which grows like the lilac, and yields an aromatic perfume which reminds one of the tropics. The roads which lead to Panola cross fields of lavender and of the wood strawberry, bordered by elms, whose deep foliage is contrasted by the scarlet berries of the cochineal plant, while a fresh air breathes through this luxuriant vegetation like the hardy breezes of Normandy. Sparkling streams fall in cascades and water the plains of ash and willow, while the vine clings to the taller trees, or hangs its garlands o'er the rocky ravines; the atmosphere is impregnated with that balmy dust which causes the air in those climates to be seen as well as felt.

There was a fete held on the 25th August, 1839, in the best house of the charming village of Panola, and joy was bursting forth with Spanish vehemence. The weather was lovely; it was harvest time; the last sheaf was borne from the field with cries of rejoicing from the young men and maidens, who danced around it with their guitars and castanets. All, however, were not gay in the little mansion: you had but to pass from one room

to another to find sorrow instead of mirth, silence instead of joyous clamours. In a parlour on the ground floor, which commanded a view of the dancers, two men were united by motives as different as their ages.

The first, who was seated near a rustic table, was an old man past sixty, but broken down rather with grief than years: in his wrinkled brow, his quick glance, his benevolent smile, you might read the energy of youth tempered by the wisdom of age: his sole weakness seemed to lie in his legs, which were extended on cushions; and the worthy man doubtless considered the crutch by his side an indispensable appendage. His dress was partly military, partly that of a countryman, and was composed of a round snuff-coloured cloth jacket with cloak of the same; a sash of scarlet wool encircled his waist, and trousers which from their accurate cut evidently once graced a soldier's body, though the wearer had now become a peaceable villager. A sugar-loaf hat hanging by his side, decked with faded ribbons, completed the costume. The wearer, who had served in the Spanish army, was the *Señor* Don Pedro Riaz de la Sarga, poor and noble as a Castilian, with this exception, that his nobility was as incontestable as his poverty. The little house in Panola was his last remaining castle, the few surrounding fields his last domain. But we know that in Spain poverty is not synonymous with indigence any more than agriculturist means labourer; and *Señor* Pedro was richer with his poor acres than many squires in our country with their lands and castles. From an old habit, revived by the stormy times, the Spanish veteran was occupied in cleaning and loading his pistols, handling them with delight and astonishing dexterity for his age.

The young man with him was his fifth son, Don Stefano Riaz de la Sarga, at present his father's sole companion, his four brothers being in the Queen's army. Stefano de la Sarga, a fine lad of twenty, was the beau par excellence of Panola in the eyes of its maidens; he was a type of Spanish beauty in all its grace and pride; his dark skin embrowned by the sun, large black eyes, and hair like the raven's wing curling round his well-

shaped head, softened that look of national haughtiness which characterizes the Spaniard, though at first sight this prevailing quality was so strongly marked that you might have supposed him to be revengeful and deceitful.

The young man wore the celebrated Spanish gala dress known as the *Majo's* costume, and whose proverbial richness has caused many travellers to say that few European princes are dressed like a Castilian peasant; in fact, of all civilized men the Castilian *Majo* spends most in clothing. Stefano Riaz wore a very short jacket of black cloth trimmed with braid and ribbons of the same colour, and with a rich silk fringe; the lapels were lined with yellow silk and turned back, discovering the gold buttoned waistcoat, embroidered shirt, while a black cravat was loosely confined round his throat by a handsome ring. His black silk pantaloons were met at the knee by long yellow kid boots, opening at the calf to show his silk stockings. Add to this the ancient Spanish rapier, now only worn on high days, and black beaver and flowing plume, and you may form an exact idea of the gala dress of a Panola *Majo*.

In donning this costume, pleasure's livery, the Castilian peasants lay down their customary gravity, and give themselves up to wild gaiety, but Stefano Riaz' deep gloom contrasted with his brilliant dress. He stood by an open window at a short distance from old Pedro, negligently holding a bunch of half faded jessamine, and pensively watching the reapers dancing with the village lasses, only answering their frequent signals by a sad smile. At times his eye lit up though he sighed still more heavily; it was when a certain dancer, the fairest of all approached. "How beautiful she is!" he cried, as his looks eagerly followed her.

"Stefano!" said the old man, remarking his son's pre-occupation.

"How they crowd around her!" continued the younger one, hearing nothing that passed.

"Stefano!" again cried *Señor* don Riaz.

“She dances so gracefully,” pursued the lover, still deaf to all else.

“Stefano!” shouted his father.

The *Majo* started. “Did you speak, father?”

“You have found it out at last,” Don Pedro smilingly answered. “What were you thinking about so deeply, my son?”

“About what – nothing. I was looking at the reapers dancing.”

“If you thought about nothing, my boy, you would do as they do.”

“I have no heart for dancing!” sighed the young man as he left the window.

“And why not?”

“I cannot tell.”

“Then,” said the old man to himself, “I can. Come, my boy,” he quietly continued, “put by these arms for me.”

Stefano took them up, and, as if to change the conversation, said with a forced smile, “You can say, my father, that there is not a grenadier in the Queen’s army whose weapons are as well-kept as yours. The waters of the Tagus do not sparkle more brightly in the mid-day sun than these barrels.”

“An old soldier’s arms are his jewels, my son,” Riaz enthusiastically replied. “These glittered less when I wore them under Mina against the enemies of freedom, I had little time to clean them between night marches and day skirmishes, but now that this trembling hand grasps a crutch, and can no longer wield them, I console myself for my incapacity by at least keeping them ready for another’s use. In these sad days of civil war and private quarrels every Castilian should be ready to defend his Queen or his fireside. But,” he continued, perceiving his digression, “you have led me from the point. Hang up these arms on the wall. Now look at me, and listen.”

Stefano slowly obeyed. “What is it you mean, father?” he asked, as he twisted the fringes of his jacket.

“I want to tell you,” Pedro answered, with a smile as he surveyed him from head to foot, “I want to tell you what you look

like these last few days, with these gloomy airs and endless sighs.”

“I don’t understand you.”

“You do.”

“I do not see that I am sadder or more silent than anyone else. I have been reaping gaily all day, and dancing with the girls of Panola. I have been enjoying myself with the rest all the morning. Here is my nosegay; I have never laid it down.”

“True,” Don Riaz ironically replied; “but just look in the glass at your smiling face.”

“I assure you —”

“I assure you that you are as like as two peas to your worthy father.”

“To you!”

“Not to me, such as I now am with this white pate and my crippled leg, but as I was forty years ago, when I was in love with the sweet Paquita Perez, before she became my wife.”

“In love,” stammered Stefano; “you think that I am in love?”

“I do not think it, my son; I see it, I know it, I am sure of it; I have but one reproach to make you; why did you not tell me at once r”

Pedro held out his hand to Stefano, who clasped it warmly, saying, “You shall know all my father.” He drew a chair near to the old man’s, and while the songs of the dancers fell on their ears and the setting sun tinted the room, revealed his tender secret.

II. THE *MAJO*’S SECRET

“It is indeed true, father,” said Stefano; “it is now a month since my heart has burnt with an unquenchable love; the thought of her banishes all other thoughts; her image effaces the memory of even my mother; the sight of her would make me forget the whole world, aye, you yourself, my father, may God forgive me! If I no longer speak, it is because her name ever

rises to my lips, and I dare not give it utterance; if everything has become distasteful to me it is because there is nothing in existence worth a glance from her eyes, a word from her mouth; because I would give my life for one look, one word, did they but tell me that she loves me.”

“Well done! well said, my boy.” interrupted Pedro. “By our lady, I was just so at your age; and so ought every Spaniard to be. I have ever found that the brave love the most warmly, provided that the love be pure.”

“As to that, my father –”

“I had entire confidence in you, my son; I trust you before asking whom you love; I promise only to put three conditions to my consent.”

“What are they?” Stefano eagerly asked, as if these words must set his fears or hopes at rest.

“In the first place,” continued the village hidalgo, in the manner of a grandee speaking to his heir, “the woman to whom you give your name must bring you one as noble ana as worthy as Riaz de la Sarga: good blood and honour are worth more than wealth; and, poor as I am, I require no other dowry.”

“And then?”

“And then she must be the worthy daughter of a faithful subject of our Queen Isabella, of an unflinching defender of our constitution.” The old roan bowed respectfully at these words, while his son also uncovered his head.

“The last condition?” he impatiently cried. “The last,” his father solemnly answered, “is, that you both swear on your betrothal day that, should death – and that may happen any day – deprive the national army of one of your four brothers, you will take his place instantly, and seizing these arms, leave Panola that moment.”

“The two first conditions are already fulfilled,” said Stefano, “and if need be, I promise to fulfil the third. But alas! I must be loved to be happy; and I fear that I am not.”

“You cannot think that,” Pedro haughtily cried. “I should like to know what girl in this village would disdain the hand of Stefano Riaz de la Sarga.”

“I know not if she would disdain my love, but she seems to fear it; she shuns my looks, my least attentions; she hardly allows me to speak to her, lest my love escape my lips as it does my eyes.”

“Bah,” laughed the old man; “it is you who are afraid to open your lips; you frighten our lady-love with your gloomy looks, like a bandit plotting an attack. Girls, my boy, do not dislike a sighing lover; but they like one that speaks also, and listen to them joyfully though they feign deafness at first.”

“Oh! could I only hope that she would hear me without anger,” cried the young man, clasping his hands.

“Without anger, silly boy! Was ever a young girl offended at a tale of true love? Come, my young hidalgo,” pursued the old man, looking proudly on his son, “let’s begin our attack on this haughty *Maja* to-day; but first, if you please, put on another countenance, and other manners. Lift up boldly this handsome head and those large black eyes; set one arm akimbo, and balance your hat with its sweeping plume in the other hand; and then let’s speak boldly of love, as we can do of war and bull-fights; we shall see then if this scornful lady will not bend before us. The rest is my concern, my son; and you may reckon that if my conditions be fulfilled the wedding-day is not far off. Well, what say you? Does not this please you, *mi señor dolorido!*”

“Heaven inspires you, my father; may it grant that you be not deceived.”

“And now I only wish to know the name of my future daughter.”

The young man was about to reply when a loud shout interrupted the conversation at its most interesting point.

III. THE *MAJA*'S CHOICE

The reapers, followed by their partners, rushed into the room. "*La maja, la maja*" they cried together; "we will have the *maja*!"

In an instant the room was filled by a noisy and animated crowd, who all wore costumes more or less richly ornamented, and resembling Stefano's; some had guitars, others castanets; the greater number leant on long forked sticks all peeled and decorated with ribbons; each bore a bouquet of jessamine like the *majo*'s, while the young girls in black boddices, short *basquinas*, red stockings, and mantillas, rattled their castanets and continued the gay waltz. The joyous crowd surrounded Pedro Riaz, and the cry, "*la maja, la maja*," resounded on all sides.

"Well, well, my children, what is it?" asked the village Nestor.

"*La maja*" they cried, "*la maja*, – or death," added one who had drunk rather freely.

"Come, explain yourselves," said Riaz. "Do you mean my niece Rosita?"

"Yes, yes," they unanimously exclaimed.

"Is she not with you, my friends? I thought you had elected her your queen."

"Certainly; we bore her in triumph on the last shock," said a ringleader.

"She consented very willingly" added a young peasant.

"All went on famously," put in a third.

"But," said another, "she spoiled all at the best moment, when we were going to proceed to the ceremony of the *Maja*'s choice."

"Ah, ah," cried Pedro with a smile; "the little Navarrese played the prude, did she?"

"She struggled like a demon, and said the ceremony was no business of hers."

“Just like her,” remarked the old man; “but did you explain it to her?”

“We said all it was possible to say, that it is the custom of Panola, the day of the corn harvest, to carry the daughter of the house on the last shock of corn; and then all the young men of the place who admired her came and presented their bouquets in turn; that she chose him whom she authorized to ask her hand by keeping his nosegay alone; and that if she refused to submit to the common law she would be disgraced in the country; that no honest villager would pay court to her afterwards. None of our reasons could convince her, none of our threats frighten her; she declares that, as it is only eight months since she has come to Panola she is not forced to adopt our customs; that next harvest she will see if she will submit to this one. In short, she contrived to spring off her seat and escape us all.”

“The wild little savage,” said Pedro, who, good-humoured old man, took part with the young men; “but, my good friends, you must allow that you were very awkward gallants, since not one of you could manage a young girl. You should have run after and caught your prey.”

“By our lady! and so we did; but just catch a bird without wings of your own. She flew while we could only run, and shut the door in our faces. She is there,” pursued the spokesman, pointing to a door on the right of Don Riaz. “We have a watch at every entrance, and we come to claim her of you, *Señor* Pedro, that we may exercise our rights in your presence, and force her to proceed to the *Maja*’s choice, as is the rule.”

“You are quite right, my children,” answered the old man with all the gravity of a judge.

“You shall be satisfied in a moment,” he added, turning in search of Stefano, who, looking more pensive than ever, stood behind a group of peasants. “My son,” he said, “go and fetch your cousin; it is the *Majo*’s place to wait upon the *Maja* here; if Rosita will not come for you, tell her it is at my request.”

"I am going," Stefano replied, with a slight hesitation; then suddenly pausing at the door as if the errand were most repugnant. "Perhaps my cousin may not be here," he observed.

"She is, she is; we are sure of it," cried twenty voices.

"But," remonstrated the unwilling ambassador, "if she will not accompany me?"

"She will," said Don Riaz in a peremptory tone, which decided Stefano to open the door.

"Well done, well done," exclaimed the delighted villagers, pouring out most energetic thanks to the old man. "*Viva el buonito Señor Pedro!*" cried the toper tossing up his hat, and the cry was noisily re-echoed when Rosita, with downcast eyes, was led into the room by Stefano.

Rosita Lopez was, as her uncle had said, a child of Navarre, the daughter of Don Riaz' sister and of an agricultural hidalgo like himself: she had left her birth-place, Iafala, on the death of her father and mother, victims of civil war; and old Pedro, with some difficulty, had had her brought to Panola, where he treated her as a daughter until he could find a fitting match for her. Her origin might be read in her features, less Castilian than those around her; but though her beauty was less majestic, it was more graceful and touching. But just eighteen years old, she still bore the infantine look which so often misleads us in young girls. Her golden chestnut hair was confined by a large comb, but the most national of her beauties was her round and fine figure, which rivalled a Grecian statue.

The *Maja's* costume was richer anti more brilliant than that of Stefano Riaz; her black lace mantilla, confined by her comb, heightened by contrast the dazzling whiteness of her shoulders. A boddice of brown velvet designed the waist and bust with the exactness of which Spanish coquetry has alone discovered the secret, while the full black silk *basquina* fell in plaits from the hip to mid-leg, discovering the shoes and stockings, as essential as the comb in a Spanish toilet; the little low-quartered shoe was so narrow it could scarcely be seen, and was invisibly attached to the heel by ribbons as white as the silk stocking. This dress,

already rich in its materials and make, became superb from the fringe lace, ribbon, and flowers, with which it was profusely trimmed.

On seeing the charming treasure they had lost restored to them by Stefano, the young reapers shouted for joy and shook high their castanets.

“Rosita,” said Pedro to his niece, taking her by the hand; “I have made your excuses to our friends for the trick you played them. It is your place now to make reparation by submitting to an old custom which is as fixed as our tithes. Come, do not tremble so, my child; play our part gaily. You are the daughter of the house, the *maja*; among these brave Castilians here are some who pretend to your hand. They will do homage in our old manner by offering you the jessamine they have worn next their hearts. There must be one among them whom you secretly prefer, and you have been told how you may choose him among all by keeping his bouquet.”

“But, *Señor* Pedro – “the poor girl murmured in a broken voice.

“No resistance, my sweet,” kindly her uncle interrupted. “By our lady, when we are beautiful, we must be married; we must find a husband handsome and brave, faithful and tender. You are lucky in only having the difficulty of choice here; besides, your choice is free: be whom you favour will not marry you within four-and-twenty hours! He will not take you as Kings take their Queens, without giving you time to accustom yourself to him, without courting you. On the contrary, my child, your choice only gives him a right to seek to you, to prove his love and to merit your hand.

Rosita would have renewed her timid remonstrances, but the imperturbable Don Riaz again closed her mouth, and signed to the begin the ceremony, concerning which he seemed as anxious as themselves.

The greater part of the young men drew out their bouquets, and the *Maja* could easily assure herself that she had as many pretenders to her hand as there were handsome men in the

room. She stood by her uncle while her companions grouped on either side, enviously admired their queen, and formed her graceful court.

Before her were the young rivals who were about to declare their love, and who already exchanged looks of jealousy: Stefano stood aloof and melancholy. The musicians clustered by the door and lightly touched their instruments, while the sun cast its last rays on this picture worthy of our best artists.

The first villager who left the ranks was a tall ruddy young man; he firmly advanced to the *Maja*, saying, "I am Jeronimo Calderez; I shall be twenty-six years old come next Christmas. I let them say in the village that I was hard to please because I was waiting the fairest *maja*, and she is Rosita Lopez. Will you place next your heart the flowers I have worn near mine?" He presented his bouquet to the young girl, who took it with a blush and let it fall.

"He is refused, he is refused," whispered the villagers, while the tall young man retired, and another took his place.

"I am Don Juan Ribeira," he said with an easy tone; "my mother declares I am the best fellow in Panola, my father that I am the richest; it depends on you, Rosita, to make me the happiest. Will you wear the flowers I have had next my heart?"

"Refused!" cried the spectators as the flowers instantly fell from the *Maja's* hand.

A third advanced in his turn, and was received with a general smile; it was the wit of Panola, a handsome youth, but rather free in his manners. "Rosebud of Panola," he saucily said to the young girl, "you have known me ever since your arrival here; you know that I sigh night and day. I love you as I love the wines of Malaga and Xeres. Will you place –"

He interrupted himself on seeing his bouquet fall to the ground amidst the loud laughter of all, and gravely taking the fourth swain by the hand said, "since I am not to your taste, *Maja* – and I assure you, you are in the wrong – here is my cousin, Martinez, who, if you won't have me, will just suit you."

Martinez was dismissed notwithstanding this recommendation, and ten others followed him: the rejected were so numerous that they could no longer hide their confusion in the crowd. The lookers on conversed eagerly among themselves, and the musicians ceased to renew their strains. Old Pedro, half smiling, half uneasy, asked himself why his niece was so difficult to please, and then answered that she had a right to be so; while the admirers who yet remained, bouquet in hand, looked hesitatingly at each other, and hardly dared enter the lists. Three, bolder than the others, advanced towards the *Maja*; the two first were not even heard to the end, and all eyes were fixed on the last. Rosita allowed him to finish his speech, took his bouquet, which she examined with coquettish pity, and sent it with a sigh of relief to join the tributes to her charms which strewed the floor.

A low cry arose from the surprised villagers: "Refused! all refused! it is scandalous! We never heard of such a thing before."

Parties were forming for and against the *Maja*, when Don Rias, turning to his niece, silenced them all by speaking to her. "What is this, my child?" he said; "have you considered what you are doing?"

"Yes, uncle," Rosita firmly answered. "Did you not tell me I was free?"

"Free – yes, to choose certainly; but not to refuse all."

The *Maja* cast down her eyes, but made no remark.

"Forgive me, father, there is still one," said Stefano, breaking the silence.

"Where is he?" they eagerly asked.

"It is I," cried the *Majo*, taking out his bouquet of jessamine.

An exclamation of surprise was heard all round. Rosita trembled so violently that she was obliged to lean on her uncle's arm, and Pedro, more surprised than all, turned joyously to his son. "How, Stefano!" he said; "is it your cousin whom –"

"Yes, my father," the young roan replied, "it is she whom I love."

“Good, good,” said the old man; “I see now why our *Maja* was so hard to please,” he continued to himself: “the rogue did not want for appetite; she waited for the best bit.”

Pedro reseated himself, while Stefano, pale with emotion, and anxiously watched by all, approached his cousin.

IV. THE LAST NOSEGAY

“Rosita, I love you,” the young man simply said: “will you place next your heart the flowers I have worn over mine?”

These words were so plaintively uttered, his whole attitude was so impassioned and beseeching, that all sympathized with him, and tears started to Pedro’s and Rosita’s eyes.

“Keep the bouquet, Rosita – keep it!” they all exclaimed, even Stefano’s rivals; and again a soft murmur of music was heard.

The *Maja*, not less pale than her cousin, took the flowers with a trembling hand; she looked at it long and tenderly, moved as if to cast it from her; again gazed on it, and turning her head, let it slowly fall.

“Santa Maria! and he also!” cried the spectators, in painful astonishment.

The music suddenly ceased; different emotions agitated the crowd of reapers, and Stefano turned despairingly to Don Pedro. “I told you, my father,” he cried, “that my love was hopeless.”

“My son, my poor son!” murmured the old man, who seemed struck to the heart: then turning to the *Maja*, while his arm was still thrown round Stefano: “Rosita,” he bitterly said, “you are not only severe – you are pitiless! When, eight months ago, you came here a poor friendless orphan, and I joyfully received you as a daughter, I was far from thinking grief and despair would follow your steps. However, you are not obliged to feel the same love for my son with which you have inspired him – doubtless most involuntarily. You are at perfect liberty, as you

say; and since this liberty only enables you to render all who love you unhappy –;” He paused; he could no longer restrain his tears, and leant his white head on his son’s shoulder. “My poor Stefano,” he cried, passionately embracing him. “But come,” he continued more firmly; “let us say no more of this; but take courage; forget that you have ever loved your cousin.”

“Never! never! my father!” Stefano replied.

“Remember only,” the old man kindly added, seeing Rosita hide her tear-covered face in her hands – “remember always that she is your cousin – your sister; as I shall never forget, whatever may happen, that she is my niece – my daughter.”

“Yes,” cried Rosita, covering her uncle’s hand with kisses – “yes, your daughter, Pedro. Do not fear that I shall ever cease to deserve that name: do not condemn me as ungrateful ere you hear my justification.”

“Your justification!” repeated Stefano, catching at a ray of hope from the word.

“What do you mean, my niece?” asked Don Riaz. “Speak! I listen to you.”

The *Maja* looked timidly around: “*Señor* Pedro,” she at length said, “it is a secret I was perhaps wrong in not sooner revealing to you, and that I can confide to you alone if you will hear it.”

“To me alone!” exclaimed the surprised old man; “so be it: I am at your service this very moment!”

And hastily seizing Rosita’s hand, he begged the villagers to excuse him, bade his son take heart, and withdrew with the agitated girl, while the reapers retired, whispering mysteriously.

“A secret she can only confide to my father!” Stefano slowly repeated when he was alone in the room. He long gazed at the door by which they had disappeared, and then prostrating himself before a virgin placed just above it, “Oh, our lady of Panola,” he cried, “give me courage to wait the issue of this mystery, and, if it brings me no hope, cure me of my love!”

He then called a farm-servant, and desired him to guard the house while he wandered to the hills from whence he could

watch the shades of evening closing in. The heavens were slightly tinged with the roseate clouds of sunset; the night-wind bore the perfume of the jessamine and orange-trees on the warm air: no sounds were heard in Panola but faint echoes of the guitar and castanet, mingling with the distant tinkling of the bells on some tardy mule.

V. LIEUTENANT CLIFFORD

When Stefano returned home, he found his father and cousin awaiting him. Rosita started on seeing him, and dared not raise her eyes to his; then kissing her uncle she made a pretext to leave the room, and returned no more.

Stefano, left alone with Don Riaz, dared not address him for some time; at length he approached him, and with anguished curiosity asked, "Have you nothing to tell me, my father?"

Pedro silently held out his hand to the young man's clasp.

"One word! one word!" he impatiently resumed – "can Rosita love – can I be her husband?"

"All is not lost, my son," Don Riaz answered. "A day will perhaps come when you may speak of love to Rosita; you will then lean the secret with which I will not overwhelm you to-day: you shall hear it when it will no longer be painful to you."

"The form of consolation!" said Stefano, with an ironical smile. "I thank you, however, my father, for I know that it is not your fault that! have no better." He paced the room with a gloomy air, and cast a reproachful glance on the virgin whom he had so vainly implored, paused a few moments before the door of his mother's room, and then suddenly throwing off this apparent calm to abandon himself to convulsive despair – "I am accursed! I am accursed!" he cried, wildly tossing up his arms, and tearing off the ornaments of his costume with furious imprecations. He then returned to Pedro, and plied him with reiterated questions respecting Rosita's secret.

“You must forget Rosita and her secret, my son,” said the old man, “and chase from your heart even the memory of this love.”

“It is true,” he muttered; “it is wise; but it is impossible! Do you remember, father, the book of ancient history, in which we read the life of the old Theban Epaminondas? He had been wounded by a javelin in the breast; the physicians declared that the wound could not be cured till the steel was extracted, and that the operation might cost his life: – he submitted, father.

“And he died!” said Pedro, gazing on his son.

“Well, then, my father,” enthusiastically resumed Stefano, “my love for Rosita is as deep-seated as Epaminondas’ javelin!” So saying, he slowly mounted to his chamber.

“Alas! alas!” cried Don Riaz sadly, following him, “why did Rosita ever come here? How shall we escape from this fatal circle?”

In fact, it was many weeks before their cruel situation was relieved; and during that period their thoughts were only diverted from their private sorrows by rumours of war. The Pretender’s troops occupied the neighbouring hamlets, and the constitutional *guerillas* united to drive them out. It was then that a romantic incident which Stefano little expected threw a sudden light on the subject, while it complicated their distress.

It was a fine morning, early in September, a short time before sunrise; a soft rain had fallen during the night, and left its sparkling gems on the branches, which gently quivered in the breeze. The rising sun, surrounded by its pale grey clouds, had that peculiar veil which gives rise to the Castilian comparison, that it is like the King of Spain shrouded in his mantle. The streets of Panola were still idle, merely crossed at rare intervals by some early muleteer, and Pedro Riaz’s household was the only one stirring in the village. Stefano, who, as customary, was up by daybreak, and the first, was standing at the window of the lower room, busily fixing a pike on its handle, and at times lost in deep thought while mechanically pursuing his employment. A voice at some distance suddenly aroused him; it was

singing a Moorish romance – *The loves of Adbemar and Adalifa* – and a quick ear could distinguish a defective accent, which was not lost on the Castilian Stefano, as he caught the burden of the ditty –

Thy rosy lips were first to speak,
My heart will love on till it break.

These love-lorn words recalled the memory of Stefano's own sorrows: he sighed bitterly as he gazed on Rosita's door, and renewed his attention to the singer, whose voice betrayed great emotion, as well as a foreign accent. Had he heard this ballad at midnight instead of at five in the morning, he might have thought it the voice of some poltroon, who was trying to stun his own cowardice. His conjectures, at all events, were not long, for the musician was now near the house, and was a tall, bare-headed man, muffled in a large cloak. The man turned quickly as he passed the cottage, looked anxiously around him, drew up his drapery, and lightly leaped in at the window. Stefano started hack in surprise at this strange visitor, and then was tempted to seize the intruder, whom he at first took for a thief; but his opinion quickly changed when he saw him close the window and remain crouching near it, though still anxiously watching the road. Horses were heard approaching, and a body of a hundred men passed the house: the stranger drew a long breath when the last had disappeared. "Sold the queen's *guerillas*, taken in and done for this time," he cried, with a roguish smile, and rising like one accustomed to risk his life: "let them keep up that pace for one hour only, and I shall have time for the rest and refreshment necessary to travellers." As he spoke, he turned, and for the first time saw Stefano. "Attention in the ranks," said the stranger, drawing closer the mantle which could not quite hide his uniform. "This young native has not a very benevolent expression in that scowl."

"Who can this be?" thought Stefano instinctively clutching his father's pistols. He again laid them down as the stranger approached him with a smile. "He is not armed: let's see what he wants."

“Young and noble inhabitant of old Castile,” said the stranger – “for noble you doubtless are, as every good Castilian is, will you oblige me by telling me into whose house I have burglariously entered?”

Before answering, Stefano scanned the intruder from head to foot. He was from twenty-eight to thirty years old, of a fair and ruddy complexion, with auburn hair and mustachios¹⁴. His whole appearance and accent indicated an Englishman. Not caring to give fuller information, the Spaniard merely replied, “That of an honest inhabitant of Panola – I am his son.”

“Consequently,” the soldier frankly resumed, “the son must be as honest as the father; I thank Providence for it. Popping without introduction into the first opening, I find I might just as well have fallen among thieves as honest men, I may say I played my cards well this time. Allow me, young man, to have the pleasure of making your acquaintance.”

“His tongue runs as quickly as his legs,” thought Stefano, not yet devoid of suspicion; and then he said aloud, “I also should like to know whom I am speaking to. I beg you will tell me who you are, from whence you come, and what you want?”

“You are not a prolix speaker, benevolent Castilian,” said the man with a gay smile. “I will try to imitate you in my answer, as much as my nature will allow.” This reservation was not unnecessary, for, as may be perceived, he was rather a diffuse orator. “In the first place,” he continued, with an apologetic bow, “allow me to put two preliminary questions: “First, if not impertinent, are you for Queen Isabella, or the other?”

“My grandfather was a victim to the inquisition; my father fought under Mina,” Stefano haughtily replied. “I am for the constitution and liberty of Spain.”

“Isabella – that’s clear,” said the stranger, with a military salute. “My dear enemy,” he added in a lower voice, “I should think like you were I in your place. I like political principles that are handed down from father to son: they are sterling and respectable. But I beg you to believe, young man, that others are

¹⁴ En el texto: *moustachios* (or *moustachio*).

equally so – or I must be a disreputable person in your sight. No matter; be at your ease, and speak freely: but, to be brief, and to the point, I now come to my second question. Are you a man who will help your foe when he is in danger, and for this next quarter of an hour means no more ill to you than to a brother?”

“I know no unarmed enemy,” answered Stefano: “from the moment you are under our roof you become our guest.”

“Shake hands, then, by George! You are a hearty fellow,” cried the soldier, holding out his hand: at the same moment he threw off his cloak, and Stefano recognized the uniform of the volunteers under Don Carlos, the epaulettes, and the tuft on the shako he held under his arm, indicating his rank as a lieutenant. “Yes, you are a hearty good fellow,” he repeated, warmly grasping the Spaniard’s hand. “So, if you have a glass of any sort of wine, or a drop of anything comfortable, I will tell you in as few or as many words as you like what brings me hither.”

Stefano opened a buffet, and poured out two glasses of wine.

“There are no politics lurking here,” said the Lieutenant: “this stuff would make Carlos and Christina fraternize. To all brave Spaniards and all pretty women,” he added, draining his glass at one draught. Stefano accepted the pledge, and wiping his mustachio, the soldier opened his story. “You see,” he said, with his frank familiarity, “I am Charles James Clifford; a soldier by birth and profession; absent wherever there is peace, present wherever any warm work is to be done: in two words, just now Lieutenant Clifford, in the first and only grenadier regiment of his Majesty Charles V. – I beg your pardon, noble Castilian, Don Carlos, I should have said. To tell you how I became a Spanish volunteer, would require a detail of various singular and romantic circumstances which would be entirely uninteresting to you. I come to the point. Being in garrison a few leagues off – for you know that Cabrera has just established himself about here – I obtained twelve hours* leave of absence, in order to visit Panola. I thought I should meet here with a battalion of the first and only light infantry of his Majesty – of

Don Carlos, I mean – which battalion should, if not displeasing to you, have been billeted in this village today. But, besides the folly of risking myself alone before day-break in a strange part, I have made too much haste, it seems, and I own with shame, that I have acted like a raw recruit. In the first place I outstripped the battalion – number one; then I ran straight into a nest of Christina’s *guerillas* – number 2. The scoundrels – a thousand pardons, my fine fellow, but that is their right and title – these rascals were going to give me a few bullets to digest for breakfast, when I contrived to give them the slip under cover of one of their cloaks. Briefly, and in a word, I filed off on the left flank, and gained ground on them: but they were almost as sharp as I, and though I managed to set them off the scent, as soon as the sun rose they had it again: their cursed horses set off full stretch, and I must have fallen into their hands on entering the village, had not my good genius doubly inspired me as I approached this delightful villa, in the first place I began to sing to bother the *guerillas*; you might, perhaps, have seen that I did not catch the notes very satisfactorily; but put yourself in my place, and by Jove you’ll allow that I did very well for an amateur. In short, the *guerillas* were caught, because they thought I had passed through the village, while I was snugly lying under that blessed window; and when I think that my anxious friends are galloping hard away while I am quailing old Xeres with you, I can’t praise myself enough for my musical genius –

“Thy rosy lips were fir-r-st to speak,
My heart will lo-o-o-o-ve until it break!”

“That’s the thing!” said the lieutenant, who, finding a listener in Stefano, was not unwilling to continue his monologue. “Now, kind host, look at my position: I break in upon you like a thief: you are not offended; on the contrary, you receive me kindly; you beg me to be seated” (here the soldier, who had been hitherto standing, ensconced himself in an easy chair).

“Like a brick, you, in a manner, offer me wine and refreshments with your own hand” (emptying the remains of the bottle into his glass as he spoke) – “and capital wine it is too” (he bowed to the villager, and he slowly sipped the generous

liquor). "But attention! do not let us be enervated by Capuan enchantments."

"What are you coming to now?" said Stefano, who could not help laughing at his long-winded speeches.

"To this, noble Castilian: though the *guerillas* winked for a moment, their sight is as good as yours or mine. If they do not find me beyond the village, they will cry 'Halt!' and retrace their steps to Panola, where I am. Now, you see, I don't want them to find me at home; so, if you are as trustworthy a host as you seem —"

"I will hide you: you are right," Stefano quickly cried, anxiously looking around him.

The phlegmatic lieutenant tapped him on the shoulder: "One instant," he said; "they cannot be back this half-hour: there's plenty of time yet; you may be certain I did not come to Panola merely to walk out of it again; and, if I be not trespassing on your kindness, I must beg you to give me some information on an important subject, and of which I am in quest.

"Speak!" said Stefano, reseating himself with a look of resignation,

The Englishman twisted his mustachio, settled his collar, and dusting his jacket, cried: "I am in search of a young girl."

"A young girl!" exclaimed Stephano, whom jealousy awoke at the words.

"That poses you, does it not?" asked the soldier: "and well it may; for it is a queer story. After all, you may as well know it, as I shall want your advice; but talking is dry work; have you another bottle to moisten it?"

"To be sure," replied Stefano, hastening to the cellar, and thinking, "What Spaniard would thus tell all his affairs to the first comer?" They again seated themselves at the table, and the Lieutenant thus begun: "Now there's no nonsense in this, I assure you. It is now about a year or more ago, soon after I took service with Cabrera, when my regiment, after some sharp work, carried a little borough in Navarre."

“A borough in Navarre!” repeated Stefano; he had already a presentiment, and the soldier changed manner almost alarmed him.

“One house especially was defended ^ vigorously, that we were in some sort obliged to carry it with the bayonet, and our exasperates men determined to give no quarter. This work does not suit me: I could not stand seeing twenty swords lifted against two old people a young girl, whose angelic beauty merited far different treatment.”

“Two old men and a young girl!” Stefano pensively echoed.

“Ah!” cried the soldier, “you seem interested.”

“More than you would think,” answered the Spaniard. “Go on.”

“Well, I threw myself between my men and their prey, determined to spare them the shame of cowardly brutality. The fools, whose blood was up, lost patience at my resistance: they struck right and left in their blind fury, and of course turned upon me; but others came: I had my own way, and a bayonet thrust in my side; but the girl and the other poor devils were saved! Now wasn’t that famous?”

The simplicity with which the soldier related this anecdote electrified the villager: Clifford became another man in his eyes. “Famous! it was, indeed, worthy of fame!” he cried, replenishing the other’s glass: “but proceed and his presentiments gathered more gloomily around him.

“The good folks thought I had saved their lives – and they weren’t far wrong,” continued Clifford. “Their gratitude was excessive: they gave me their best bed, and nursed me themselves; then I was waited on: they killed the fatted calf, as if I had been their prodigal son. The young girl above all was indefatigable: she bivouacked by my bed for a fortnight; treated me like a brother. Poor little thing! I think I see her now sitting at the foot of my bed like a guardian angel; never opening her mouth but to pour forth her thanks, forestalling my least wishes. I wanted to stop her at first, but I might as well have

whistled jigs to a mile-stone as talk to her, and soon I had no wish to do so. Her beauty, the kind treatment – do you see?”

“Yes – you fell in love with her!”

“Madly!”

Stefano could not repress a movement, which Clifford understood as a mark of sympathy. “Ah, you know what the feeling is, my friend?”

“No,” he impatiently replied, “but finish quickly!”

“I’ve little more to say: I’m coming to the denouement. As soon as I discovered what my heart complaint was, I made short work of the matter, and popped the question without further preamble.”

“You were accepted?”

“Why – yes: the girl turned rosy red, and white again, and in her sweet way referred me to the old folks, first letting me kiss the ends of her taper little fingers – that was enough to raise the dead! And so being radically cured, I went in double quick time to papa anu mamma. The old man, who had been much shaken by the late affair was on his death-bed, and felt his end drawing nigh. I had hardly made my request, when, raising his eyes to heaven, he said,

“Thank God I shall not die without paying my debt of gratitude!” And, as is the custom here, he joined our hands, and made us exchange rings. He then lifted up his trembling hands and blessed us, while we swore eternal fidelity. There is nothing new in this, certainly, but it is touching. The poor old man wept; his wife wept by his side; the girl wept as much as both; in short, we all wept like children – by heaven, I fear I am going to begin again!” he exclaimed, rubbing his eyes, and then resumed: “The poor old fellow lost the number of his mess three days afterwards, and I followed my regiment into Castille. I have been knocking about the country since then, and have had no news for the last seven or eight months of my betrothed, but accidentally learnt that her mother was dead – that she had left Navarre, and that I should find her at her maternal uncle’s at Panola. So, being as I already told you, in the neighbourhood,

I lost no time – but what ails you, young man? You are no longer listening to me!” said the Lieutenant, seeing Stefano turn pale, and leave the table.”

“I already know enough,” he gloomily answered. “The borough in Navarre where this happened is –”

“Tafala.”

“And the girl betrothed to you on her father’s death-bed?”

“Rosita Lopez.”

“Rosita! – yes, this is my cousin’s fatal secret: she will never love me!”

“Well, well, what is the matter?” said the Lieutenant, who could not understand Stefano’s emotion; “do you know Rosita Lopez? Is she in the village? You are silent, young man! God in heaven! is she dead – or married?”

“No, no,” he at length replied; “be easy; Rosita in truth is here: she loves you – faithfully, I doubt it not – and impatiently expects you.”

“Excellent!” cried Clifford. “The little thing would have tricked me, had she acted otherwise; for after such a betrothal – and a Spanish promise, as the saying goes – that’s no joke, by George! Besides, fidelity is a social and natural duty in woman. Man! that’s another affair; but no matter; where is she?”

Stefano was gathering strength to reply, when the return of the *guerillas* terminated their conversation. This return was, as the soldier had foreseen, announced by the distant noise of their horse’s feet. “Hush!” he cried, at this terrible signal, and running to the window. “Here come our friends!”

“So it is,” added Stefano in his turn, and casting a look at Clifford which might have alarmed him had he seen it.

“They are at the other end of Panola; that’s all well,” pursued the soldier. “The scoundrels will rummage the houses, and post sentries in all the avenues. We have chatted long enough, kind host. I must either vanish, or make my will: we will resume our conversation by-and-by.”

“Yes, yes,” replied Stefano, in great agitation, looking fiercely around. “I must – I am going – I – I am doubly

accursed!" he frantically thought; "this man comes hero, and poisons my days with a smile on his lips; and yet I must protect his life at the risk of mine!"

"Well, where will you hide me?" asked the Lieutenant, now waiting his decision.

These confiding words made the Castilian blush. The *guerillas* were coming still closer: their noise had disturbed his father and cousin, who were moving in their rooms.

"By Jove, we've no time to lose!" said Clifford.

"I have it," cried Stefano; "this house has no safe hiding-place; but at the end of the garden, along the tall hedge: take this dagger, throw on your cloak and follow me." He opened a back-door; the Englishman quickly obeyed him. "Mark the road we are taking, for you will have to retrace it should they attack your hiding-place."

"Never fear!" answered the soldier: "if you'll manage the house, I'll take care of the garden.

They crept cautiously along by a thick hedge, and disappeared behind the spreading branches of a little orchard, whose shades concealed a ruined tower. Stefano led the other within, and placed him so that he could command both the road and the garden: they then arranged a few signals, and the villager nastily returned to the house to be in readiness to receive the *guerillas*.

VI. THE JESSAMINE FLOWER

Stefano's agitation augmented, however, at each step he took; this sudden discovery of his cousin's secret – of this Spanish troth, which, as the Englishman said, was an irrevocable oath¹⁵; this unexpected interview with a rival, whose right he

¹⁵ Besides the proverb, "Tener mi promessa y morir" which we have adopted ns a heading to our tale, the Castilians have another which says, "A Spaniard word is a sacred oath" and their favourite drama, an old one, called *Dar su*

could not dispute; the conviction that Clifford possessed Rosita's love with her word; the combat in his heart between jealousy and generosity; the tempting noise of the *guerilla* search, which would crush his rival at once – all these formed a chaos in his mind. Recoiling equally before self-immolation and treachery, he was more than once tempted to fly and to abandon his guest, himself, and all, to the chances of fate. "Let fortune decide between us," he murmured, "since chance has brought all this about."

He dreaded seeing Rosita again, now that he knew he had lost her for ever. His gloomiest suppositions were bright compared to the truth; he regretted the torments of doubt. It was only on entering his home that his perplexity was ended, as we shall see.

Pedro Riaz, who had hastily risen, was alone in the lower room when Stefano returned. "What is all this stir?" he asked.

The young man started and shuddered on seeing his father, and remained motionless without answering him. During this mute scene Pedro watched his son, who seemed to gain strength for some great resolution.

"What ails you, Stefano?" resumed the old peasant with some uneasiness. "I have asked you what is passing. Why did you not answer me, my son! Come, my boy; give me your hand. You must have something to tell me."

"I have indeed, my father," he replied, convulsively grasping his father's hand. "I have a boon to request."

"And what?"

"Give me your arms," he cried, pointing to them on the wall.

"My arms, boy! what would you do with them?"

"What all the world is doing, by our Lady! Have you not often told me, my father, that nothing in this world should stop me if the Queen's service called me to the national army?"

"Well!"

vida por su palabra ("Give one's life for one's word"); has no point but the sacredness of a promise; but this is enough to render it all popular with them.

“Well, I ask you permission to join my brothers this very day; I also would fight the enemies of Spain! I also would reap glory on the battle-field! I also tire of the inglorious idleness in which I live in Panola!”

“You would leave your cousin, that is all,” said the old man sadly, shaking his head. “And yet,” he resumed, “you do not know all yet.”

“I know more than you, father,” Stefano violently interrupted; “I know more at this moment than my cousin herself!”

“What do you mean?”

“Is not Rosita betrothed to an English volunteer in Don Carlos’ army, who saved her life at Iafala about a year ago? Is she not waiting for him to come to claim her hand? And is not that the secret she confided to you on our harvest home?”

“It is true. Who can have told you?”

“A man who was here just now, flying from the *guerillas*; my cousin’s lover, Lieutenant Charles Cliftord.”

“Can it be possible,” exclaimed Pedro in astonishment.

“It is as I say,” continued Stefano with furious jealousy. “Rosita may console herself for her long-delayed hopes; her future husband had not forgotten her as she may have feared; he comes to fulfil his promise; she will at length be happy. Thus, you see, father, I must go!” he cried, grasping the arms. “You see I must leave this house, this village for ever; that I must stifle my woes by the roar of the cannon; that I must console myself by killing all the foreigners I meet, for not crushing him who – “Stefano!” the old man exclaimed, stopping his raised hand; “I shall never reproach you for hating the enemies of Spain, with destroying them wherever you may meet them. But take care, lest your national hatred be mingled with a private feeling. Since Lieutenant Clifford has taken refuge here, he is no longer a soldier of Don Carlos, he is no longer your rival; he is your guest, my son, and your life must answer for his. Aye, your life, Stefano,” continued Don Riaz in the enthusiasm of Castilian honour; “for I had rather a thousand times see you dead, I had

rather kill you with these hands, than believe you capable of wishing him harm.”

“Alas!” Stefano mournfully replied: “Why should I betray my guest? Would my cousin love me better for having injured him whom she loves? Having refused me when I was loved and honoured, would she accept me when scorned by all? Be easy, father,” he bitterly added; “I want no motives to sustain my faith. I have arranged all for the lieutenant’s safety.” Pedro grasped his son’s hand, and simply asked, “Where is he?”

“In the ruin in the orchard; our precautions are taken.”

“Right, right, my son; I leave our guest in your hands. And now,” he gently added, perceiving how wistfully he contemplated his arms, I feel that you can no longer dwell here, my poor Stefano; and though you are my last child, the only joy of my old age; although I may die alone here, without one son to close my eyes, as soon as the lieutenant is safe you shall take this gun and go your ways.” As he spoke tears filled his eyes – an old man’s tears are bitter and Stefano felt deeply on seeing his father’s flow; but filial piety gave way to the intense selfishness of love.

“Forgive me, father,” he cried in a broken voice; “forgive my importunity; but it is not to-morrow I would go; it is not this evening; it is this instant!”

“This instant,” repeated Pedro, involuntarily extending his hand to stay him.

“I cannot wait to see Clifford and Rosita united,” Stefano replied in bitter anguish. “Their joy in meeting would kill me, father; and I have a means of saving him by my immediate departure.”

“What means?” asked the resigned old man.

“By joining the *guerillas*, who are seeking for him, at once. Seeing me their comrade, they will not think of searching this house; and I shall save my rival by leaguering with his enemies.”

“You are right,” said Pedro, after a pause. He could say no more, but turning his head away pointed to the arms.

“Thanks, father, thanks!” cried his son with mournful gratitude. As he spoke, he seized the pistols and gun, placed the first in his belt, took up his hat, and prepared to leave his father; but at the same moment Rosita entered.

She looked around in surprise, and her eyes rested on Stefano. “What is this, my cousin?” she inquired as she looked on his equipment.

He seemed rooted to the spot. “I am going away, cousin,” he at length replied.

“Going!” she cried, darting towards him. “Going, uncle?”

“Yes, my child,” he answered, with a sigh.

“Does it surprise you, Rosita?” Stefano asked with bitter irony. “Should I not leave her to whom I have unfortunately told my love, when her heart is another’s?”

“Another’s! – he knows all,” she thought. “But what are these arms?” she continued. “Are you going to the wars?”

“Yes, my cousin; for there, they say, there are more chances of forgetfulness, or death.”

Although these words were hardly spoken, Pedro and Rosita heard him.

“My son!” the old man murmured.

“You speak of death!” cried Rosita in alarm. “Good Heaven! what does this mean?” she continued, turning from one to the other. The poor girl had a presentiment of new troubles; self-reproach and anxiety both tormented her. “Stefano,” she repeated, “what is all this? I heard a noise in the village. Are we in danger? Are you about to defend us? In pity speak?”

“You have nothing to fear,” the young man said. “All your wishes will be fulfilled, and my absence will complete the measure of your joy.” “Your absence, cousin!” she repeated in deep sorrow. “Alas! why do you speak to me thus.”

“Adieu,” he replied. “Be as happy as I am wretched. Farewell, my father! Farewell.”

“Farewell, my son,” said Pedro, pressing him to his heart. “Come, be of good cheer” he more cheerfully continued.

“Serve the Queen well, my boy; and remember we have never lost all consolation so long as honour remains. Farewell!”

They embraced once more, and Stefano went rapidly to the door.

“He is going, he is really going!” cried Rosita, bathed in tears. “And he leaves me without pressing my hand, without one look of kindness. This is dreadful! It is impossible – unbearable! Stefano! Stefano! you shall not go thus.”

“Good heaven! what is she about?” said the old man, unable to leave his seat from emotion.

“You would detain me, Rosita?” stammered Stefano in surprise.

“Yes,” she answered, wildly grasping his hand – “yes; remain, Stefano. You cannot leave me so suddenly.”

“I must.”

“I entreat you, my cousin, on my knees.”

“Adieu, Rosita.”

“No; wait, if but a moment.”

“Wait, wait – to see you in my rival’s arras! Never.”

“But if I love you, Stefano? If I have never loved but you?”

A thunder-bolt falling among them would not have caused more emotion than this cry from the heart. Pedro heard the awful explosion; Stefano only saw the dazzling light.

“Yes, I love you,” the young girl tenderly repeated. “I love but you in this world. Now will you remain?”

“Will I remain?” he cried, casting down his arms. “At your feet, Rosita – at your feet till death tear me away. You love me? just heaven!” and he covered her hands with tears and kisses. “She loves me, my father! Oh, look at me, Rosita – look at me; let me read my new life in your eyes. Why did you make me wait it so long?”

“I wanted courage to tell you; and yet the secret weighed on my heart.”

“Alas! it was my fault. You were so reserved I dared not hope. Blind and mad that I was, what precious time I have lost!” He threw his arms around her; and Rosita, like himself,

forgot the whole world in the transport of their love, while Pedro raised his eyes to heaven and seemed to pray that they might not waken from their dream.

“Do you remember our harvest home?” she asked with tender coquetry.

“Yes, that cruel day when you rejected my flowers!”

“I did not throw them all away, Stefano, though you knew it not.”

“In truth!”

“I plucked off a spray which I hid in my bosom like a precious treasure: it has never left me since then. I have kept it in memory of that day.”

“Oh, give it, give it to me,” implored Stefano, and he kissed eagerly the flower and the dear hand that held it.

The *guerillas* in the meanwhile were drawing closer to them in their search, and their weapons could be heard jingling as they hurried on. This signal, to which Rosita and Stefano were deaf, struck on Riaz’ ear, and roused him from his dream.

“Good heaven,” he cried, suddenly remembering Clifford; and his brow reddened at his involuntary treachery. Rising painfully, and leaning on his crutch, he went to the enraptured lovers, and placing his hand on Stefano’s shoulder solemnly said, “My son – and Lieutenant Clifford!”

“The lieutenant!”

“Thy guest, thy betrayed guest.”

“Ah!” cried Stefano, mournfully gazing on Rosita; “it is true.”

She was so entranced; she had not even heard her uncle.

“Rosita,” said Stefano, with a shudder. “Rosita!”

“What is it, Stefano?”

“Rosita, you told me you had never loved but me, and yet – yet you are betrothed.”

“Clifford!” she screamed and fell on her knees. “Oh, heaven forgive me! I had forgotten him.”

“And should he come,” continued Stefano, raising her – “should he come to claim your hand, you will tell him that

gratitude and not love inspired you, will you not? That your hand, promised when you knew not what you did, cannot be his without your heart?"

"Yes, I will tell him, I – But he cannot come now, Stefano."

"And should he already be here?" asked a solemn voice. Pedro stepped between his niece and son, and the betrothed bent her eyes before Jus majestic face as before the personification of her oath.

"My father!" cried Stefano.

"Silence!" continued the old man. "Love has been heard too much here; it is time that duty should speak. Were Lieutenant Clifford here, Rosita."

"Good heaven!"

"If, more faithful than you, he should reclaim the promise given on your father's death-bed, should he be come to reclaim it at the risk of his life. In my turn I ask you, my niece, how would you answer him?"

Rosita thought she heard her father speak from his grave, and answered as before her judge. Turning her eyes from Stefano and fixing them on her uncle, she answered, "I would tell Lieutenant Clifford that I am betrothed to him before God and man, and that while he lives, I will never marry another man." "Keep faith or die! that is well," said the old man, taking her hand; "prepare yourself, my niece, to meet your betrothed."

He drew her to her room, where Stefano would vainly have followed her. "You carry away my happiness," he cried.

"I restore you your honour," Pedro answered. "Watch over the lieutenant," he said, "here are the *guerillas*."

They had in fact left the neighbouring house, and were crowding round Pedro's.

VII. TREACHERY

"What a dream! and what an awakening!" said Stefano, gazing ardently on Rosita's chamber. "She owns that she loves me,

and yet she vows she will never be mine while Clifford lives! *While he lives!* And it is I who must answer for his life with mine, when, were I to remain passive – oh, despair brings horrid temptations – I shall go mad. Let me fly if it be yet time. I will join these *guerillas* before they enter this house; for should they come here now to ask me for my enemy, I know not whether I should have strength. Let me go—let me go.” Catching up his arms, he was about to rush out bareheaded as he was, when he started back at the sight of the *guerilla* captain. Heavens! I am too late,” he cried, falling into a chair.

“Two sentinels before each door and window,” commanded the Captain. “This is the last refuge open to our prisoner; he must be here, if still in the village; be quick then, seek diligently, comrades; you know that he who finds the Englishman will have the honour of firing the first ball at him, and will also receive a reward of twenty *douros*.”

They entered the room, and Stefano found himself alone against twelve men armed to the teeth. The two chiefs were tolerably well dressed in a sort of uniform; but the soldiers' equipment would have been laughable, had the expression of their faces been less terrible. One wore a peasant's jacket and military trousers; another had tight drawers a la Figaro, with a long and ample waistcoat a la Basilio; this one wore a large capuchin beaver with upturned brim on either side; this other had stuck a shako over a handkerchief knotted round his head. The same variety reigned in their arms – a collection of murderous instruments, from the carabine to the lance, the sword, and the dagger. They were evidently a hastily formed troop of adventurers, as much intent on pillage and massacre as on defending the country against the Carlists. The captain, however, had a certain look of wealth, which indicated a higher station, and it was very easy to see that circumstances alone had reduced to his present situation a man who would have gloriously commanded disciplined troops; his extreme vigilance, and the prudent minuteness of his orders, shewed that his pride was piqued, and that he would make any sacrifice to regain his prisoner. “My friend,”

said he, going up to Stefano, while the others were dispersed about the house, "where were you going with those arms, if you please? Are they for your own personal security, or to defend the Carlist officer who is hidden here?"

"No one is hidden in this house," answered Stefano, with the firmness which danger gives to a strong mind; "the Riaz de la Sarga are known all over the country for their devotion to the Spanish constitution and the Queen; I have four brothers in the national army, and I was going with these arms to offer myself to your band."

The Captain looked at him suspiciously, and remarked some signs of agitation. "Hum!" he muttered; "a ready excuse, and not bad. I suppose it was from joy at seeing us, young man, that you threw down your arms, and turned pale, when we came upon you sooner than you expected."

As Stefano could make no answer to this observation, he feigned not to have heard it.

"Our bird is hereabouts," said the Captain decidedly. Two *guerillas* now returned from the search. "Well," he continued, "what have you seen?"

"A young girl and an old man."

"Bring out the man; he'll be either avaricious or weak; we'll bribe or we'll threaten him. And now, my friend," turning to Stefano, as they were executing their orders, "you will go upstairs with my lieutenant and these three men; you will open all the doors they point out to you; you will in fact do all that they require. Spare neither promise nor threats to gain him," he whispered to his lieutenant, placing a well filled purse in his hand. "You know that I must regain my prisoner at any cost."

Stefano was tempted to resist the Captain's orders; but he reflected that that would confirm his suspicions, and he accordingly led the way up-stairs. At the same instant Pedro was led in by two *guerillas*.

"My friends," he calmly and haughtily said, "I am surprised that you should thus disturb the quiet of my house; my name alone should tell you that I am as good a servant of the Queen

as you yourselves can be. A companion of Mina, and the son of one of the Inquisition's victims, cannot easily forget what he owes his country."

"These words sound well, *Señor*," the Captain replied, "but unfortunately they are rather vague, and that cannot suffice. What we want is a clear and precise answer to a simple question. Did not one of Don Carlos' volunteers come here about two hours ago, and has not this man been concealed by one of your family?"

"You may look for him," answered Pedro, quietly seating himself.

The Captain, surprised at his coolness, sought to intimidate him. "If you are not sincere you play your part well," he said, fixing his eyes on him. "However, I fancy you are not quite so much at your ease as you would have us think."

"You are mistaken, young man," he gravely replied.

There was a long silence, which was interrupted by a loud report in the upper room. All started, and the Captain sent to know what it was. "It is possible," he thought, "that their discussion became warm with the young man."

"Ruffians!" thought Pedro. "Can they have harmed my son?"

The Captain considered this a good opportunity to renew his attack on the father. "Listen to me, Don Pedro Riaz," he said. "If the Englishman we seek be not here, you at least know where he is – damnation! you know it," he cried, anticipating the Castilian's reply. "Now," he added in a whisper, feeling assured of the old man's poverty by his own appearance and the state of all around him – "now, for you to take such interest in a foreigner who, in himself, can only inspire you with hatred, some secret conditions must be between you; say that he has promised you a handsome sum."

"Money! to me," cried Pedro, with proud disdain.

"You are not obliged to allow it," the Captain insinuatingly resumed; "but we know that at our age a good round sum has

its value; now, how much as you require, *Señor*, for one word – or a slight sign?”

“Silence, Captain! Let no one know that you have dared –”

“No one hears us. Are fifty *douros* enough?”

Pedro made no answer.

“I fancy,” observed one *guerilla* to another, “that our Captain is attacking the good man’s morals.”

“A hundred,” continued the Captain; “a hundred and fifty – two hundred.”

“Begone, I tell you,” Pedro indignantly exclaimed. “A Castilian’s honour is not to be bought, you vainly put a price on mine.”

“Obstinate devil,” the Captain muttered. “I must try threats,” he added, drawing out a pistol. He raised his voice and said, “Since you despise money, *Señor*, let me see if this will loose your tongue. Where is the Englishman whom you have hidden?” Pedro remained silent. “Where is he?” He raised the hammer: “Speak, or you are a dead man. Where is Lieutenant Clifford?”

The inflexible old man never moved a muscle, and the Captain was about to fire, when the *guerilla* he had sent up-stairs precipitately returned. “Stop,” he cried; “we have found the bird’s-nest; the twig is limed.”

“What do I hear?” said Pedro, shuddering from head to foot. The Captain replaced his pistol in his belt, and signed to the man to proceed.

“Our prisoner,” he resumed, pointing from the window, “is in the ruins at the end of the garden.”

“In the ruins!” cried Don Riaz. “He is lost!”

“How did you learn that?” asked the Captain.

“From the villager up-stairs with the Lieutenant.”

“From Stefano!” the old man exclaimed, turning pale with horror.

“Ha, ha,” cried the chief; “the son it seems is less hard to cook than his father.”

in his son's dishonour, and his looks were u haggard as the other's.

After exchanging a few words with his Lieutenant, the Captain turned to two of his men; "Remain with this fellow," he said, already treating Stefano with the contempt due to traitors. "Watch him well till we have had time to reach the place he indicates; if he makes the least suspicious movement blow his brains out, and if a good volley announce that he has not deceived us, leave him instantly to join us by the high road."

"Quite right, Captain," they replied, and took their places to the right and left of Stefano, whilst the others silently loading their arms, crept cautiously towards the ruins.

VIII. THE MALEDICTION – FATALITY

"The Lieutenant finding nothing," resumed the *guerilla*, "and yet seeing something peculiar in the young one's looks, bade some of us go into the stable and cock-lofts, and took that opportunity of speaking to the lad. I was by and saw all. A good fat purse and a pistol barrel were unanswerable arguments; the fellow made a fuss at first, so our Lieutenant singed his mustachios for him; you heard it down here. At that noise the lad seemed put out; he was again offered his choice of gold or lead, and yielded sensibly, taking the purse and directing us to the ruins. 'The Englishman is there,' he said, passing at once from cowardly irresolution to the firmness of consummate treachery; 'run there as fast as you can; go by the road that he may not see you coming, and you will find him behind some bundles of new straw'."

While the Captain joyously heard these news, the old Castilian had listened to it with incredulous horror, but at the last words he could no longer contain himself, and violently interrupted the *guerilla*, "Enough, wretch, enough," he cried. "What you say is impossible: it is an infamous calumny or a paltry scheme; my son is incapable –"

“Just look then, *Señor*,” replied the man, pointing to the stairs that Stefano was slowly descending with the Lieutenant and three men; he still held the purse, and his pale and ruffled countenance showed the combat of his mind. If Pedro had still doubted the dreadful truth, he must have read it in his son’s looks; he sighed heavily and fell back in his chair. Stefano crossed the room with a faltering step without perceiving his father, and on reaching the window he threw it open and, looking wildly out, remained as if glued to the spot; his hand still clasped the purse of money, but one could see that it was mechanically, that the unfortunate lad had not sold his guest for gold. Pedro, remembering his son’s hesitation and sudden wish to leave, felt this; passion had bewildered him; he was no longer master of himself. Hut be it as it may the old Castilian could hardly believe.

A mournful silence reigned in the little room where there now only remained Pedro, his son, and the two *guerillas*. Stefano, still standing before the window, had never turned his eyes from the road, and thought himself alone with his guardians. Pedro, motionless and silent in his chair, seemed like one who had at one blow lost all that he possessed in the world. Alas! he was weeping his most precious treasure – his family honour, destroyed by his son. “It is true then,” he murmured, waking like a man who sees the realization of some direful dream; “it is true then. Oh, heaven! my son has given up his guest! my son has sold his rival! Don Stefano Riaz de la Sarga holds the price of blood in his hand! And his blood, the blood of the Riaz did not revolt against him! Shame did not stifle him when his fingers closed on that accursed purse. Why will not the walls of my house fall in and crush us – these walls where never treason harboured till now? And I – oh God! I am nailed here by my infirmities – I cannot, I cannot rush to repair my son’s crime.” Again, he strove to raise himself, but his trembling limbs failed him. “Impossible! impossible!” he muttered, and burst into tears. “My God! my God!” he sobbed, “I have lived one day too long; let me die.”

Suddenly the voice of his complaining struck on Stefano's ear. "Who is there?" he said, wildly turning round, and for the first time he saw Don Riaz. "My father!" he cried; then hiding his face in his hands. "He was there! Good heaven!" he added, "he was there, and he has doubtless seen all!"

At the well-known words, "My father," once so sweet to his ear, the old man shuddered with rage; anger seemed to have renewed his strength. "Do not call me your father," he cried, turning his tear-swollen eyes on Stefano; "do not call me your father; you can be no son of urine. Can the virtuous Paquita Perez have brought forth such a monster? You are a changeling. Do not call me father, or tell me quickly that my ears and eyes deceive me, that I have dreamt that my son was a coward, a traitor, an assassin! Tell me so, Stefano, tell me."

The young man made a movement in reply, and was silenced by the sight of the guards. The effort was so painful that he nearly fainted, and was obliged to lean on the *guerilla* for support. "Come, come," the fellow whispered; "remorse and faint-heartedness now! Cheer up, don't listen to the poor old soul, look rather at the purse you hold so lightly – twenty-five new golden pieces. By St. Jago, that's solid and strengthening."

Stefano could have sunk underground at these words; a livid pallor succeeded to a red flush of anger, and he again turned to the road. Pedro had, however, at length succeeded in raising himself, and had slowly approached his son. "He does not even listen to me," he said; "his eye cannot leave that fatal window. He is then watching the success of his perfidy; he wishes to assure himself that they cannot fail. Wretch! if it indeed be so," he cried, clutching Stefano's shoulder, "if it be so, I –"

The young man turned and stayed the hands raised to curse him.

"No," continued the old Castilian, disarmed against his will; "to curse him would still be to treat him as a son. Words cannot punish him; with my own hands I will chastise him! And thus," he wildly added, "I will wipe out the disgrace to my name!" The old man's face was frightfully distorted; his white hair rose on

his brow, his eyes seemed starting from their sockets. The *guerillas* were alarmed at his looks: he tottered to the table, and seizing one of his pistols pointed it at his son: his finger was on the trigger when a door opened, and his hand was dashed aside. It was Rosita: hearing no movement without, she thought the soldiers were gone, and came in search of her uncle and cousin. The first thing that caught her eye was Stefano's danger. "In mercy! what are you about?" she shrieked, hanging on the old man's arm.

Pedro shuddered, and glanced wildly around; then, on seeing his niece, the weapon fell from his hand.

"Rosita!" exclaimed both father and son.

"No tortures are spared me," added the last, covering his face with his hands.

"Ah! it is you, Rosita," said Pedro, still in great agitation. "What was I about to do?" he added, wiping the cold sweat from his brow.

"This is the little dove we disturbed from her perch just now," whispered one *guerilla* to another; "the little one looks less crusty than the old cock; and I'd willingly carry her off instead of the bird we're after."

The second ruffian made an affirmative sign, and Rosita advanced to the middle of the room. "Stefano guarded by two soldiers!" she cried. "Holy Virgin, what does this mean?" She then remembered in terror that Pedro had announced the arrival of her betrothed, but Clifford was not there: she instinctively turned to her cousin, but Pedro stopped her. "Go not near that accursed being, girl," he said, his former fury returning. "You, who but now owned that you loved him, haste to tell him that you despise him. He is a coward and a traitor; he has sold his guest and your lover!"

"He has betrayed my betrothed? he!" she cried in horror. "It is impossible!"

"Behold," resumed the old man, pointing to the window, "behold those armed men following our garden hedge by the high road."

“Those *guerillas*. Well.”

“Well, it is he – Stefano, who has sent them there: they go to surprise Clifford in his last refuge.”

“Just heaven!” she screamed; for the *guerillas* were now surrounding the ruins. Stefano saw her recoil from him with disgust, and he would have rushed towards her had not the men held him back. He remembered the Captain’s terrible command, and returned to the window.

“He has not only betrayed him,” continued the old man, holding his niece’s hand and pouring out his wrath, “but he is watching the success of his treason; his eye impatiently follows the accomplices of his crime. Do you recognize my son there, Rosita?” he added, in heart-breaking anguish; “do you recognize there the man whom you have loved?” Again, he fell back in his chair and sobbed bitterly.

His terrified niece looked at him in utter anguish; the *guerillas* even were moved by the scene; and Stefano, still chained to the window, seemed to invoke instant annihilation.

A frightful report shook the room; they recognized the volley promised by the Captain should he find the prisoner; and while the *guerillas* responded to the signal with a cry of joy, Rosita wildly clung to her uncle. The murderous noise was followed by a long silence.

“Come, my good fellow,” one of the soldiers at length said in a harsh voice, “your man is dead and stiff by this; you have not stolen your money. We hope you may enjoy it, and wish you good day.” So saying they went off.

Rosita and Pedro raised their heads at the sound of their retreating footsteps. “He is dead!” they gloomily repeated.

“He is saved!” cried Stefano, rushing to them and tossing away the purse. “He is saved, father! Rosita, he is saved!” and opening the garden door, “Here, here, Clifford,” he called in a cautious tone – “this way.” And without waiting the answer, “Yes, he is safe,” he continued; “you will see him directly.”

“Can it be?” asked Pedro, returned to new life. “And how?”

“When I left Clifford in the ruins,” Stefano rapidly replied, while his eager eye was incessantly turned to the door, “I agreed to warn him by firing a pistol if he should return to the house; and desired him in that case to creep along by the garden hedge to the barn, where he might hide himself while they were searching the ruins. Now you can see what I felt when the lieutenant fired at me up-stairs; Clifford would naturally take this for our signal; would leave the ruins and run right into the lion’s mouth. The only way to save him was to get rid of them, and this I did by accepting that infernal purse – the price of blood – by allowing you to curse me, father! you to execrate me as an assassin, Rosita! I have felt all the torments of hell in the last half-hour, but I have saved my guest and my rival; I am worthy of you both.”

He had scarcely finished speaking ere Pedro and Rosita were at his feet. “Don Stefano Riaz,” the old Castilian solemnly said, “forgive me, forgive me, my son.”

“Pardon, Stefano! pardon!” cried Rosita, covering his hand with kisses.

The father would have knelt before his son, but he drew him to his heart. Still Clifford did not come. Again, Stefano called him; anxiety was joined to surprise. “Great heaven!” said the young man, “where can he be? – he ought to hear us – he can have gone nowhere else – Oh have I been mistaken?” He rushed to the grange. Not a sound was heard, but a distant uproar on the road. Stefano returned, pale and faltering. “Woe, woe,” he cried; “Clifford is not in the grange; he has never been there; he did not hear the pistol-shot; he remained in the ruins, and that volley –”

Rosita gave a piercing shriek – Pedro groaned in anguish.

The clamour on the road redoubled and drew nearer. “Victory! victory!” shouted a hundred voices in one.

“There is not a doubt of it,” said Stefano. “I have given up the Lieutenant to his executioners when I thought to save him from death.”

The cries of victory redoubled; the door again was burst open. What was their surprise when, instead of the Lieutenant's murderers, they beheld a *bataillon* of Don Carlos' volunteers commanded by Clifford in person.

IX. SPAIN AND ENGLAND

"Clifford!" exclaimed Rosita, Stefano, and Don Riaz, with one accord.

"Soldiers of Don Carlos! – enemies!" added the old Castilian, while his niece retreated behind him.

"Say rather, friends and relations," answered the Lieutenant, holding out his hand to Stefano; "there are no Carlists or Christians here, by Jove! I only see brave Spaniards who have saved the life of an honest Englishman, and a grateful man who comes to thank them; that is all."

"But," said the surprised villager, who understood nothing of what was passing, "you owe us no thanks; we did not."

"The devil you didn't?" Clifford interrupted with cordial freedom. "What do you mean, my good fellow?"

"If so, how comes it that –"

"Ah, to be sure; I'll tell you all about it. Here's the whole set out. First, though, let me tell you that you behaved like an heroic Spaniard, as you are. I chose to go against orders and act on my own account. I had been about half-an-hour very quiet but not very comfortable in the ruins where I was placed by you as a sort of vidette. I could not see a living soul in the garden or on the high road, and I was thinking you'd soon relieve guard, when I heard the pistol-shot which was to warn me to decamp bag and baggage."

"The *guerilla* Lieutenant had fired on me," said Stefano. "I was sure you would take it for our signal and leave your retreat."

"So I did," resumed Clifford, "and was just defiling to the grange, when chancing to cast a last look on the highway, I saw, instead of the rather questionable equipment of my *guerilla*

friend's ragged regiment, my own tidy little troop, accoutred with all the precision which distinguishes his Majesty's – I beg pardon, noble Castilian, I mean Don Carlos' soldiers. It was, praises be to Providence, the *bataillon* of which I had spoken to you this morning, and which, if it were late, came at all events in the very nick of time, as you see. In short, and to be brief, it was these very gentlemen whom I now have the honour of introducing to you. Make ready – present – ground arras." The men executed his orders with perfect regularity. "So you see," he continued, "how, instead of burrowing in the hay, I made off to the defenders heaven had sent me. I never thought of your friendly anxiety for me, but tumbled in upon them like a bomb, and led them on to meet the gentlemen who wished for the pleasure of my company; but we had not gone ten steps before it was quite another matter. My entertainers had left this house, and were running head foremost into our arms: we ensconced ourselves in an angle of the road; they were rushing forward pell-mell, and when they were within twenty paces of us, we jumped up and pitched into them. How we did let fly at them! thirty dropped at once; the others took to their heels ana no mistake."

"It was the volley we had heard," said Stefano, as the mystery was solved.

"You guess the rest," pursued the Lieutenant "Not choosing to leave Panola without thanking you, and wishing also to fulfil the object I hinted at this morning, I said to my comrades: 'You are behind time, so am I – no matter, gratitude and other business call me to the village; so, right shoulders, forward-march!' Thus we fell in with these two laggards, who confessed the sublime trick you had played them, and whom I place at your entire disposal."

The soldiers opened their ranks, and discovered Stefano's former keepers: Clifford dragged them out by the ears, and placed them before his preserver.

"There!" cried the young Spaniard, throwing their commander's purse at them, which had lain unnoticed till then; "go

and re-join your comrades, and tell your chiefs, if they be yet alive, that I send them back their gold, and bid them serve their cause more worthily another time.”

The man thanked him, and gladly vanished.

“Thank you for nothing,” said the Lieutenant. “And now,” he resumed, turning to Stefano like one who has not a moment to lose – “and now that I know all that you have undergone for my sake, without mentioning tortures which, those two rascals could not conceive, there is no Carlos or Isabella between us – I must clasp your hand as I would my brother’s.

They cordially shook hands. “But this is not enough,” said the hearty Englishman; “have you no father, no mother, wife, sister – no woman I can kiss? This fine old man must be your father.”

Pedro blushed as he felt his hand in the friendly clasp of one who wore Don Carlos* uniform, but there was no resisting Clifford’s warmth of manner.

“Are there no women in this family?” he cried, continuing his gallant research. He then for the first time saw Rosita, who had almost crouched behind Pedro’s high chair, and turned towards her with a gay look. “Fair Castilian,” he politely said, then stopped short, and waving off his men, “Heavens!” he exclaimed, “I cannot be mistaken; it is Rosita Lopez of **Lafala**, who plighted me her troth eighteen months ago.”

“And my niece, *Señor*,” said Pedro, gaining strength, and again becoming the Mentor of his family.

“It is indeed I, Mr. Clifford,” replied Rosita, turning deadly pale.

“How oddly things come about!” he gaily cried, kissing her without remarking the general embarrassment. “By Jove!” he resumed, “I did not think I was so near you, Rosita, when I was in such a stew just now. I did not expect to find you at my elbow when I was just going to ask my kind friends about you. Well, I have had the old boy’s own luck this morning – when I think I had nearly been done for under your very window. Well, here I am, and here you are; that’s capital; we have not five minutes to

spare, so let's come to the point at once. You must be sure, my sweet girl, of the motives which bring me to Panola."

Pedro saw his niece's extreme agitation, and stoically replied for her. "You are doubtless come to claim the promise Rosita made you on her father's death-bed: she has not forgotten it, *Señor*; her word is plighted; she knows her duty. You have but to speak."

"Enough!" interrupted the Englishman, surprised at the promptitude with which the old man spoke for his niece. "Be kind enough to answer for yourself, Rosita," he asked, watching her attentively. "You know what I have a right to expect. Will you freely grant it?"

Don Riaz would again have spoken, but the officer silenced him by an expressive gesture.

"Freely?" she murmured. "Without doubt, *Señor* Clifford; my heart belongs to you with my hand, and if you claim either –"

"Words, empty words," thought the Lieutenant, growing pale in his turn. "Come, I've lost the post, that's certain. By the Furies! all women are weathercocks," he muttered, biting his lip till it bled. "But who has taken the command now?" And at the moment he mechanically turned towards Stefano. He saw that he was as pale and agitated as Rosita, and remembered the emotion he had evinced that morning on receiving his confidence, and his singular hesitation in telling him where Rosita was: the whole truth flashed before him. "I have it now; the young fellow has had time to get round the poor thing; the cousins suited each other: it's all natural." And while he contemplated them in anguish, another energetic oath escaped him; perhaps had he not quickly turned his head his looks would have betrayed his grief: but he was as well accustomed to restrain himself as to profit by every opportunity.

"Pshaw!" he thought; "lucky at cards, unlucky in love; everything else goes well with me. It is not that noble fellow's fault if his cousin is to his and every one's taste; that did not prevent his saving my life at the risk of his own, at the sacrifice of his happiness. I need not covet a hand without a heart; let me repay

one sacrifice with another, and show that Englishmen are worth Spaniards." He smoothed down his mustachio and sighed heavily. "Come, come," he continued more resolutely, "no nonsense; let me set steadily and skilfully to work, and resume my characteristic spirits." Then, turning to Rosita with a bright smile, which contrasted with his ashy paleness, "*Señora*," he calmly said, "I will set you an example of frankness, although that quality should rather belong to you than to me. You told me, with some hesitation certainly, that your heart and hand were still at my disposal. I cannot quite respond to you, so I will tell you at once what brings me here."

At these words, which were so entirely unexpected, Stefano and Rosita started in hopeful surprise, and drew nearer to Clifford.

"Let us look the matter full in the face," he continued, accustoming himself to his part. "Try, O gloomy Spaniards, not to take things more tragically than I do. What sort of a person do you take Charles James Clifford to be? An heroic, sentimental swain – do you not? A model lover in fact, bearing to his lady love's feet after a year's separation all the illusions of a green heart, and the faithfulness of the first hour. Now, noble Castilians, if it be so, you have formed a fantastic idea of an English officer in general, and a betrothed one in particular. We are devils of fellows at fighting; you can find no fault with us there; but with respect to true, long-lived love, I own it with a blush, and from personal experience, we are not fit to tie a Castilian's shoes. Your proverb says, 'Keep faith and die;' ours, that 'Jove laughs at lovers' oaths in short, we are no better than deserters."

"Really!" cried Rosita and Stefano with renewed hope.

"You cannot be serious, *Señor*?" asked Don Riaz. "Have you deceived my niece, or –"

"Let us understand each other, my venerable friend," interrupted the Lieutenant, whose despairing courage was augmented by their joy. "When I told the *Señorita* that I should love her till my dying day, I spoke as sincerely as now, on my

honour, only I was mistaken in the duration of my sentimentality; I was incapable of being faithful until death; it was as much as I could do to make it last out till I left Navarre; and in Biscay, Aragon, and other places, my strength completely failed me. I had the weakness to contract more than one engagement similar to the first." lie held out his left hand as he spoke, and with a forced laugh pointed to three or four rings he wore on it.

"Suffice it, *Señor*," said Pedro, his Castilian pride giving way before his paternal delight; "you revoke the troth plighted to my niece; but then, why did you come to Panola to claim her faith?"

"Who told you I had?" Clifford roughly asked.

Stefano recollected that the Englishman had in fact said nothing positive relative to Rosita; he reproached himself with having too easily given way to jealousy, and was duped like the others.

"These are the reasons that brought me here," Clifford continued: "I said to myself, if I am flighty that is no reason that Miss Rosita should be so also. While I am allowing a dozen fair ones to take her place, she may be waiting for me like a faithful Spaniard as she is, and may refuse to make the happiness of a worthier fellow in certain respects. So I decided on making my apologies to her, and proposing, if equally agreeable, that we should reciprocally give back our promises and their pledge."

He had scarcely finished before Rosita had returned him his ring; her innocent haste wounded him to the heart. To gain time, he pretended to search for her ring among the others; and this circumstance, combining with his confessions, raised a laugh among the others.

"Thanks be to heaven!" said Pedro, alone preserving his gravity.

"That's frank!" said the Englishman, stifling his sorrow to the last. "I could not be more worthily replaced."

Stefano turned to press his hand, but stopped short at sight of the irrepressible tears which filled his eyes. He could feign

no more, he had destroyed his sweetest hopes with a smile on his lip. "You weep, Clifford," said his rival; "you are wretched."

"Mere emotion!" he replied.

But the young man's illusion was destroyed; he saw the full extent of the Englishman's self-sacrifice. "Clifford," he whispered, while Rosita had thrown herself into Pedro's arms;

"Clifford, all that you have said is but a generous falsehood; you love Rosita; you would have married her; you have not been faithless to her! I will not be happy at your expense!"

"Be quiet," he answered, forcing back the tears; "do not destroy my work, by Jove! Yes, it is as you have guessed; I came to claim her I love; I have never loved but her. These rings are memorials of my poor mother and sisters; and as to my infidelities – all lies! Bat silence! I say silence! my troubles must not poison her joy. Besides, you have endured even your fathers curse for my sake. Tit for tat, young man; England is worthy Spain. We are quits. Adieu! brave Castilians; farewell, my preservers" he added aloud; "think of me at the wedding-feast; and may we never meet in enmity in the battles of this unfortunate country."

"Farewell!" answered Stefano almost in tears.

Clifford shook hands heartily with him and Don Riaz, and respectfully kissing Rosita's hand, re-joined his companions without. "Forward, march!" he cried; the drums rolled, the troop passed on, while their officer with a trembling voice once more sung –

Thy rosy lips wore first to speak,
My heart will love on till it break.

"Rosita", said Stefano, as his rival disappeared in the distance, "you are free; we shall now be happy. But let us never forget lieutenant Clifford."

Indice

Prefación de Gianandrea de Antonellis3

PITRE-CHEVALIER

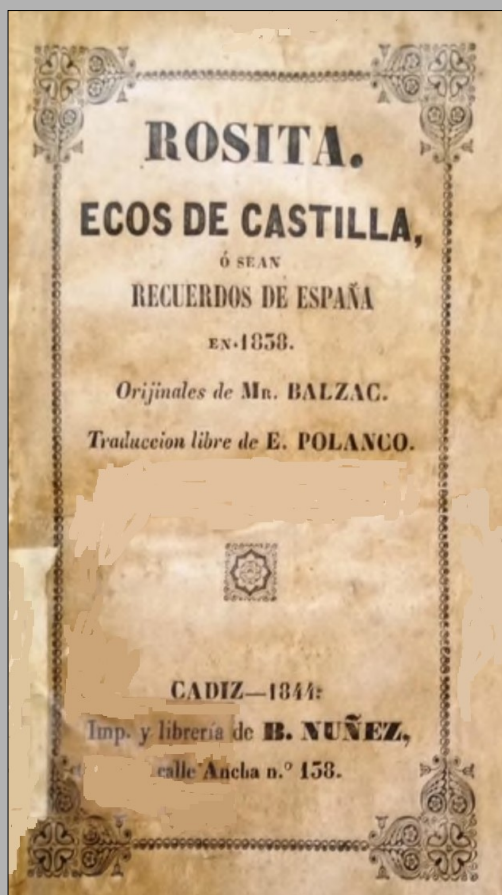
Rosita. Souvenir d'Espagne9

LAURENCIN

Rosita, ou Tenir sa promesse83

ELISABETH O'HARA

Rosita or Spain in 1839.....151



Rosita o sean Recuerdos de España en 1838, un desconocido relato – durante mucho tiempo atribuido a la pluma de Honoré de Balzac – cuyos protagonistas, miembros de una familia de liberales castellanos, se ven inmersos en una intensa aventura que pasa por ocultar en su casa solariega a un voluntario carlista.

Después haber editado el volumen la versión española de *Rosita*, aquí tenemos un e-book que reúne el original francés de la novela corta, el *feuilleton* teatral que inspiró y la versión inglés que una escritora británica publicó... con su propio nombre!

ISBN 978-88-87215-79-3

